

# LIBRO QUINTO

DE

## LECTURA

FOR LOS DOCTORES

Ramiro Guerra Sánchez y Arturo Montori



CULTURAL, S. A.

LA MODERNA POESIA

Pl y Margall, 135

Librería CERVANTES

Ave. de Italia, 63

HABANA

OBRAS EDITADAS POR CULTURAL, S. A.

# Historia Elemental de Cuba

Para uso de las Escuelas Primarias, Preparatorias y Normales

POR EL

**DR. RAMIRO GUERRA SANCHEZ**

Superintendente general de Escuelas de Cuba

Siendo el Dr. Guerra sobradamente conocido por sus trabajos históricos y pedagógicos, por su labor como maestro público, Superintendente de Escuelas, Director de la Escuela Normal de Maestros, de la Habana, etc., etc., no es necesario hacer elogios encomiásticos del mismo.

Toda la prensa capitalina se ha ocupado de la **Historia Elemental de Cuba**, ensalzándola, no sólo por la imparcialidad con que está escrita, sino también porque se adapta perfectamente a los métodos pedagógicos modernos para la enseñanza de la Historia, constituyendo un texto ideal para las escuelas elementales y superiores, pues con este libro se hace casi innecesaria la labor del maestro, que dispone de una ayuda efficacísima con esta obra.

En la parte material, tampoco deja nada que desear, pues forma un tomo de 260 páginas, esmeradamente impresas en excelente papel, con tipos claros e ilustrada con más de 100 grabados, mapas y gráficos, que dan cabal idea del estado de cultura de cada época, del desarrollo de la población, de la producción nacional y de la enseñanza.

Todos los grabados, mapas y gráficos han sido ejecutados especialmente para esta obra y tienen un gran valor instructivo y pedagógico.

**CULTURAL, S. A.**

PROPIETARIA DE LAS LIBRERIAS

**LA MODERNA POESIA**

Pi y Margall, 135

Apartado 605.—Tel. A-1171

**LIBRERIA CERVANTES**

Avenida de Italia, 62

Apartado 1115.—Tel. A-4958

**HABANA**

SERIE CUBANA DE LIBROS DE TEXTO

# LIBRO QUINTO

DE

## LECTURA

POR LOS

DRES. RAMIRO GUERRA SANCHEZ Y ARTURO MONTORI

PROFESORES DE LA ESCUELA NORMAL PARA MAESTROS DE LA HABANA

ILUSTRACIONES DE R. LILLO

OBRA DE TEXTO

APROBADA POR LA  
JUNTA DE SUPERINTENDENTES DE ESCUELAS  
EL 5 DE OCTUBRE DE 1918

SEGUNDA EDICION

CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE LAS LIBRERIAS

LA MODERNA POESIA  
OBISPO, 135. - TELEFONO A-1171  
APARTADO 605

LIBRERIA CERVANTES  
GALIANO, 62. - TELEFONO A-4958  
APARTADO 1115

HABANA

1931



121853/86

R

10/4/86

434805

---

Es propiedad de los autores.  
Queda hecho el depósito que  
marca la Ley.

---

37c.4

Gue

L

2. ed

1931

## A LOS MAESTROS

---

*El LIBRO QUINTO DE LECTURA que ofrecemos al Magisterio, último de la serie que hemos compuesto, está destinado especialmente a los ejercicios de lectura suplementaria recomendados por la Junta de Superintendentes para los grados cuarto, quinto y sexto de la enseñanza primaria. Teniendo en cuenta que los alumnos de cuarto grado poseen un texto de lectura propio del grado, nuestro libro habrá de tener mayor y más frecuente aplicación en los grados quinto y sexto, circunstancia que hemos tenido muy en cuenta.*

*La obrita comprende, de conformidad con las exigencias oficiales, asuntos generales de Historia, Literatura, Ciencias, Moral y Cívica y Agricultura, en la selección de los cuales hemos procedido con el mayor cuidado. Las lecturas históricas son las más numerosas, por entender que así lo exigen las necesidades de una educación eminentemente nacional. Inculcar el amor a la patria cubana es el primer deber de la escuela pública; y nada más adecuado para alcanzar tan elevado propósito, que difundir el conocimiento de su historia. Una nación, es, sobre todo, una personalidad moral que tiene un pasado y aspira a un porvenir. Leyendo nuestro libro, los niños cubanos aprenderán a conocer nuestro pasado, a admirarlo y a apreciar la magnitud de los esfuerzos, sacrificios y trabajos, gracias a los cuales se ha ido formando esta patria próspera y progresista que les ha sido legada como herencia preciosa, la cual ellos deben a su vez mejorar y engrandecer. En*

conjunto, las lecturas históricas, compuestas o escogidas teniendo en cuenta las enseñanzas de Langlois, Altamira y otros insignes metodologistas, constituyen un cuadro bastante completo del desarrollo del pueblo cubano. Cada una de dichas lecturas aparte de las especialmente dedicadas a ello que figuran en la obrita, constituye, además, un material excelente para lecciones de Moral y Cívica. La moral y el civismo deben estudiarse en sus formas concretas y vivientes, en la acción humana. En tal virtud, hemos rehuido las lecciones teóricas de Moral y Cívica, ofreciendo en cambio abundante material al maestro bien inspirado, para derivar fructíferas enseñanzas y normas de conducta cívica y moral, de casi todas nuestras lecciones, mediante el comentario vivo y adecuado del texto de las mismas.

Las lecciones dedicadas a la Agricultura tocan problemas vitales de la materia, considerada en sí misma y en relación con nuestras necesidades nacionales. Cada una de ellas puede servir también para una enseñanza de moralidad y patriotismo.

En la parte exclusivamente literaria, no nos hemos apartado del criterio que inspira el resto de la obra. Las composiciones, tanto en prosa como en verso, responden a los fines educativos de que ya hemos hecho mención.

Dado el objeto primordial que deben tener las lecturas suplementarias de ilustrar a fondo una cuestión, sugerir puntos de vista generales que orienten y encaminen al estudiante hacia amplios horizontes dentro de la natural relatividad de la enseñanza primaria, nuestras lecciones, por su extensión, su fondo y su factura, suministran un rico caudal de enseñanza, que el alumno debe descubrir y asimilar guiado por las sugerencias del profesor. En el orden educativo, la lectura cuidadosa de cada una de nuestras lecciones, junto con las fruiciones morales que hará experimentar al alumno, le proporcionará una constante oportunidad para el ejercicio de sus poderes mentales. En los grados superiores, la lectura, y de una manera especial la lectura suplementaria, debe ser un arte eminentemente intelectual. En este sentido, los maestros

podrán observar que nuestro librito pone en sus manos un material abundantísimo para hacer pensar y sentir a sus discípulos.

Las lecciones no aparecen divididas por grados porque hemos entendido que el maestro debe tener libertad para escoger en cada caso la "lectura" que venga a suplementar sus enseñanzas, conforme a la disposición que haya dado a sus programas de clase. La lectura suplementaria debe estar subordinada al desarrollo de dichos programas y no éstos a aquélla, como forzosamente habría de ocurrir si fijásemos un orden a nuestras lecciones del cual no debiera salirse el maestro.

LOS AUTORES.

---





# I

## VISION PROFETICA

La Isla de Cuba entre las dos Américas, a la boca del Golfo Mejicano, siendo el centinela avanzado del archipiélago, punto intermediario del comercio el día no lejano en que los pueblos asiáticos y los pueblos americanos y europeos se comuniquen por caminos más breves; con sus muchos y bellos puertos, sus innumerables riachuelos, sus campos cubiertos de verdor perenne, sus privilegiados frutos, sus feraces terrenos, su cielo encantador, su benigno clima; no se detendrá sin duda en la marcha que ha emprendido. Mil y mil leguas de ferrocarriles se entretejerán de punta a punta de la isla; los barcos de vapor surcarán día y noche

las espumosas aguas del mar; muchos ríos se canalizarán; los terrenos pantanosos serán desecados y sobre ellos crecerán lozanas plantas; no habrá espacio que no esté sembrado de caña, de café o de tabaco; la población se duplicará; al lado de cada puerto se levantará una ciudad elegantemente delineada y construida; cientos de fanales servirán de guía al navegante. Se echarán sobre los ríos multitud de soberbios puentes; se introducirán todos los días máquinas e instrumentos para sacar de la tierra los frutos que atesora; se mejorarán las razas de todos los animales útiles; las siembras mismas se harán con aquel orden y aquella simetría que son un indicio claro de adelantamiento de los pueblos; las groseras chozas de nuestros labradores se convertirán en graciosas habitaciones rodeadas de árboles y flores; todos los artículos se abaratarán y se pondrán al alcance aun de las clases más pobres.

El viajero que descienda a las playas cubanas y visite las poblaciones y las campiñas, así como el que hoy, después de treinta años de ausencia, se admira de cómo progresa esta tierra privilegiada, envidiará no haber nacido bajo sus ceibas y sus palmas. Dirá en su patria cuán feliz vive el hombre aquí, y millares de familias, cansadas de trabajar en tierras ingratas ya, y ansiosas de paz y de orden, cruzarán los mares, besarán el suelo hospitalario que las recibe con los brazos abiertos, descuajarán unas pocas yugadas de terreno, fabricarán su albergue, arrojarán los granos a los surcos, y, en breve, nunca más les faltará el alimento.

ANSELMO SUÁREZ ROMERO.



## II

X

### IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA EN CUBA

La Agricultura, en su sentido más limitado, significa arte de labrar y cultivar la tierra, pero comprende también la cría de muchos animales útiles, y ciertas industrias propias de la población rural.

La importancia de la agricultura es extraordinaria. Los pueblos más civilizados, fuertes y progresistas, tienen una agricultura muy perfeccionada y desarrollada; en cambio los que no pueden obtener de su tierra la mayor parte de los artículos que necesitan para vivir, están colocados en una situación de dependencia respecto de las naciones más productoras.

La agricultura ejerce una influencia muy beneficiosa sobre las personas que la practican inteligente-

mente. La vida en pleno campo es más higiénica y más sana que la que se lleva en las grandes ciudades.

Por eso el agricultor es generalmente un hombre sobrio, vigoroso, de inteligencia viva y despierta, aun cuando su instrucción sea a veces menor que la del obrero de las ciudades.

Hay quienes afirman que la profesión de agricultor requiere menos inteligencia que cualquiera otra, pero esa creencia es un grandísimo error. La agricultura reclama una atención constante a cosas muy diversas de las cuales depende el buen éxito de la cosecha, y el hombre que la practica con inteligencia llega a estar dotado de un poder de observación, de previsión y de reflexión, mayores que los de cualquiera otro trabajador ocupado en labores sujetas a reglas más fijas e invariables que las de la agricultura.

En nuestro país, la agricultura tiene aun más grande importancia que en cualquiera otro. Cuba fué siempre en lo pasado, es en lo presente y probablemente será en lo futuro, un país agrícola. El que un país sea agrícola o no, no depende de la voluntad o del capricho de sus habitantes, sino de ciertas condiciones naturales que éstos no pueden hacer variar a su antojo. En Cuba no se encuentra el hierro en abundancia, ni se han hallado hasta ahora yacimientos de carbón de piedra o de petróleo, y donde no abundan estos tres artículos, no puede desarrollarse una gran industria; por lo menos mientras no cambien las condiciones que son necesarias para los trabajos industriales en gran escala.

En cambio, nuestro país es muy sano, su clima relativamente benigno y sus tierras muy fértiles; condiciones todas favorables para el desarrollo de la agricultura. Pero la principal de todas nuestras ventajas es la de la posición geográfica. Cuba está cerca de países densamente poblados, en los cuales no se producen y sí se consumen en grande escala muchos de los artículos de nuestro suelo, que son artículos de primera necesidad. Además de nuestro azúcar y de nuestro tabaco, las grandes ciudades de los Estados Unidos consumen enormes cantidades de hortalizas,



de frutas y de algunos de los artículos que llamamos frutos menores, sin contar muchas materias primas para sus industrias. A medida que las vías de comunicación en el interior de nuestro país sean más numerosas y mejores, y los medios de transporte más seguros y rápidos, los agricultores de todas las regiones de Cuba tendrán facilidades para enviar sus productos a nuestros centros urbanos populosos, a los de los Estados Unidos y hasta a los de Europa. Nuestra

agricultura tiene, además, un porvenir brillante, porque los artículos que consumen los grandes centros urbanos — hortalizas, legumbres, frutas, flores, animales de corral, etc., — son los que requieren métodos de cultivo, envase y transporte más inteligentes. La práctica de estos métodos determina el desarrollo de una agricultura científica, y contribuye a que la población rural sea más industriosa, instruida y bien acomodada. Cultivos de los que cada día se habrán de ir difundiendo en Cuba, son los que llevan la civilización, el progreso y el bienestar a los campos, haciendo la vida en éstos más cómoda y apetecible que en las ciudades.

Para los cubanos la agricultura tiene mucha importancia porque es la ocupación a la cual se dedican en mayor número. Cuando se hizo el censo de 1919, se comprobó que en Cuba existían 462,471 agricultores, de los cuales 394,272 eran cubanos y 68,193 extranjeros. En todas las demás ocupaciones lucrativas juntas, se ganaban la vida 357,568 cubanos y 128,782 extranjeros. Como se ve, más de la mitad de los cubanos que tienen ocupaciones lucrativas son agricultores. No ocurre lo mismo con los extranjeros, puesto que de cada cien trabajadores extranjeros sólo 34 son agricultores. En los años transcurridos de 1919 a la fecha, el número de cubanos dedicados a la agricultura ha aumentado en una proporción muy considerable.

La agricultura es, como queda demostrado, la ocupación favorita de los cubanos, así como el comercio es la de los extranjeros avecindados en Cuba. Por lo

tanto todo lo que sea tratar de mejorar la agricultura, es hacer un gran bien a la mayor parte de los cubanos que viven de su trabajo, los cuales se hallan establecidos en nuestros campos, cultivando caña, tabaco, frutas, legumbres y diversas plantas industriales; criando ganado vacuno, caballos, cerdos, gallinas y abejas; fabricando almidón, cortando leña, haciendo carbón, y otros trabajos no menos útiles, de los cuales vivimos y que son la base de la prosperidad y del bienestar de nuestro país.

En proporción al número de sus habitantes, ninguna tierra del mundo produce tanto como Cuba. Esa enorme producción que nos acredita de pueblo laborioso, se debe casi toda ella al esfuerzo de nuestros compatriotas, quienes forman la inmensa mayoría de los agricultores de la nación, aun cuando dicha producción redunde en beneficio y honor de todos.

Es bueno que en Cuba tengamos esto bien presente siempre, a fin de que trabajemos cuanto podamos a favor de la agricultura, base de la riqueza de nuestra patria y principal ocupación de muchos de los más modestos y laboriosos de sus hijos.





### III

#### **VASCO PORCALLO DE FIGUEROA**

Sentados en el amplio portal de la casa, los niños, poco después de la comida, comentaban las lecciones de la Historia de Cuba que habían recibido desde el comienzo del curso. Se trataba de una nueva asignatura que les interesaba mucho.

En la escuela habían oído decir por primera vez que Cuba primitiva era muy distinta de nuestra patria tal como ellos la conocían ahora. Con profunda sorpresa habían sabido que entonces no había ciudades, ni caminos, ni muchos de los animales que ahora se ven en todas partes, tales como bueyes, caballos, cerdos, gallinas, etc.; ni plantas tan abundantes hoy

en nuestro país, como caña de azúcar, naranjos, mangos, aguacates y muchas más. Ellos trataban de pensar cómo era Cuba entonces y cómo vivían sus habitantes; y unos a otros se hacían preguntas y se daban explicaciones. El padre, sentado en un sillón, tomaba el fresco y descansaba de los trabajos del día. El se alegraba mucho del interés que la historia patria despertaba en sus hijos; y a fin de satisfacer el deseo que tenían de aprender y saber, les dijo que si le prestaban atención, él les contaría la historia de uno de los primeros y más famosos pobladores de Cuba.

Los muchachos acercaron sus asientos formando un semicírculo alrededor de su padre y éste comenzó así su narración:

Uno de los más célebres entre los primeros pobladores españoles de Cuba, fué Vasco Porcallo de Figueroa y de la Cerna, natural de Cáceres, capital de la provincia española de este nombre, y perteneciente a una familia muy ilustre. Aunque él vino muy joven a Cuba, pues sólo contaba unos veinte años, había asistido ya como soldado a algunas batallas.

No se sabe con exactitud en qué fecha llegó él a nuestro país, pero se cree que fué poco después de haber fundado el gobernador D. Diego Velázquez la población de Baracoa. Porcallo no tomó parte en la fundación de dicha ciudad ni en la de la Habana; pero sí en la de todas las demás establecidas por Velázquez, principalmente Puerto Príncipe, Sancti-Spíritus y Trinidad.

Cuando don Diego Velázquez comenzó a distribuir tierras e indios entre los españoles que le habían acompañado o seguido a Cuba, le dió a Vasco Porcallo grandes extensiones de terreno y numerosos indios para que trabajasen para él.

—Papá—dijo Leyda,—¿qué tierras eran esas que repartía Velázquez?

—Eran—le contestó el padre,—todas las tierras de Cuba. Entonces Cuba no estaba dividida en fincas como ahora, y los españoles creían que todo el terreno pertenecía al Rey de España.

El rey había autorizado a don Diego Velázquez para que cediera en su nombre grandes porciones de tierra a los que le habían ayudado a conquistar la Isla, en premio a sus servicios. Como Vasco Porcallo de Figueroa, había sido uno de éstos, era de la misma región de España que Velázquez y pertenecía a una familia poderosa, Velázquez le cedió muchas tierras.

—¿Y dónde estaban las tierras de Vasco Porcallo, papá?—preguntó uno de los muchachos.

—Su finca principal estaba en la provincia de Puerto Príncipe, al suroeste de la ciudad; comprendía casi todo el territorio que media entre los términos de Santa Cruz del Sur y Ciego de Avila. Vasco Porcallo murió hace más de 350 años, pero su nombre era recordado hasta hace poco. Cuando comenzó la guerra del 68, agregó el padre, toda la región que les he dicho y que ustedes deben buscar en el mapa, formaba un partido o barrio que se llamaba *Porcallo*. La cabecera estaba situada como a seis leguas de Camagüey, en

un pequeño caserío que también se llamaba *Porcallo*; estaba formado por varias casas de mampostería de la antigua hacienda de nuestro personaje. Ahora esas regiones tienen otros nombres y el antiguo caserío no existe; pero quizás buscando con cuidado, puedan descubrirse las ruinas del pobladito, destruido durante la guerra de los Diez Años.



—Papá, ¿qué trabajos hacía Porcallo en sus haciendas?

—Los trabajos que se hacían en las haciendas de Porcallo eran extraer oro de las arenas de los ríos, criar ganado vacuno, caballar y de cerda, cultivar maíz, yuca, boniatos y otros frutos menores, y fabricar casas para vivir él y sus empleados. Estos trabajos estaban a cargo de los indios, a los cuales trataba como esclavos; Porcallo y sus empleados blancos los mandaban y di-

rigían. El oro lo extraían en la forma siguiente: Los granitos de oro estaban mezclados con la arena de algunos ríos. Un indio cogía una cantidad de arena en una *batea*, llenaba ésta de agua y después la iba derramando poco a poco por los bordes; el agua arrastraba la arena, y los granos de oro, que son muy pesados, se quedaban en el fondo de la *batea*.

Estos granos se ponían aparte, se cogía otra cantidad de arena y se repetía la operación, continuándola todo el día; el trabajo, como es natural, se efectuaba a orillas de los ríos. Vasco Porcallo se hizo muy rico con el oro que logró sacar de los ríos, y con el producto de las reses y del casabe que vendía.

El era cruel y autoritario: cuando se vió rico y poderoso lo fué mucho más. A los infelices indios los trataba de la manera más inhumana. Los obligaba a trabajar como bestias, los azotaba y les aplicaba castigos atroces para impedir que se fugaran a los bosques. A los que comían tierra para enfermarse y morir, de desesperados que estaban, les quemaba la boca con tizones encendidos; a otros les cortaba las orejas, la nariz, los dedos y otros miembros, y en ocasiones obligaba a los infelices mutilados a que se comieran las partes de su propio cuerpo que les había cortado.

Las autoridades lo procesaron por esa causa y él confesó que eran ciertas las acusaciones que se le hacían. Tratando de disculparse, declaró que las mutilaciones sólo se las había hecho a algunos que estaban ya moribundos. Aunque él trataba a los indios de esta manera bárbara, se casó varias veces con mujeres in-

dias, de los caciques. Tuvo muchos hijos e hijas mestizos, y algunas de sus hijas se casaron con indios también.

Cuando él salía de recorrido por sus haciendas, que eran muchas, se hacía acompañar por una numerosa escolta de gente armada, un capellán para que dijese misa y administrase los sacramentos, y numerosos criados, entre los cuales no faltaban el cocinero y el repostero porque le gustaba comer y beber bien.

Era déspota y violento no sólo con los indios, sino con los mismos españoles, sin que la autoridad le impusiera respeto.

En una ocasión los vecinos de Sancti-Spíritus se dividieron en dos bandos contrarios y promovieron varios disturbios. Porcallo salió de una de sus fincas al frente de un cuerpo de hombres armados y se presentó en la población a fin de apaciguarlos por la fuerza.

Requirió al ayuntamiento y exigió al alcalde que abrazase a sus enemigos y que abandonase el cargo que ejercía. Quiso el alcalde tirar de la espada para hacer respetar su autoridad; pero, sin darle tiempo, Vasco Porcallo le pegó varios puñetazos y le quitó *la vara*, que era la insignia de mando, reduciéndolo a prisión junto con todos los concejales. Uno de éstos se refugió en la iglesia, que era un lugar sagrado según la costumbre y la ley; pero Porcallo sin respeto a nada ni a nadie, entró en el templo llevando una lanza en la mano, le dió una lanzada al fugitivo, lo sacó a viva fuerza y lo encerró en la prisión junto con las demás autoridades.

Estas se quejaron al gobernador de la isla y a la

Audiencia, o Tribunal de Justicia que estaba en Santo Domingo; pero después de muchas averiguaciones, por estos hechos y por las atrocidades cometidas con los indios, sólo fué condenado a pagar una pequeña multa.

Así vivió durante muchos años, sin salir de Cuba, haciéndose cada vez más rico y fundando haciendas, caseríos y hasta un pueblo, según se cree, el de San Juan de los Remedios.

Cuando el gobernador don Diego Velázquez organizó la expedición que envió a Méjico contra Hernán Cortés, quiso darle el mando de ella a Vasco Porcallo. Este no aceptó porque no quería someterse a las órdenes de Velázquez ni de nadie. Sin embargo una vez tomó parte en una expedición, de la cual regresó por un percance ridículo que le ocurrió en ella.

—Cuéntanos eso también, papá.

—Varios años después de la muerte de don Diego Velázquez, llegó a Santiago de Cuba Hernando de Soto, el cuarto de los gobernadores que tuvo Cuba. Hernando de Soto venía con el propósito de conquistar a la Florida; traía con él muchos soldados y hombres de armas bien armados y dispuestos. Vasco Porcallo fué a Santiago de Cuba a ver al nuevo gobernador y se quedó sorprendido al contemplar la vistosa comitiva de éste y las fiestas que allí se celebraban.

El gobernador sabía que Porcallo era muy rico y podía ayudarlo en su empresa, así es que lo agasajó mucho. Vasco Porcallo se llenó de orgullo y de entusiasmo, le regaló cincuenta caballos a de Soto y se ofreció a ir a la Florida, aunque ya estaba algo viejo

y muy grueso para soportar las fatigas de la guerra. Hernando de Soto lo nombró segundo jefe de la expedición, hicieron juntos el viaje a caballo—que duró un mes—de Santiago a la Habana, y de allí partieron para la Florida. Gran parte de los víveres, los caballos y el equipo de la expedición fué proporcionado por Vasco Porcallo, quien llevó uno de sus hijos mestizos y muchos de sus empleados y servidores. No todo era entusiasmo y desprendimiento en Porcallo. Ya en Cuba quedaban muy pocos indios, los de la Florida eran robustos y fuertes, y Porcallo se proponía traer cuantos pudiera para hacerlos trabajar en sus haciendas. Los expedicionarios desembarcaron en las costas de aquella península y a los pocos días tuvieron un recio combate con los salvajes. Vasco Porcallo montado en un brioso caballo, fué el primero que a la cabeza de su gente y blandiendo su lanza se metió por entre los grupos de indios. Estos no eran mansos como los de Cuba sino feroces y aguerridos; a pesar de ello él los puso en fuga. Su orgullo y su osadía crecieron con su fama de valeroso. Unos días más tarde se entabló otro combate con los indios; Vasco Porcallo cargó el primero contra ellos para dar el ejemplo, pero tuvo la mala suerte de caer dentro de un pantano, del cual tuvieron necesidad de sacarle sus compañeros, con gran trabajo, cubierto de fango de los pies a la cabeza.

Las risas de los que presenciaron el percance le llenaron de cólera, y ya fuese por esto o porque comenzase a echar de menos la buena vida que se daba en Cuba, regresó inmediatamente a ésta. El mando de la

gente que había llevado, lo dejó al mestizo hijo suyo, que le acompañaba al salir de Cuba.

De esta manera ridícula terminaron sus hazañas. Algún tiempo después envió también a su hijo al Perú, al frente de un grupo de hombres armados, en auxilio de Pizarro el conquistador de aquel país, que era amigo suyo; pero él no volvió a salir de Cuba.

Vasco Porcallo murió en una de sus haciendas cerca de cuarenta años después de la conquista de Cuba; sus hijos e hijas heredaron sus bienes. Los primeros ocuparon cargos importantes en el gobierno; lo mismo que sus hermanas, se casaron y tuvieron numerosos descendientes en la provincia de Camagüey. Vasco Porcallo fué uno de los pocos conquistadores que se establecieron para siempre en Cuba, constituyeron aquí sus familias y formaron el núcleo de la primitiva población europea o descendiente de europeos. Era aficionado a la vida del campo, orgulloso y valiente. Fué muy cruel e inhumano con los indios, no por odio, sino por codicia y porque casi todos los hombres eran entonces feroces y sanguinarios. El contribuyó mucho al fomento de la ganadería, la más importante y casi única riqueza de Cuba durante mucho tiempo. En Camagüey y Sancti-Spíritus, donde tuvo sus grandes haciendas, la crianza de ganado fué siempre y continúa siendo en nuestros días, la ocupación más lucrativa de la mayor parte de la población. Porcallo fué uno de los fundadores de Cuba.

*Lunes* X



#### IV

### LOS NIDOS DE LAS AVES

Con la llegada de la primavera, los gorriones que anidan debajo de los aleros de los tejados parecen dominados por una agitación extraordinaria.

Vuelan con inquietud de un lado a otro, chillan estrepitosamente, se acometen unos a otros con las plumas erizadas y los ojos encendidos por la cólera.

Antonio está sentado en el patio estudiando la lección de fisiología que explicó el maestro en la clase anterior y sobre la cual preguntará en la próxima, cuando tuvo que suspender el estudio para contemplar el curioso espectáculo que se ofreció ante su vista.

Flotaba en el aire una pequeña plumilla, despojo quizás de alguna reciente batalla sostenida por los pendencieros pajarillos, cuando de pronto, dos gorriones acudieron de dos opuestos lugares con objeto de recogerla. El primero que llegó a ella, la tomó con el

pico, pero, no bien lo había cerrado, cuando el otro cayó sobre él dándole furiosos picotazos.

El pájaro acometido se revolvió contra su temerario contrincante, trabándose entre ambos tan enconada contienda, que rodaron por el suelo dando fuertes chillidos, con las alas y los picos enredados.

Con la rapidez del rayo, el gato, que los acechaba anhelosamente desde el principio de la pelea, saltó sobre ellos logrando alcanzar a uno, el cual quedó prisionero entre sus garras.

Excusado es decir que el otro pajarillo remontó el vuelo inmediatamente, yendo a posarse en el tejado, donde quedó un momento, todavía estremecido por la agitación de la pelea y excitado por el peligro que acababa de correr.

El muchacho contempló aquella escena, que sucedió en menos tiempo del que es necesario para contarla, con gran sorpresa, no pudiendo comprender el valor que podía tener para los pájaros aquella pequeña e insignificante pluma, causa inocente del intenso drama que acababa de contemplar.

En la hora del almuerzo contó a su papá el suceso que había presenciado, haciéndole presente su extrañeza.

El padre, entonces, le explicó el caso de este modo:

—El hecho que acabas de contarnos no tiene nada de extraordinario y su explicación es bien sencilla.

Los gorriones, al igual que la mayor parte de las aves, fabrican sus nidos en esta época.

Los dos pajarillos querían apoderarse de la pluma,

para utilizarla en la construcción del nido, que cada uno estaba, sin duda, fabricando.

Como casi todos los pájaros, los gorriones fabrican sus nidos con pajitas y hojas de hierba recubriendo el interior con plumas a fin de que esté más mullido y caliente.

Estas avecillas colocan sus nidos bajo el alero de los tejados o en el hueco de las paredes, pero la mayor parte de los pájaros lo fabrican entre las ramas de los árboles.

¿Nunca has visto una pareja de pajaritos en la tarea de fabricar su nido? A la entrada de la primavera la mayor parte de las aves que viven solitarias o en bandadas, se agrupan o dividen en parejas, cada una de las cuales empieza inmediatamente a preparar su nido, en el cual la hembra ha de poner sus huevos, para incubarlos después, hasta que de ellos salgan los pichoncitos.

El padre y la madre viven en el nido con los pajaritos, hasta que éstos pueden volar. Entonces, casi siempre, la familia se disuelve, aunque la madre suele continuar atendiendo a las necesidades de los hijos hasta que éstos pueden valerse por sí mismos.

Cada especie de aves tiene una manera peculiar de construir el nido, la que depende casi siempre del género de vida que le es peculiar y de los materiales propicios que tienen a su alcance.

Por eso, en la construcción de los nidos, así en los materiales como en la conformación, se observa una gran variedad.

Algunas, aunque muy pocas especies, se contentan con depositar los huevos en la tierra; allí los incuban hasta que nacen los pichones. Otras, como los avestruces, abren un hoyo en el suelo y allí ponen; algunas gallináceas se conforman con formar un hueco adecuado entre las hierbas.

Las aves acuáticas hacen sus nidos en las rocas, en la arena o en el fango de las orillas; algunas lo rellenan de hojas y plantas para darles mayor comodidad.

Entre estas especies son curiosos los nidos de los flamencos.

Estas aves, que son palmípedas de largas patas como las zancudas, construyen sus nidos colectivamente, en las orillas pantanosas; para ello agrupan con las patas una porción de fango en forma de pequeñas eminencias cónicas, a veces de medio metro de altura, con una depresión en la parte superior, destinada a contener los huevos.

Para incubar se sientan encima del nido con las patas colgando a los lados.

Las grandes rapaces, como el águila, hacen sus nidos entre las rocas de las altas montañas.

En Cuba los gavilanes anidan en las más altas ramas de los árboles corpulentos, como las ceibas.

El solibio teje un nido colgante como una hamaca, debajo de una penca de palma; entre el macho y la hembra agujerean las hojuelas de las pencas, pasando hebras por el agujero, hasta formar una especie de soga, de la que cuelgan el nido.

Los tomeguines, los zunzunes, los mayitos, los sinsontes y casi todas las aves que pertenecen al orden de los pájaros, lo fabrican entre las ramas de los árboles, utilizando pajitas, filamentos, ramitas finas, y para el relleno, plumitas, lana de ceiba o algodón.

Una circunstancia muy notable es la habilidad que todos muestran para ocultar el nido a la vista de los enemigos, disimulándolo entre las hojas, o para hacerlo inaccesible, colocándolo al extremo de las ramas.

Por regla general, las aves construyen sus nidos con el propósito de poner sus huevos y proporcionar habitación caliente y segura a sus hijuelos, en tanto no puedan valerse por sí mismos; pero algunas especies hacen nidos de recreo o que les sirven de habitación en el invierno.

¿Te explicas ahora el encono con que los gorriones se disputaban la pequeña pluma que flotaba en el aire?

Por estos contornos no abundan los materiales blandos y conservadores del calor que ellos quieren colocar en el fondo de sus nidos para que sus hijitos, cuando crezcan, se encuentren cómodos y abrigados. Por conquistar aquella partícula destinada a contribuir al bienestar de los hijos que todavía no tienen, los dos pajarillos entablaron una feroz pelea, a consecuencia de la cual uno de ellos perdió la vida.

Era que estaban animados por el instinto paternal, el más poderoso y el más extendido de los impulsos que gobiernan la vida de cuantos seres existen en la naturaleza.



V

X **EL CEDRO Y EL JAGÜEY**

Había un cedro gigante  
de Cuba en el campo hermoso  
que en el calor riguroso  
daba sombra al caminante.

Lo respetó el rayo ardiente,  
los siglos lo respetaron;  
mil tempestades pasaron  
y nunca dobló la frente.

Si a la aurora saludaban  
el turpial y el ruiñeñor,  
en sus ramas entonaban  
dulces cánticos de amor.

Era el árbol soberano  
de aquellos alrededores,  
emblema de los primores  
del rico vergel cubano.

Mas, quiso la suerte avara,  
que es de condición mudable,  
que un jagüey muy miserable  
humilde se le acercara.

Nació de sucia semilla,  
según de cierto se sabe,  
que arrojó al pasar un ave  
sobre la fecunda arcilla.

Y con acento angustiado  
dijo al cedro con cariño:  
—¡Ay de mí, débil y niño,  
que nací desamparado!

Si mi ventura no alcanza  
a obtener vuestro favor,  
perderé, noble señor,  
la vida con la esperanza.—

Oyó el cedro el lastimoso  
lamento de la orfandad,  
pues unía la bondad  
a lo bello y poderoso.

Alzóse el jagüey del cieno  
con alegría y presteza,  
y de aquel robusto seno  
reclinóse en la corteza.

Débil hilo, en tierno abrazo,  
estrechó a su bienhechor,

y pronto en pérfido lazo  
dejóle preso el traidor.

Los días iban pasando,  
los años iban viniendo,  
y el jagüey, siempre creciendo,  
y el cedro, siempre menguando.

Y ya con negras congojas  
desfallece y viene abajo,  
que no es más que un pobre gajo  
sin flor, sin fruto y sin hojas.

Gajo que en leña convierte  
el hacha del leñador,  
¡hubiera sido mejor  
darle al ingrato la muerte!

Todo pastor del lugar  
viendo el jagüey tan frondoso,  
algo le dice al pasar,  
algo le dice afrentoso.

*La gratitud engrandece,  
que es altísima virtud,  
y como la ingratitud  
nada en el mundo envilece.*

F. J. BALMASEDA.

✓



VI

X  
**EL CACIQUE GUAMA**

Hacia ya cerca de doce años que el primer gobernador de Cuba, don Diego Velázquez, había desembarcado en nuestras playas al frente de una lucida tropa a fin de conquistarla.

El cacique Hatuey había sido quemado vivo y los siboneyes, reducidos a la servidumbre, vivían en paz.

Los primeros pueblos que don Diego había fundado eran los únicos que aun existían en nuestro país; lejos de progresar, se hallaban casi despoblados y en ruinas.

La mayor parte de sus pobladores se había marchado al extranjero formando parte de las expediciones que fueron a descubrir y conquistar a Méjico, o había

emigrado al Perú, país muy rico situado en la América del Sur.

Baracoa, la primera población fundada por don Diego Velázquez, no era más que un pequeño caserío de guano con una rústica iglesia de mampostería. Santiago de Cuba, Bayamo, Puerto Príncipe, Sancti Spíritus, Trinidad y la Habana, eran pueblos no más importantes que Baracoa. Probablemente ninguno tenía más de cien casas de familia.

Los habitantes eran en su mayor parte viejos y enfermos, porque casi todos los hombres jóvenes y fuertes se habían ido a buscar fortuna a otros países.

Los indios habían disminuido enormemente en los doce años transcurridos desde la llegada de los españoles.

Muchos habían sido muertos por los conquistadores; un gran número había huido a los países vecinos; miles habían muerto de viruelas, enfermedad propagada por los nuevos pobladores, y cada día se suicidaban familias enteras para librarse de la miseria y de la esclavitud. Los pocos que aun vivían en las haciendas, encomendados a los colonos o vagando por los bosques, habían tenido ocasión de ver cómo disminuía el número de los guerreros blancos; éstos, además, no les inspiraban ya el supersticioso terror de los primeros tiempos, por cuya razón en los corazones de los siboneyes se avivaba la esperanza de recobrar la libertad perdida.

Un valeroso indio oriental, Guamá, les había dado el ejemplo. Guamá era joven, enérgico y fuerte. De niño había aprendido a cantar areitos en los cuales se

celebraban las victorias de su padre y de los demás guerreros de su tribu contra los caribes, y se había ejercitado en manejar el arco, la macana y el hacha de piedra. Muy joven aun, había peleado a las órdenes de Hatuey contra los soldados de don Diego Velázquez. Cuando el guerrero indio fué hecho prisionero y quemado en Yara, él y unos cuantos compañeros se refugiaron en las fragosas montañas de Baracoa viviendo siempre libres en aquellas sierras. Don Diego Velázquez, ocupado en recorrer la isla, fundar pueblos y preparar sus expediciones a Méjico, no prestó mayor atención a aquel puñado de indios, y éstos pudieron dedicarse tranquilamente a cultivar sus conucos entre los bosques. Con frecuencia algún indio escapado de la hacienda de un colono buscaba refugio en las tierras de Guamá—que había sido elevado a la dignidad de cacique—y contaba a éste los sufrimientos de sus hermanos, las discordias que existían entre los colonos y la marcha de muchos de éstos para lejanas tierras. Guamá oía en silencio estos relatos, el odio y la cólera brillaban en sus ojos y crecía en él la esperanza de arrojar a los españoles de Cuba.

De vez en cuando enviaba alguno de sus guerreros a merodear cerca de las haciendas y los poblados. Estos guerreros se ponían al habla con los indios que vivían sometidos y los incitaban a sublevarse y recobrar su libertad. Algunos comenzaron a hacerlo así; ocurrieron alzamientos, incendios y ataques por sorpresa a los colonos que se aventuraban solos por los caminos. Enterado don Diego Velázquez de estos manejos,

organizó cuadrillas de hombres armados para perseguir a los sublevados. Estas cuadrillas, auxiliadas por los colonos, dieron muerte a muchos de los alzados e impusieron a los que lograban apresar, horribles castigos.

El terror imperó de nuevo y pronto las medidas tomadas por Velázquez lograron el apaciguamiento de los indios. Sin embargo, ni aun las cuadrillas más aguerridas se atrevieron a perseguir a Guamá en el interior de sus bosques, y éste continuó su vida libre, alentando siempre la esperanza de echar de Cuba a sus dominadores.

Varios años más transcurrieron.

Don Diego Velázquez murió en Santiago de Cuba; la emigración de los colonos continuó. Los pocos que aun vivían en los pueblos sostenían continuas querellas entre sí; la hora de la liberación parecía haber llegado para los siboneyes.

Es verdad que éstos habían visto desaparecer también a la mayor parte de los suyos bajo el peso de la esclavitud y el azote de las nuevas enfermedades, contra las cuales no conocían remedios los behiques; pero habían recibido algunos valiosos refuerzos de esclavos negros e indios, del Africa y del Continente, fugados de las haciendas de sus amos.

Guamá envió mensajeros a diversas regiones de Cuba, y reunió en las montañas de Baracoa un número considerable de combatientes indios. Se cantaron areitos belicosos, en los cuales se recordaban las hazañas de los guerreros siboneyes y se pintaba con vivos colores los sufrimientos de la raza india, y entre gritos

de venganza y de odio, se resolvió emprender la lucha contra los dominadores hasta vencer o morir.

La guerra comenzó a un tiempo en las regiones que hoy ocupan las provincias de Santa Clara, Camagüey y Oriente. Emboscados en las veredas que a través de los montes comunicaban unos pueblos con otros, los indios atacaban a cuantos españoles se aventuraban por ellas, a menos que fuesen en grupos muy numerosos. Los pueblos quedaron aislados unos de



otros. Muchas haciendas fueron atacadas por sorpresa e incendiadas, apoderándose los sublevados de parte del ganado. Los siboneyes que no quisieron alzarse, considerados como enemigos y traidores, fueron atacados por sus mismos hermanos, los cuales dieron muerte a muchos de aquéllos. Finalmente, creciendo la audacia

de los indios, se lanzaron al ataque del pueblo de Puerto Príncipe, logrando reducirlo a cenizas.

Los colonos, ante el peligro, se aprestaron a la defensa. Vasco Porcallo en Sancti Spiritus, Diego de Ovando en Puerto Príncipe y Manuel de Rojas en Bayamo, hicieron frente a los enemigos.

Llevando cuadrillas de perros feroces que seguían el rastro a los indios, denunciaban la presencia de éstos evitando las sorpresas, y los acosaban durante los combates, los colonos persiguieron sin descanso a los guerreros siboneyes. La lucha fué tenaz y sangrienta; sorprendidos y rodeados cerca de Bayamo varios negros cimarrones por Rojas y su gente, se defendieron hasta morir. Sus cuerpos fueron devorados por los perros; las cabezas clavadas en la punta de un palo, se colocaron a la entrada del pueblo para advertencia y escarmiento de cuantos osaran atacar a los españoles. Al cabo de algunos meses los siboneyes fueron vencidos por la superioridad de sus contrarios. Estos, jinetes en buenos caballos, bien armados y ayudados de sus terribles perros, los acosaban por todas partes.

Guamá resistía siempre en sus montañas de Baracoa; pero los colonos, convencidos de que mientras no lograran vencerle no estarían seguros, resolvieron atacarlo en sus guaridas y darle muerte.

Gobernaba la isla interinamente don Manuel de Rojas, cuyas haciendas habían sufrido mucho con los asaltos de los indios. Era hombre honrado, inteligente y valeroso. Resuelto a terminar los alzamientos, organizó una fuerte cuadrilla de hombres tan sufridos y

valientes como él, y dejando a su teniente encargado del gobierno, se puso al frente de la misma y marchó personalmente contra Guamá a las montañas de Baracoa.

Varias semanas duró la campaña.

Perseguidos sin descanso día y noche por entre los montes, acorralados por los perros, Guamá y sus compañeros resistieron valerosamente, pero poco a poco fueron cayendo en poder de sus perseguidores, muertos o prisioneros.

Llegó un momento en que Guamá, más resuelto que nunca a luchar hasta la muerte, no tenía ya a su lado sino un reducido número de compañeros dispuestos a acompañarles hasta el último extremo.

Al fin fué atacado por sorpresa en su más apartado retiro, que había sido descubierto por Rojas y su gente.

Rodeado de enemigos, acosado por los feroces perros de presa, no flaqueó su valor. Más afortunado en medio de su derrota que su émulo Hatuey, aun empuñaba su pesada hacha de piedra, cuando cayó para no levantarse jamás, en medio de aquellos bosques, bajo cuya sombra protectora había vivido siempre libre. Con él desapareció la última esperanza de libertad de la raza siboney.





## VII

### ABNEGACION HEROICA DE UNA JOVEN FRANCESA

Durante la guerra franco-alemana de 1870-1871, los ejércitos alemanes invadieron a Francia, después de haber derrotado a los franceses en distintas batallas.

Las tropas alemanas penetraron en el territorio francés cometiendo innumerables atropellos, que pusieron de relieve, al mismo tiempo, su ferocidad y el heroísmo de sus víctimas.

Por los azares de la guerra había quedado sola en su casa una joven llamada Susana Didier, en la aldea de Villedieu, cerca de la famosa ciudad de Metz.

Su padre, sus hermanos y su novio se habían incorporado al ejército, para defender su patria contra los enemigos invasores.

Se hallaba un día ocupada en los quehaceres de su casa, con el corazón oprimido por tristes presentimientos, cuando sintió tropel y voces, como de soldadesca, en la puerta de la casa. Inmediatamente sonaron fuertes aldabonazos.

—Deben ser los enemigos, pensó. ¿Qué será de mí en este trance?

En mal francés y con marcado acento alemán, una ronca voz gritó de fuera:

—¡Abrid en seguida o echamos abajo la puerta!

Atemorizada la joven, abrió y en seguida invadieron la sala los oficiales de un batallón alemán que había acampado frente a la casa.

Uno de ellos gritó:

—Tráenos pronto lo que tengas de comer y beber.

La muchacha obedeció temblando, con la esperanza de verlos marchar, así que saciaran su apetito.

Pero cuando se hubieron hartado de comer y de beber, uno de los oficiales le dijo:

—Ahora es preciso que respondas a lo que vamos a preguntarte. Hace poco ha pasado por aquí un ejército francés. ¿Hacia dónde se ha ido?

Al oír estas palabras, Susana palideció. En aquel ejército iban su padre, sus hermanos y su novio. Si descubría la dirección en que habían marchado, los alemanes podían caer sobre él de improviso y destro-

zarlo; entre las víctimas quizás estarían también los seres queridos de su corazón.

Su turbación era tan grande que no respondió ni una palabra.

—¿Te has vuelto muda?—le dijo el oficial. Habla, si no quieres que te pèse.

Entonces contestó ella:

—Soy francesa y yo no puedo decir nada que perjudique a los franceses.



—De grado o por fuerza hablarás, replicó el oficial; nosotros necesitamos saber lo que te preguntamos y, al fin, tendrás que decírnoslo.

—Soy una mujer y estoy sola—dijo Susana;—vosotros no hacéis la guerra a las mujeres, y supongo que no querréis abusar de mi debilidad.

—¡Basta de palabras!—vociferó el oficial.—Habla o doy orden para que te fusilen.

—Podéis hacerlo así—replicó la joven,—porque yo no he de hablar una sola palabra más.

El oficial llamó a varios soldados y les ordenó que la sacaran fuera de la casa. La colocaron junto a un árbol y mandó que apuntaran hacia ella con sus fusiles.

—¿Vas a contestar a lo que te he preguntado?

Susana guardó silencio.

—Por última vez, ¿quieres hablar?

La muchacha guardó silencio y no contestó.

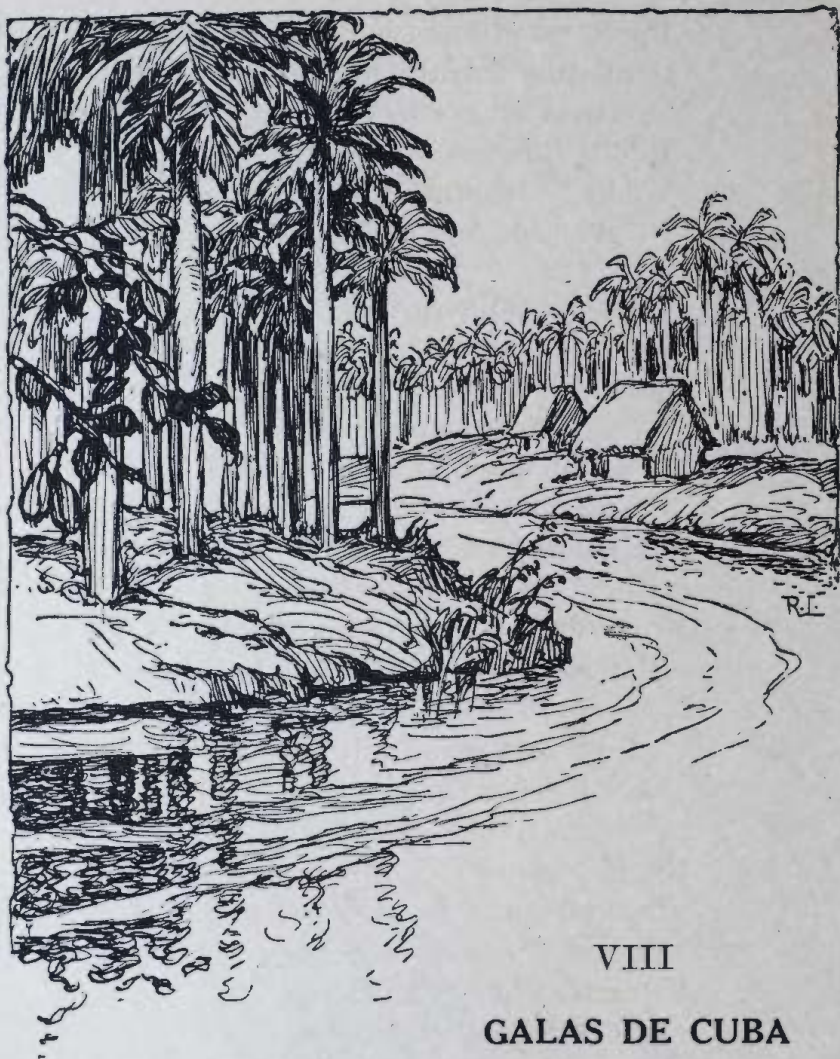
Entonces el oficial, volviéndose a los soldados, les dió las órdenes de ejecución:

—¡Apunten! ¡Fuego!

Con el pecho destrozado por las balas, cayó Susana al pie del árbol, regando la tierra con su sangre.

Como ella muchas mujeres francesas prefirieron la muerte a proporcionar a sus enemigos la menor noticia que pudiera perjudicar a los defensores de su patria.





## VIII

### GALAS DE CUBA

Cuba, mi suelo querido,  
Que desde niño adoré,  
Siempre por ti suspiré  
De dulce afecto rendido.

Por ti en el alma he sentido  
Gratísima inspiración,  
Disfrutá mi corazón  
Por ti dulcísimo encanto,  
Y hoy te bendigo y te canto  
De mi ruda lira al son.

Cuba, delicioso edén  
Perfumado por tus flores,  
Quien no ha visto tus primores  
Ni vió luz, ni gozó bien.  
Con dulcísimo vaivén  
Besan tus playas los mares,  
Se columpian tus palmares,  
Gime el viento dulcemente,  
Y adornan tu regia frente  
Blancos lirios y azahares.

Los nísperos que florecen  
En las vegas de tus ríos,  
Forman dulces murmuríos  
Si al son del viento se mecen;  
Te adornan y te embellecen  
Montes y cañaverales,  
Susurran los caimitales,  
Te cantan los ruisseños,  
Y arrulladas son tus flores  
Por las brisas tropicales.

En la provincia oriental,  
Bajo un cielo peregrino,

Se eleva el monte Turquino  
Siempre verde y colosal;  
Allí el alegre zorzal  
Sobre las ramas saltando,  
Ve en los peñascos rodando  
Las flores que el viento quiebra,  
Y a tu ardiente sol celebra  
Con su canto dulce y blando.

Sus cristalinos torrentes  
Que entre flores se deslizan,  
Tus praderas fertilizan  
Con sus límpidas corrientes;  
Hay a orillas de tus fuentes  
Bellezas indescriptibles,  
Y allí los juncos flexibles,  
En la vernal estación,  
Besan las aguas al son  
De los vientos apacibles.

Dichoso el que admira en ti  
Tus praderas florecientes,  
Tus ceibas y tus torrentes  
Y tu cielo azul turquí.  
Tú eres siempre la que a mí  
Me inspiras cantos cubanos,  
La patria de mis hermanos,  
Del Nuevo Mundo una estrella,  
Y en fin, la tierra más bella  
Que vieron ojos humanos.

JUAN C. NÁPOLES FAJARDO.



## IX

### EL MAESTRO INDIO

Cuando el primer gobernador de Cuba don Diego Velázquez desembarcó en la Isla para comenzar la conquista de ésta, le acompañaba un sacerdote cuyo nombre ha llegado a ser universalmente famoso:

Bartolomé de las Casas.

La primera población fundada por don Diego fué Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, y entre los rústicos edificios que se levantaron, la iglesia fué uno de los más importantes. Poco tiempo después dicha iglesia fué elevada a la categoría de catedral de Cuba, reemplazándose la primitiva fábrica de madera y guano por otra de mampostería, aunque pequeña y

tosca. Quizás fué el primer edificio de esa clase fabricado en Cuba.

Don Diego Velázquez, ocupado en las funciones de gobernador que ejercía, no pudo continuar por sí mismo la exploración y conquista de la isla, misión que confió al capitán Pánfilo de Narváez y al ya citado fray Bartolomé de las Casas.

Se fundaron algunos pueblos más, y en todos ellos se erigía una iglesia con un cura párroco a su frente. El sacerdote acompañaba y seguía a todas partes al conquistador.

La reina de España, doña Isabel, llamada *La Católica*, era muy piadosa. Se dice que uno de los motivos por los cuales ella se resolvió a ayudar a Cristóbal Colón en sus empresas y contribuyó a que se le diesen los recursos necesarios para llevar a cabo su viaje de descubrimiento, fué el pensar que los países en cuya busca se iba estarían poblados por gentes que no eran cristianos, y que sería una buena obra enviar allá misioneros que los convirtieran al cristianismo. Además, Colón le había dicho que con las riquezas que él adquiriera en sus viajes, se proponía organizar una fuerte expedición guerrera para echar a los turcos de la sagrada ciudad de Jerusalén.

Sea como fuere, lo cierto es que cuando Colón descubrió la América y se supo que estaba poblada por salvajes que no eran cristianos, la reina mostró el más vivo deseo de que se les convirtiera al cristianismo y se les instruyera en los principios de la religión, por misioneros y sacerdotes, y hasta por los mismos colonos y conquistadores.

Cuando don Diego Velázquez comenzó la conquista de Cuba en 1511, ya la reina había muerto; pero las disposiciones que ella había dado seguían rigiendo en su mayor parte, aunque nadie, o casi nadie, las cumplía.

Por esa razón don Diego Velázquez traía un sacerdote en su compañía y edificaba una iglesia en cada uno de los pueblos que fundaba.



Fray Bartolomé de las Casas era muy piadoso y humanitario. Trataba a los indios con mucha bondad, les enseñaba de viva voz a rezar, y cuando ya habían aprendido algunas oraciones los bautizaba.

Algunos sacerdotes le auxiliaban en esta tarea, aunque ninguno mostraba tanto fervor como él.

En cuanto a los colonos, lejos de enseñar a los indios ni de adoctrinarles en nada, los maltrataban sin piedad y los hacían trabajar como esclavos.

Sin embargo, algunos amigos de las Casas le ayudaban en su noble tarea, y se cuenta que un vecino de Trinidad llamado don Pedro de la Rentería, trataba de enseñar a leer a los indios de su hacienda.

Queda dicho ya que la iglesia de Baracoa fué erigida en catedral, seis o siete años después de fundada. El primer obispo, aunque no vino a Cuba, creó en dicha catedral varias dignidades o cargos importantes. Contábase entre ellos la *Escolastía* o *Maestrescuela*. Dicho cargo, según lo dispuesto por el obispo, no podía ser desempeñado sino por un sacerdote muy instruido, graduado en alguna universidad de España; estaba obligado a enseñar a los clérigos y sirvientes de la iglesia y a todos los del obispado que quisieran asistir a las clases.

Casi todo lo dispuesto por el obispo quedó sin cumplir por diversas causas. Algunos vecinos se casaron con mujeres indias, hijas de caciques, y si querían instruir algo a sus hijos, no tenían manera de hacerlo. Entonces parece que a varios vecinos acomodados se les ocurrió enviar a los muchachos o jovencitos a España para que se instruyeran allí.

Entre los que tuvieron este deseo de instruir a sus hijos se contaba un vecino de Santiago de Cuba, de apellido Velázquez, pariente del gobernador don Diego. Dicho vecino se había casado con una india.

Tuvo un hijo, al cual le puso el nombre de Miguel, y lo envió a España a instruirse. Miguel Velázquez estudió en la ciudad de Sevilla y en la de Alcalá de Henares, se hizo sacerdote y regresó a Cuba. En el año de 1544 él era uno de los tres sacerdotes con que contaba la catedral, que ya había sido trasladada a Santiago de Cuba. Bien porque el obispo le diese el cargo de *Maestrescuela* o por su deseo de difundir los conocimientos que él había adquirido, es el caso que Miguel Velázquez se dedicó a la enseñanza en la catedral.

Fué el primer maestro cubano de que se tiene noticia, con la particularidad de que era hijo, como ya se ha dicho, de un español y de una india.

Sus convecinos le tenían en gran estima, por su saber y la nobleza de su carácter.

Su jefe, el obispo, le decía al rey de España en una carta, que Miguel Velázquez era “ejemplarísimo de vida”; otro contemporáneo suyo, empleado del gobierno, le informaba también al rey en otra carta que Miguel Velázquez era “mozo de edad”, pero “anciano de doctrina y ejemplo”, con lo cual sin duda quería poner de manifiesto la prudencia, el saber y la virtuosa vida del mestizo, añadiendo que “gracias a su diligencia la iglesia se encontraba bien atendida”.

La enseñanza en aquella época, sobre todo la preparación para el sacerdocio, estaba limitada, donde la había, a personas pertenecientes a familias de cierta categoría. Las parroquias de Cuba eran muy pobres, y pocos sacerdotes querían venir a ellas después de la

muerte de don Diego Velázquez; los que venían se marchaban en cuanto podían.

El primer obispo de Cuba que vivió en la Isla, don Miguel Ramírez, quiso remediar el mal, preparando en la catedral jóvenes para el sacerdocio. Probablemente el maestro de todos ellos era Miguel Velázquez.

El obispo, por su mal carácter y por otros motivos más, tenía muchos enemigos, y éstos le acusaron ante el rey de España de que él “ordenaba de corona” a niños hasta de siete años, a mestizos hijos de indias, que eran criados, a mozos que servían a otros y finalmente hasta hombres.

En la época en que Miguel Velázquez vivía en Santiago de Cuba, las autoridades estaban en continuas querellas unas con otras, los vecinos se peleaban entre sí, la miseria reinaba por todas partes y los infelices indios perecían a montones, víctimas del trabajo excesivo a que se les sometía por sus amos, las enfermedades y las escaseces de todo género que sufrían.

Miguel Velázquez sentía profunda pena al contemplar todo lo que ocurría en torno suyo; él atribuía tantos males al carácter tiránico de los gobernantes y a la esclavitud que imperaba por todas partes. Sin duda se indignaba con las injusticias que veía cometer a todo el mundo, puesto que en una carta dirigida al obispo, que se había marchado a España, le decía amargamente refiriéndose a Cuba:

*¡Triste tierra, cómo tiranizada y de señorío!*

De los últimos años de la vida de este primer maestro cubano, poco o nada se sabe. Quizás murió.

en Santiago de Cuba, lleno de tristeza ante las desgracias que presenciaba y no podía remediar.

Esta Escolastía de la catedral no fué la única institución de enseñanza de aquella época. Algunos vecinos echaban de menos la existencia de algún establecimiento de enseñanza donde instruir a sus hijos. Un vecino de Bayamo, llamado don Francisco de Paradas, trató de remediar el mal algunos años después de la fecha en que Miguel Velázquez enseñaba en Santiago de Cuba. Cuando Paradas murió, en su testamento dispuso que con una suma de dinero que él destinaba al efecto, se construyese una iglesia en Bayamo y que en ella hubiese tres capellanes uno de ellos destinado a la enseñanza. Ordenaba Paradas que se pagasen al maestro trescientos pesos de sueldo al año con el dinero que él dejaba, y recomendaba que dicho maestro estuviera obligado a enseñar a todos los hijos de los vecinos de Bayamo y a los demás que quisieran aprender.

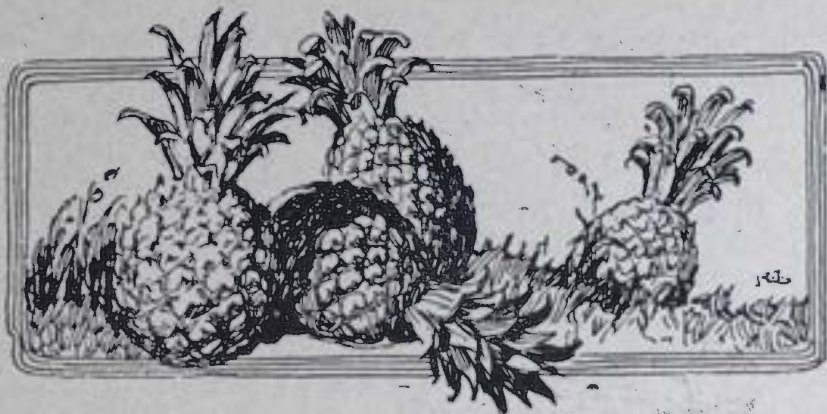
El rey de España también quiso hacer algo en favor de la instrucción de los indios y de los vecinos de Cuba.

Pocos años después de la muerte de don Diego Velázquez, le ordenó al gobernador de Cuba, que entonces era Juanes Dávila, que escogiera doce muchachos indios, de los más inteligentes, hijos de caciques, y los enviara en el primer barco que saliera para España, bien provistos de todo lo que necesitaran. Dichos muchachos debían ser educados e instruidos en colegios de España, principalmente en lo tocante a la religión; cuando hubieran terminado sus estudios de-

bían regresar a Cuba para ser los maestros de sus hermanos de raza, los cuales sin duda atenderían más a la enseñanza de estos maestros que a la de los maestros españoles.

El propósito del rey no podía ser mejor y la idea era excelente, pero los ayuntamientos de Cuba se opusieron a que se llevase a efecto y el gobernador parece que no se ocupó en darle cumplimiento a la orden recibida. Ellos creían quizás que los indios sólo eran buenos para sacar oro de los ríos y trabajar en las haciendas como esclavos, y no para ir a estudiar nada a ninguna parte.





X

LA PIÑA

Cuentan que por los trópicos un día  
se aventuró la clásica Pomona;  
y, halló de pronto, en la fecunda zona,  
ánfora rebosante de ambrosía;

probóla y fué tan grande su alegría  
que eternamente ese blasón pregona,  
porque dejó caer sobre ella su corona  
y la incrustó de clara pedrería.

Cuajada de rubíes y diamantes,  
así la piña se destaca egregia  
por entre hojas filudas y punzantes,

como si al prevenir manos osadas,  
con la altivez de su corona regia,  
se encastillase entre cincuenta espadas.

J. SANTOS CHOCANO.



## XI

### UN GOBERNADOR COMO HAY POCOS

Algunos años después del descubrimiento de América y de la fundación de las primeras colonias españolas en el Nuevo Mundo, los barcos que hacían el tráfico entre España y sus posesiones comenzaron a ser atacados por marinos de diversos países, principalmente ingleses, franceses y holandeses, con la mira de apoderarse de las riquezas que aquellos barcos conducían.

Las autoridades españolas tomaron varias medidas a fin de poner sus buques a salvo de esos ataques, siendo la principal el disponer que todos los barcos hiciesen el viaje juntos, formando una poderosa escuadra, tanto en el viaje de ida de España a América,

como en el de regreso. Cada año se daba un viaje completo por lo común.

Las dos posesiones más ricas que tenían los españoles en América a fines del siglo xvi eran Méjico y el Perú. Las grandes riquezas del primero de dichos países eran conducidas a Veracruz. En dicho puerto se recibían las mercancías de la Península y se embarcaban para España las citadas riquezas. Las del Perú eran transportadas por el océano Pacífico hasta el istmo de Panamá y llevadas a través de éste a Portobelo, para de allí ser conducidas a España. Las mercancías que de España se enviaban al Perú hacían el mismo recorrido, pero en dirección contraria. La ciudad de Cartagena, situada cerca de la desembocadura del río Magdalena, era otro gran puerto de importación y exportación.

El recorrido de las escuadras españolas era el siguiente: En el mes de abril, por lo común, dichas escuadras, compuestas de 20 a 50 barcos, zarpaban del puerto de Sanlúcar de Barrameda y se dirigían en línea recta hacia las Antillas menores. Las escuadras eran dos: la destinada a Méjico, llamada flota de *Nueva España*, y la que se dirigía a Cartagena y Portobelo, designada con el nombre de flota de los *Galeones* o de *Tierra Firme*. Cuando llegaban a la altura de la isla Dominica, cambiaban de rumbo.

La de Nueva España se dirigía por el norte de Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba al puerto de la Habana; después de un alto de dos o tres semanas en el puerto de la capital de nuestro país, continuaba su

viaje a través del Golfo de Méjico hasta Veracruz. La flota de los Galeones seguía por el sur de Puerto Rico, tocaba en Santo Domingo y cruzando en línea recta el Mar de las Antillas se dirigía a Cartagena y de allí a Portobelo, término del viaje.

El de regreso de ambas expediciones se hacía en la forma siguiente: La flota de Nueva España salía de Veracruz, atravesaba el Golfo de Méjico y fondeaba en la Habana, donde debía esperar a la flota de los Galeones o de Tierra Firme. Esta salía de Portobelo, atravesaba el Mar de las Antillas con rumbo al estrecho de Yucatán, doblaba el cabo de San Antonio y se dirigía también a la Habana. Reunidas en nuestro puerto las dos flotas, emprendían el viaje de regreso a España por el Canal de la Florida. Las flotas, además de los marinos de las mismas y de los numerosos pasajeros—comerciantes, empleados, etc.,—que conducían, llevaban numerosos soldados para su defensa. El jefe principal de todo el armamento era el *General de la Armada*; su segundo el *Almirante de la Flota*. Entre soldados, tripulantes y pasajeros, cada expedición se componía de cuatro o cinco mil hombres.

La Habana era en aquel entonces—últimas décadas de la segunda mitad del siglo xvi—un pequeño caserío, en su mayor parte de guano. Su única defensa era el castillo de *La Fuerza*, que aun existe. Su construcción acababa de terminarse en la época a que se refiere este escrito, después de veinte años de trabajo. Las principales casas estaban alrededor de la plaza que ocupa hoy el frente del Palacio Municipal y

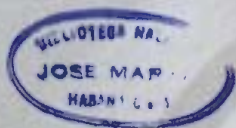
del espacio que media entre el edificio de la Lonja y el antiguo convento de San Francisco. En la provincia no existía ningún otro poblado, excepto el caserío indio de Guanabacoa. El pueblo más cercano era Sancti-Spíritus.

Los escasos habitantes vivían siempre sobresaltados por el temor de ser atacados por corsarios enemigos. En el lugar que hoy ocupa el Morro existía una torrecita de madera, desde la cual se vigilaba la costa hasta cerca de donde hoy se hallan el Vedado y Cojimar, a fin de avisar a la ciudad la proximidad del enemigo, en cuyo caso se disparaba un cañonazo en *La Fuerza* y se tocaban las campanas. Todos los vecinos debían acudir armados al lugar que ya se les tenía designado de atemano. Bueno es hacer constar que los cañones de *La Fuerza* eran muy pocos y que ninguno alcanzaba más de cien varas dentro de la bahía.

La vida de la ciudad cobraba extraordinaria animación con la llegada de las flotas. Cuando éstas regresaban a España, una estaba obligada a esperar a la otra en el puerto, como ya se ha dicho, y aun después de reunidas, no zarpaban hasta no estar seguras de que no había escuadras enemigas en acecho.

Por estas causas permanecían a veces dos o tres meses en el puerto. Los soldados, tripulantes y pasajeros, aburridos de pasar semanas y semanas, y aun meses en el mar, saltaban a tierra apenas fondeaban las naves en el puerto.

Muchos se alojaban en las casas de los vecinos, convertidas por el momento en hoteles y pagaban un



buen hospedaje; compraban a un precio subido cuantos artículos producía la tierra y vendían los que traían de España, de Méjico o del Perú. Era la ocasión de los grandes negocios para los habaneros. Además se organizaban fiestas, verbenas y juegos, etc.

Sin embargo, no todo eran ventajas para el vecindario. Los juegos ilícitos, principalmente los dados y las barajas o naipes, que estaban prohibidos en los días corrientes, se celebraban con el mayor descaro. En cada bohío había una casa de juego,—hasta los gobernadores tenían varias a veces—en las cuales se cobraba una cantidad a cada jugador. En estos juegos se originaban disputas y riñas, que solían terminar sangrientamente. Además, no había policía alguna y los soldados y marineros cometían toda clase de atropellos con el vecindario; penetraban en las casas, insultaban a las mujeres, apaleaban a los hombres y hacían cuanto se les antojaba. Las autoridades llamadas a remediar estos abusos y a mantener el orden eran el gobernador de la colonia y el alcalde, pero no tenían manera de hacerlo. Los soldados que guarnecían *La Fuerza* no estaban aun a las órdenes del gobernador; tenían su jefe que vivía en dicha fortaleza y eran los más odiosos insultadores del vecindario. Por otra parte la marina tenía ciertos privilegios especiales. Ninguna autoridad terrestre tenía derecho a detener ni a castigar un marino; así es que éstos realizaban sus fechorías, y si se veían atacados por el vecindario, se refugiaban en sus barcos, para volver a tierra dos o tres días después a renovar impunemente sus diabluras.

Hubo casos en que se libraron verdaderos combates entre el vecindario capitaneado por sus autoridades y grupos de tripulantes. Un gobernador, don Gabriel de Luján, fué herido por los marinos en una de estas escaramuzas.

Tal era la situación cuando en el año de 1589 llegó a hacerse cargo del gobierno de Cuba el maestre de campo don Juan de Tejada.

Tejada era un veterano muy aguerrido, que había tomado parte en numerosas batallas libradas por los españoles en varios países de Europa. Su carácter firme y enérgico se había templado en duras campañas, en las que figuró siempre al frente de soldados tan recios y fogueados como él. Su honradez acrisolada, su valor, su lealtad, las heridas que había recibido en gloriosos combates, el crédito de que gozaba de ser uno de los más entendidos ingenieros militares de la época, todo contribuía a que el rey de España, Felipe II, tuviese en él una gran confianza. Tejada, por su parte, tenía conciencia de su valer y del mérito de sus servicios; estaba acostumbrado a ser obedecido sin réplica y no era hombre capaz de tolerar que nadie le insultase ni desacatase en lo más mínimo su autoridad.

Su venida a América obedecía a que el rey de España había resuelto fortificar los principales puertos de América, amenazados por los ingleses. Tejada tenía gran experiencia, adquirida en Flandes y en otras partes, en todo lo relativo a fortificaciones; era hombre activo, enérgico y honrado; así es que pareció

el más a propósito para preparar los planes de fortificación e iniciar la ejecución de las obras.

Le auxiliaba en estos trabajos otro ingeniero militar no menos ilustre: Juan Bautista Antonelli.

Tejeda preparó los planes de fortificación de las plazas citadas; muy especialmente de la Habana, que por su posición geográfica era la más importante. El se hizo cargo del gobierno de Cuba, que ejerció cinco años, a fin de dirigir con Antonelli las obras de defensa. El ilustre veterano fué quien planeó y comenzó la construcción del Morro y de la Punta.

Cuando Tejeda tomó el mando encontró imperante el estado de cosas ya referido, pero él tenía la ventaja de ser también el jefe superior de la guarnición de *La Fuerza*. Sus más urgentes atenciones fueron planear las obras de fortificación e imponer el respeto a su autoridad.

Su primer choque en este sentido fué con el obispo fray Antonio Salcedo Díaz. Era éste, según parece, muy intolerante; estaba empeñado en la construcción del convento de San Francisco, y molestaba con exigencias constantes al gobernador y al vecindario. Tejeda no gustaba de compartir su autoridad con nadie y se opuso a varias disposiciones de Salcedo, las cuales el gobernador creía que no eran de la competencia de la autoridad eclesiástica. El obispo, que también tenía un carácter enérgico, lo excomulgó. Lo mismo había hecho con el gobernador anterior y con muchos vecinos. La excomunión no produjo otro efecto en Tejeda que aumentar su cólera. Inmediatamente le escribió al rey

dándole cuenta del caso, y en la carta, entre otras cosas, le decía: “Trae a esta tierra el obispo tan desasosegada con sus descomuniones, que más parece lobo que pastor de almas... suplico a vuestra majestad que lo mande castigar o mudar de esta Isla, para que la gente pueda vivir como cristiana”. A pesar del extraordinario respeto que entonces se tenía por la autoridad eclesiástica, el obispo fué trasladado algún tiempo después para otra diócesis.

Pero el choque principal donde se mostró la entereza de su carácter, se produjo con los jefes de las flotas.

Sostuvo Tejeda que todo tripulante que bajase a tierra quedaba desde ese momento sometido a su autoridad, y no hubo forma de hacerlo aceptar lo contrario. Los vecinos apoyaron resueltamente al gobernador y las tropelías de los marinos tuvieron término.

Los jefes de las flotas hicieron valer entonces unas cédulas reales u órdenes del rey, según las cuales se les concedían los citados privilegios; Tejeda se negó a darles cumplimiento y con gran entereza, rayana en desacato, le escribió una carta al rey en la cual le decía: “No se debían dar para la Habana (se refiere a los privilegios a los marinos) estando yo en ella; y si se dieran, no los obedeceré yo, aunque me corten la cabeza; que ésto, podrálo hacer Vuestra Majestad y quitarme el cargo; mas no que me toquen mi reputación y honra; ni adonde yo estuviere ha de prender vecino ni soldado de mi jurisdicción ningún general de Armada, ni pisar palmo de tierra que yo gobierne sin mi orden y con-

sentimiento. Al que lo pretendiere hacer, aunque sea confiado en las cédulas (los privilegios citados), lo haré yo embarcar a arcabuzazos a sus navíos, donde tienen jurisdicción. Si V. M. quiere que le sirva ha de ser de esta manera, y si no, licencia y bendición”.

No se limitó a estas expresiones tan enérgicas como inusitadas tratándose del rey; en el párrafo final de la carta le decía: “No quiero que me acaben los disgustos que esas cédulas dan a quien debiera tener el crédito que yo; y así le digo a V. M. que, aunque hablen con cuantos gobernadores tiene, si no especifican el nombre del maestre de campo Juan de Tejeda, será como si no hablasen conmigo. Y esto sirva de contraseña para con V. M. En lo demás, aquí estoy yo para todo lo que me quisiere mandar”.

El rey de España a quien dirigía esta carta era Felipe II, famoso por su espíritu dominador y absolutista; pero sea porque tuviese en gran consideración al viejo y aguerrido veterano o por cualquiera otra causa, el caso es que Felipe II nada contestó, y Tejeda se salió con la suya, como suele decirse, con gran contento del vecindario de la Habana. Este, en lo sucesivo, se vió mucho más protegido contra los abusos de los tripulantes de las flotas. En el año de 1594, una escuadra tripulada por más de cinco mil hombres permaneció siete meses en el puerto de la Habana; el general que la mandaba, a pesar de ser de índole muy impetuosa, no se opuso a que Tejeda castigase las faltas de los pasajeros, con lo cual quedó firmemente establecido el precedente.

Durante el mando del enérgico maestro de campo, la Habana recibió otros importantes beneficios: se terminó la construcción de la Zanja, que fué su primer acueducto; se aumentó el número de concejales del ayuntamiento y las atribuciones de éste, y empezó a abundar el dinero, producto de los gastos que hacía el gobierno para la construcción de las fortalezas. Pero lo más importante fué la seguridad que tuvieron los vecinos de que en lo sucesivo sus haciendas, su vida y su honor, serían respetados y amparados. El Morro y la Punta, obra de Tejeda principalmente, aunque éste no los dejase terminados en los cinco años de su gobierno, pusieron la ciudad a salvo de los piratas y de los corsarios del exterior; la energía de Tejeda, que puso a raya a los soldados de *La Fuerza* y a los marinos, la libró de las tropelías de todos éstos, refiriéndose a los cuales dice un historiador español, que a veces se conducían como corsarios tan malos como los otros.

Por todas estas circunstancias, nos parece que Tejeda fué, según queda dicho, un gobernador como hay pocos.





## XII

### LA BANDERA

Hacia el otoño de 1896 tuvo que pasar Luisita a la casa de su hermana mayor. Su padre, infortunado médico de campo, había volado a la guerra con dos de sus hijos: antes se casó Juanita, la primogénita, y a su cuidado, que podía presumir tan desvelado y tierno como el de la madre muerta, la encomendó el pobre hombre, en una carta nerviosa y dislocada. Una madrugada se sintió Luisita mojada en lágrimas en su sueño; despertando, vió a su padre que apresuradamente tomaba de su percha una capa de aguas. Después no lo volvió a ver, ni en casa de su hermana le habían podido informar a ciertas de dónde se hallaba.

Cuando se tienen ocho años, lógico es que no arraiguen demasiado las impresiones tristes. Sin embargo, ¡aquel papá suyo era tan bueno, tan especial entre los de otras niñas que ella conocía! Aquel papá que la llevaba a los ingenios sobre las pistoleras de la montura y cuyos besos filtrados por entre una maraña de pelos, la sorprendían diez veces al día, estaba ante ella presente a cada minuto, desde su rincón ignorado. Por la noche cuando todos dormían sentía más la lamentable falta de esos besos cálidos y la almohada se le empapaba de llanto y le parecía verle más claro entre las lágrimas. ¡Cómo había podido abandonarla! ¡Cómo haberse conformado a no verla, a no dormirla, a no vestirla los domingos! ¡Qué causa, más fuerte que su cariño, pudo arrancarlo a la casita humilde!...

Seguramente estaba en la guerra, donde estaban cuantos poco a poco iban desapareciendo del pueblo. Pero Luisita no podía representarse prácticamente la idea de este lugar o cosa tan espantosamente seductora. A veces al escucharse a lo lejos un disparo, al pasar por la carretera un carro de heridos quejumbrosos, había observado la consternación de los rostros: “¡Oh, esta guerra!” repetían. Con todo, Luisita se hacía en sus adentros una idea simpática de aquel enigma que había enamorado a su padre, a sus hermanos. Confiantemente esperó su vuelta sin zozobras, con la suave tristeza de los que aguardan el final de viaje.

Pero al acercarse la época de Pascuas, la impaciencia empezó a quemarla.

Llegaba el Año Nuevo e iba a entrar sola en él. El techo familiar y amoroso de su hermana se le anto-

jaba hostil y extraño al recordar la velada modesta del médico en la noche de San Silvestre, recuerdo anual que congregaba debajo de la lámpara paterna a todos los hijos, bien que viniesen algunos desde muy lejos. En tales ocasiones hacía Luisita su cena en las rodillas de su padre, hasta que el sueño la rendía en el ancho pecho del luchador; de pronto aleteaba por el tejado el repique de las doce. ¡El Año Nuevo! Luisita se sentía



sacudida y levantada en alto y con los ojos aun cerrados, pagaba torpemente los abrazos locos de todos...

Y he aquí que en aquellos días había llegado a Juliana una carta misteriosa. Luisita la había escuchado furtivamente cuando con su marido la leía junto a la ventana del cuarto a la hermana mayor. Y así supo que su padre no estaba lejos a la sazón; tal vez en algún potrero conocido de ella a donde él mismo la llevó cien veces. Y así se preguntó, todo naturalmente,

por qué no habría de ir a verlo, aquí o allá, donde fuera, como antaño hacían los hermanos casados.

Lo dijo redondamente aquel día en la mesa. Estupefacción general. Juliana fijó sobre ella dos ojos abiertos e irritados. Comprendió que había dicho algo muy malo y con los párpados bajos siguió comiendo apresuradamente. Pero su determinación estaba tomada y a la otra mañana expuso gravemente su plan a Lucas el lechero, portador, entre los repliegues de la albarda, de la carta misteriosa. El pobre diablo lívido, probando a reír y negándose a aceptar encomiendas para el doctor, sólo dejó insinuar que se le suponía por vuelta de la Canoa. ¡Cualquier día lo cogían a él por ese rumbo!

La Canoa... Luisita conocía muy bien aquel potrero, con una laguna espejeante en el medio, matizado de ganados bermejos hasta las grises lomas lejanas. Esperó suspirando la mañana del treinta y uno, ¡por fin! Se guardó su pan del desayuno, puso en él un trozo de jamón—¡tanto como le gustaba a su papá!—se calzó sus zapatos fuertes y su sombrero ancho, y como en una escapatoria de colegial, tomó por la carretera arriba, a saltos, tropezaba con los centinelas del fuerte, tirando con la honda a los pájaros... El sol estaba bueno; todo se doraba alrededor de una brisa delgadita y pizpireta que atenuaba el ardor de la sangre. Al tomar por un atajo le brincó el corazón; todavía resonaban en sus oídos las patas del caballo paternal machacando entre guijarros. A las dos horas sus duras piernas campesinas comenzaron a flaquear. Súbitamen-

te de entre un florón de cañas bravas unos jinetes se destacaron; Luisita tuvo miedo y quiso huir. Pero una risotada bajo uno de los sombreros de yarey le hizo reconocer a Lucas, al mismo Lucas transformado en guerrero. El parlamento fué breve.

El guajiro, ocultando el rostro para secarse los ojos en la brisa, le tendió las manos. Un minuto después reía galopando entre el palpitante de las botijas, hacia el campamento.

---

El doctor se afeitaba de pie ante un rancho, cuando vinieron a avisarle que algo bueno le traían del pueblo. Leyendo en el rostro del mensajero una gran noticia, arrojó la navaja y con el rostro enjabonado corrió al murmullo de un grupo reunido allá fuera, en torno de uno de los hombres de avanzada.

—Doctor,—gritó Lucas alzando a la muchacha entre la turba de cabezas.

—¡Luisita, hija mía!

El buen viejo no podía creer a sus ojos, y palpaba el rostro mofletudo, lo besaba manchándolo de jabón, hundía las manos ávidas entre la greña fresca y aromosa de la muchacha.

Después, llevándola a un banco, la asedió a preguntas sobre la pobre Julia, sobre el hijo mayor enfermo, sobre su escuela y sus amigas. ¡Y bien que había crecido en tres meses, diablo de chiquilla!

—¡Vean ustedes, señores, ocho años, ni un día más!

El también estaba enfurruñado por no esperar el Año Nuevo con los suyos. ¡Qué bueno, qué pistonudo!

Luisita, súbitamente seria, miró alzando la cabeza por sobre el grupo risueño.

—Papacito—dijo muy bajo y con miedo,—Isidro... Juan... Francisco, ¿no están contigo?

El doctor no contestó, dejó caer la barba sobre el pecho y al cabo movió la mano en el aire como designando la lontananza opalina más allá de los cerros, donde también se batían.

Uno de los circunstantes contestó:

—Lo que es Isidro ya debe ser general... Tan seguro quizá tiene un buen almuerzo...

Quedó convenido que cenarían esa noche como en el pueblo, presididos por Luisita, que daría un salto a las doce, para no quedarse en el Año Viejo. Al fin y a la postre no había allí más jefe que el doctor, y éste, contagiando al campamento, sentía desleirse su energía ante aquella personita que, mitad hada, mitad diablillo, acababa de aparecerse como por arte brujo... Sólo que—pequeña contrariedad—no había que comer. Los más próximos prometieron rondar por los potreros en busca de algo, fuese fauna o flora, jutía arisca o mangos sin hacer.

Pronto se sumergieron en la manigua los comisionados. Pero, de repente, en la serena tranquilidad de la tarde, dos detonaciones sonaron aisladas, lejanas.

—¡El *soldao*!—dijo uno trepando rápidamente a un arbusto, y después:—lo menos son doscientos. ¡Rayo!

Una rama cortada cayó y el hombre descendió rápidamente.

—¡Al avío!

Las detonaciones se precisaban más frecuentes. En un minuto todo el campamento estuvo a caballo. Sobre las cabezas, calando la arboleda, silbaba el plomo con maullidos asombrosos. El doctor, indeciso, estrechaba aun contra su corpachón a Luisita, toda pálida, antes de mandarla a la impedimenta. De pronto uno de los jinetes, aún replegados dentro de los árboles, abrió los brazos y rodó del caballo con un tropel de palabras en la boca.



—Doctor, arriba, déjeme la muchacha—gritó Lucas.—¡Mire usted que nos fusilan!

Reteniendo la punta de los cabellos infantiles entre sus dedos, terminó el médico un largo abrazo, y cerrando los ojos corrió hacia su caballo. Pero un alarido horrible, como el de una bestia apuñalada, heló su movimiento.

—¡Ya lo ve usted!—rugió Lucas sollozando. La pobre Luisita, con el pecho rojo, se le deshacía de las manos sin una queja, como una torcaza herida.

Algunas briznas manchadas temblaron en el viento.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—suspiró cubriéndola con su cuerpo el médico.—¿Y para esto ha venido?

—¡Arriba, doctor!—gritaron de cerca.—¡Que ya están ahí!

—¡Aguántense, cobardes! ¡De aquí no me voy ni tostao!

Abriendo el trajecillo de la niña comprobó el padre una herida enorme de parque amarillo sobre el corazón. Sacó nerviosamente el pañuelo y engañando a su ciencia trató de cerrar con ambas manos el ancho boquete; por entre los hilos de la tela, y hasta sus dedos crispados fluía la sangre irrefrenable.

—¡Luisita! ¡Luisita!—repitió muchas veces, angustiosamente, sordo al tumulto exterior, mirándole a los ojos que se volteaban con leve temblar de párpados hacia arriba.

Cuando la conoció muerta sin remedio, le cerró los ojos suavemente, luego, parándose brusco como un loco, recogió el pañuelo tinto en sangre y se puso de un salto sobre el caballo. Su yaguaramas inmenso brilló al sol y en su punta clavó el trofeo enrojecido.

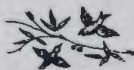
—¡Ahora—masculló,—adelante! Esta es la bandera... ¡Apretarse los calzones!

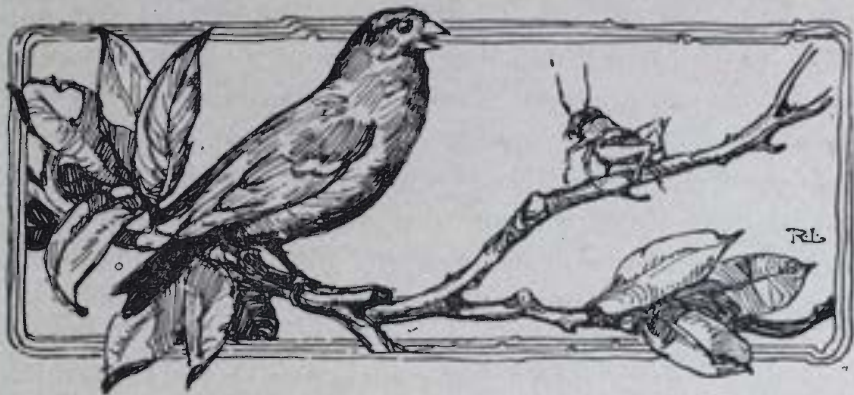
Y el tropel de hombres galopó hacia la muerte en pos de aquel guiñapo, que como una flor vibraba en el humo...

Diez minutos más allá eran dueños del campo. Una carga feroz había diseminado un montón de cadáveres sobre el potrero. Nunca se había peleado con tan salvaje vigor entre aquella gente agrupada junto a un médico inofensivo. Mas esta vez la vuelta al campamento fué silenciosa: algunos sintieron como nunca la tristeza infinita del crepúsculo tendido sobre el llano.

Cuando se abandonó aquella noche la ranchería, cada uno fué depositando un tierno tributo de hojas verdes sobre la tierra blanda en que dormía la dulce amiguita. El doctor marchaba hacia adelante inclinado sobre la crin del potro; uno de los últimos, sacando de entre la chamarreta un pañuelo ensangrentado y despedazado, lo plantó prendido a una estaca, sobre el verde túmulo efímero... Y así pudo encontrar la aurora excepcionalmente tosca del Año Nuevo el sitio obscuro donde la esperaba la pobre cabecita loca.

JESÚS CASTELLANOS.





### XIII

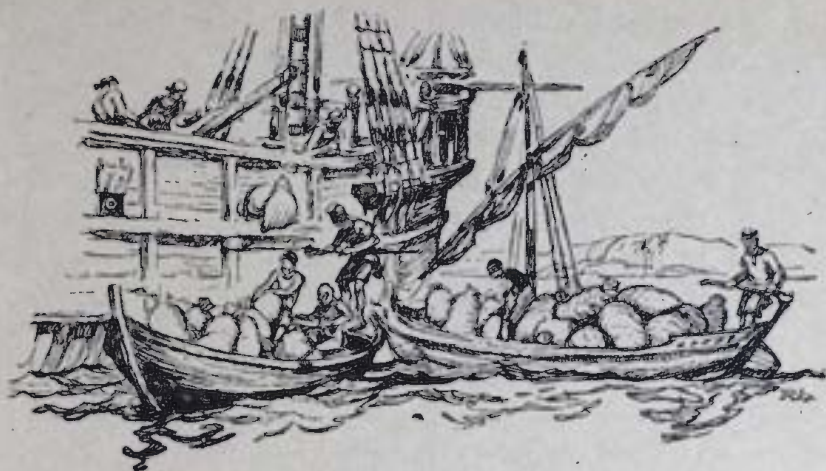
#### EL JILGUERO Y LA CHICHARRA

—¡Qué bien canta el sinsonte!  
¡No conoce rival en todo el monte!—  
Así exclamó un jilguero,  
parado en un frondoso limonero.  
Oyólo una chicharra, y dijo airada,  
como si le causase gran ofensa:  
—Pues a mí me molesta su tonada;  
mi canto es más sonoro, más seguido,  
más fresco, más igual, más divertido;  
no volváis a llamarle sin segundo  
mientras haya chicharras en el mundo.  
Quedóse el pajarillo al escucharla,  
suspense y admirado,  
buscóla con la vista, y sin hallarla,  
le replicó enojado:

—¿Es posible, infelice,  
que crea lo que dice?  
Pues sepa la procaz y vanidosa,  
que la van a tener por envidiosa,  
y a decir que del músico admirable,  
que es del arte prodigio,  
se empeña en el injusto desprestigio  
con mira interesada y miserable;  
mas, con tal proceder, ¿qué es lo que saca?  
Siempre será el sinsonte inimitable.  
y usted, una matraca.—  
Dijo y alzando el vuelo, presuroso  
se alejó del insecto tormentoso,  
que siguió ponderando todo el día  
de su canto la mágica armonía.  
¡Qué fea es de sí mismo la alabanza!  
Con ella siempre alcanza  
merecido desprecio  
la presunción ridícula del necio.

Fco. JAVIER BALMASEDA.





#### XIV

### LOS PRIMEROS INGENIOS

En la actualidad hay en Cuba más de doscientos ingenios o fábricas de azúcar. Algunos de esos ingenios son los más grandes del mundo, y Cuba es el país que produce mayor cantidad de azúcar de caña en toda la tierra.

Miles y miles de familias y de trabajadores cubanos viven de la siembra de la caña, del trabajo en los *centrales* y de lo que ganan en otras labores relacionadas con nuestra gran industria nacional. Cuba es, después de los Estados Unidos, el país americano que tiene mayor número de grandes fábricas, de las cuales más de las dos terceras partes, están destinadas a producir azúcar.

Sin embargo, hace más de trescientos años en Cuba no existía ningún ingenio.

De entonces acá los cubanos han aprendido a cultivar la caña y han levantado esos gigantescos centrales que son la admiración de todos los extranjeros que visitan nuestro país.

Don Diego Velázquez, el primer gobernador de Cuba a partir de la conquista de la Isla por los españoles, introdujo en nuestra tierra muchos de los animales y de las plantas que constituyen nuestra principal riqueza.

Entre estas últimas se cuenta la caña de azúcar, pero transcurrieron muchos años, más de ochenta, hasta que se fundara el primer ingenio.

En el último tercio del siglo xvi el puerto de la Habana comenzó a cobrar gran importancia, debido a que era la escala obligada de las escuadras españolas que hacían el tráfico entre España y sus posesiones de América. Dos veces al año, por lo común, entraban las escuadras en la Habana, que era un pequeño caserío, y permanecían varias semanas (en ocasiones varios meses) en el puerto. El número de tripulantes de los barcos era a veces mucho mayor que el de los habitantes de la ciudad y sus alrededores.

A bordo de los barcos iban siempre numerosos comerciantes, que aprovechaban su permanencia en la Habana para comprar y vender toda clase de mercancías.

Los vecinos de la ciudad y los que tenían hatos de ganado, estancias y sitios de labor en el interior, vendían a buen precio a los comerciantes y a los pasajeros de la flota, ganado, cueros, sebo, manteca, carne

salada, casabe, frutas y *viandas*, que eran los principales productos de la tierra. Con el dinero que ganaban les compraban telas, harina de trigo, vinos, objetos de hierro de uso doméstico, frutas secas de España y otros artículos de consumo.

Los hatos y los cultivos comenzaron a multiplicarse en toda la jurisdicción de la Habana, y entre estos últimos seguramente los de caña de azúcar, con la cual se hacía, a mano, melado y raspadura.

El azúcar alcanzaba un buen precio, hasta doce pesos la arroba, y los vecinos pensaron que podían hacer buenos negocios fabricando azúcar. Entonces ellos pidieron al gobierno de España, no sólo autorización, sino ciertas ventajas para fomentar ingenios. Se les concedió lo que pedían y se comenzaron a levantar las primeras fábricas. Esto ocurría por el año de 1595.

El primer ingenio se estableció por un sujeto llamado don Vicente Santa María, en un lugar próximo al sitio que hoy ocupa el puente de Chávez, dentro del perímetro actual de la ciudad de la Habana. Poco después se estableció otro por un vecino llamado Alonso de Rojas en terrenos que hoy atraviesa la calzada de Belascoain, y más tarde otros, a orillas de la bahía por la parte de Regla y hacia lo que actualmente es el barrio del Cerro.

No hay que olvidar que la Habana era entonces un pequeño caserío situado cerca de donde está *La Fuerza* y el edificio de la Lonja.

Un ingenio se reducía a un trapiche de madera para extraer el jugo a la caña y algunas pailas o

calderas grandes para cocer el jugo. Más tarde se usaron, además, unas vasijas de metal, cónicas, llamadas hormas. Estas se colocaban con la base del cono hacia arriba y dentro se echaba el jugo cocido, a fin de que fuera escurriendo la miel por un pequeño agujero situado en el vértice de la *horma*. El trapiche estaba colocado bajo un cobertizo de madera. Se movía a mano o por bueyes, pues entonces no se conocían las máquinas de vapor. El azúcar que se fabricaba era negruzca, de mala calidad. Muchas veces sólo se hacía miel y raspadura.

Casi todos los trabajos de la siembra de la caña y elaboración del azúcar estaban a cargo de esclavos negros, así es que la importación de estos esclavos y el desarrollo de los ingenios marchaban a la par.

En los últimos diez años del siglo XVI, el gobierno español concedió autorización a varios negociantes para importar esclavos en Cuba; además se compraban muchos esclavos a los contrabandistas ingleses, franceses, portugueses y holandeses. Todo trato con los marinos citados estaba prohibido por las leyes, las cuales fijaban penas severas para los infractores; pero como las costas estaban desiertas y los gobernadores carecían de barcos para vigilarlas, los vecinos y los contrabandistas seguían sus negocios a espaldas de la ley. Los ingenios fueron aumentando y el número de los esclavos también.

El trato que los amos daban a estos esclavos era muy cruel y bárbaro. Los obligaban a trabajar sin descanso y casi no les proporcionaban qué comer ni ropa con que vestirse.

Los esclavos, para no morir de hambre, tenían que robar alguna comida, y entonces se les castigaba como ladrones.

A fin de evitar éstos males, un juez de aquella época redactó unas ordenanzas para los ayuntamientos, y dispuso en ellas que todo amo de esclavos estuviese obligado a dar a éste dos mudas de ropa al año y la suficiente comida.

El mismo juez ordenó también que a los amos que tratasen con demasiada crueldad a los esclavos, se les castigara con arreglo a los excesos que hubieren cometido. A pesar de ello, se cometían muchas barbaridades con los infelices esclavos. Estos, cuando podían, se fugaban de la casa de sus amos, y se iban tan lejos como podían, a trabajar en otras fincas distantes o a vivir libres en los montes. A estos fugitivos se les daba el nombre de *cimarrones*. Los castigos que se imponían a los *cimarrones* cuando los apresaban eran horribles. Por primera vez se les azotaba bárbaramente; a la segunda se les cortaba, además, una oreja; a la tercera, la otra, y por último se les cargaba de cadenas y se les destinaba a los más penosos y duros trabajos.

En los últimos años del siglo, aumentaron los esclavos importados para trabajar en los ingenios, y por consiguiente fueron más numerosos los esclavos alzados. Estos vagaban por los campos, se alimentaban del ganado salvaje que se criaba en los bosques, de viandas y otros frutos cogidos de noche en los hatos y las estancias.

Llegaron a constituir un peligro para los vecinos.

Por tal motivo, el gobernador don Juan Maldonado Barnuevo, organizó cuadrillas encargadas de perseguirlos. Estos cuadrilleros eran hombres duros y feroces. Armados de machetes y llevando varios perros tan feroces como ellos, perseguían a los fugitivos por todas partes. Se les conocía con el nombre de *rancheadores*. Todos los amos de esclavos estaban obligados a pagar una cantidad por cada esclavo que tuviesen, a fin de sufragar los gastos que ocasionaba el sostenimiento de los rancheadores.

Los esclavos podían llegar a hacerse libres de diversas maneras; entonces trabajaban para sí y vivían como los demás vecinos.

No todos los amos trataban mal a los esclavos, quienes correspondían siempre de algún modo al amo que era bueno con ellos. Cuando los piratas atacaban las poblaciones o las haciendas situadas cerca de la costa, los esclavos peleaban junto a sus amos contra los enemigos extranjeros. Tres morenas esclavas ayudaron mucho a Juan de Lobera a defender *La Fuerza* contra Jacques Sores.

Los negros libres y los mestizos llegaron a ser numerosos en los últimos años del siglo xvi; el gobernador Gabriel de Luján formó con ellos una compañía, en la cual figuraban algunos indios o mestizos de indios, para ayudar a la defensa de la Habana contra los ingleses y otros corsarios extranjeros.

El trato que se daba en Cuba a los esclavos en esta época y en los siglos siguientes, a pesar de ser muy

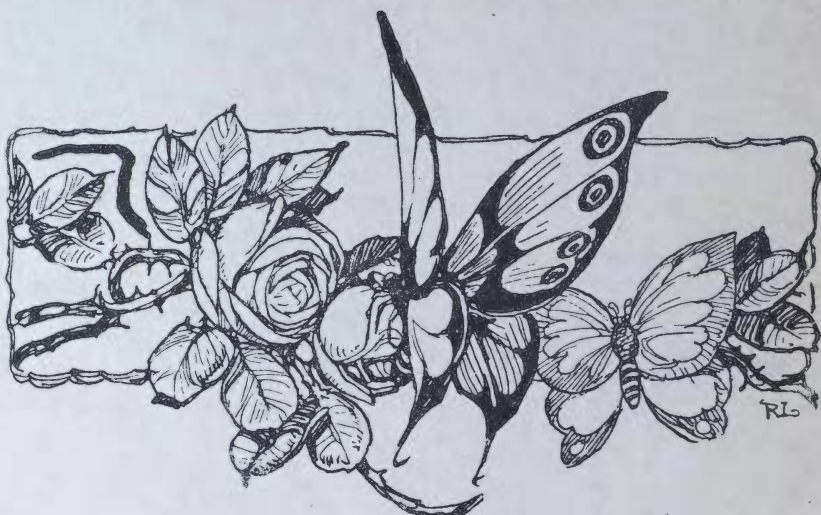
duro y cruel, era mucho mejor que el que se les daba en las demás Antillas y otros países esclavistas. Tal vez esto se debió a que los hombres de color ayudaron siempre a los vecinos blancos a defenderse contra sus enemigos.

Durante muchos años hubo quienes sostenían que sólo los esclavos negros tenían fuerza y resistencia suficientes para trabajar en los ingenios.

Debido a ello el número de ingenios y el de esclavos crecieron paralelamente.

El cultivo de la caña y la elaboración del azúcar no eran los únicos trabajos en los que se utilizaba a los esclavos, pero sí los más penosos.





XV

## LAS MARIPOSAS

—¡Mira que mariposa tan bonita acabo de coger! —dijo Luis a su hermana Enriqueta enseñándole el precioso insecto que tenía sujeto por las alas.

—Le estás haciendo daño—exclamó la niña;—la tienes cogida de tal modo que se le van a romper las alitas. ¿Por qué no la sueltas? ¡Pobrecita!

¡Tan contenta como debía estar volando entre las flores del jardín!

—Voy a enseñársela a mamá—contestó el muchacho.—Hace tiempo que tengo curiosidad por conocer la vida de estos insectos y le pediré que me la explique. ¿Te has fijado que durante el invierno no se ven por ninguna parte y en cuanto llega la primavera aparecen

por dondequiera? ¿Dónde estarán escondidas durante ese tiempo?

—Vamos a preguntárselo a mamá—dijo la niña entonces;—quizás ella nos pueda explicar todas esas cosas.

Cuando llegaron a presencia de la señora, y le comunicaron sus deseos, ella les preguntó si alguna vez habían tenido la curiosidad de observar la forma en que estaba dispuesto el cuerpo de las mariposas, y como les contestaron que no, les advirtió la buena oportunidad en que estaban de hacerlo en aquel momento, puesto que tenían una a su disposición.



Entonces les hizo observar que el cuerpo de la mariposa estaba dividido en tres porciones: la cabeza, el tórax y el abdomen.

—En la cabeza—continuó explicando la mamá,—se encuentran los ojos, formados de muchas facetas; las antenas, terminadas en unas pequeñas mazas, y la boca, provista de una larga trompa arrollada en espiral, la

cual pueden estirar para chupar con ella la miel que se halla en la corola de las flores. En el tórax nacen las alas y las patas; éstas son seis, tres acada lado, y las alas son cuatro; casi siempre son mayores las dos primeras; tienen la particularidad de estar revestidas por un gran número de escamitas colocadas unas sobre otras como las tejas de un tejado. Esas escamitas son las que producen en ella los matices, los dibujos o irisaciones de que se ven cubiertas.

La porción posterior es el abdomen, que casi siempre está cubierto de pelos.

Si se le quitan las alas a una mariposa se ve que su cuerpo es muy parecido al de una mosca grande, al de una abeja, al de una avispa, al de un grillo y al de muchos otros pequeños animales que, como ellas, lo tienen dividido en tres porciones y están provistos de seis patas. A todos estos animalitos se les llama *insectos*, porque tienen el cuerpo dividido en segmentos, y *hexápodos*, porque tienen seis patas.

De manera que las mariposas pertenecen a la clase de *insectos* o *hexápodos*; a ellas, en particular, las designan los naturalistas con el nombre *lepidópteros*, palabra que quiere decir *alas escamosas*.

—Hay una cosa que tengo deseos de saber—dijo Luis.—¿Por qué en el invierno no se ven las mariposas y en el verano son tan abundantes?

—Las mariposas—contestó la mamá,—tienen una vida muy corta, la mayor parte mueren al terminar el verano. Pero, antes de morir, las hembras ponen sus huevecitos en las hojas de las plantas. Al cabo de algún

tiempo salen de ellos unos gusanitos, a los que se conoce con el nombre de *orugas*; éstas son muy voraces y se alimentan de las hojas de las plantas en que viven.

Después de algunas semanas, las orugas se encierran en un capullo, en el cual pasan al estado de *ninfas* o *crisálidas*; de allí salen al fin convertidas en mariposas. Como esta transformación se ha verificado durante el otoño, el invierno y el principio de la primavera, no empiezan a verse mariposas hasta el fin de la primavera o el principio del verano.

En tanto duraron estas explicaciones, el infeliz insecto, prisionero entre los dedos de Luis, se agitaba, pugnando por escapar; con estos esfuerzos el polvillo que coloreaba sus alas se había desprendido casi completamente; cuando los niños volvieron a mirarlo sus alitas estaban descoloridas y rotas por algunos lados.

—Dile a Luis que suelte la mariposa—dijo Enriqueta a su mamá;—ya nos has explicado lo que queríamos y no es necesario que la martiricemos más.

Al oír esto, el niño alzó sus brazos y abrió los dedos, el insecto empezó a mover sus alas torpemente y, cayendo más bien que volando, fué a posarse en una ramita cercana.

—Esta pobre mariposa—dijo la señora entonces,—ya no puede vivir mucho; habiendo perdido las escamitas que daban consistencia a sus alas, apenas puede volar; pronto morirá de hambre o devorada por algún pájaro insectívoro.

—¿ Es una mala acción la que hemos cometido, entonces?—preguntaron los niños.

cual pueden estirar para chupar con ella la miel que se halla en la corola de las flores. En el tórax nacen las alas y las patas; éstas son seis, tres acada lado, y las alas son euatro; casi siempre son mayores las dos primeras; tienen la particularidad de estar revestidas por un gran número de escamitas colocadas unas sobre otras como las tejas de un tejado. Esas escamitas son las que producen en ella los matices, los dibujos o irisaciones de que se ven cubiertas.

La porción posterior es el abdomen, que casi siempre está cubierto de pelos.

Si se le quitan las alas a una mariposa se ve que su cuerpo es muy parecido al de una mosca grande, al de una abeja, al de una avispa, al de un grillo y al de muchos otros pequeños animales que, como ellas, lo tienen dividido en tres porciones y están provistos de seis patas. A todos estos animalitos se les llama *insectos*, porque tienen el cuerpo dividido en segmentos, y *hexápodos*, porque tienen seis patas.

De manera que las mariposas pertenecen a la clase de *insectos* o *hexápodos*; a ellas, en particular, las designan los naturalistas con el nombre *lepidópteros*, palabra que quiere decir *alas escamosas*.

—Hay una cosa que tengo deseos de saber—dijo Luis.—¿Por qué en el invierno no se ven las mariposas y en el verano son tan abundantes?

—Las mariposas—contestó la mamá,—tienen una vida muy corta, la mayor parte mueren al terminar el verano. Pero, antes de morir, las hembras ponen sus huevecitos en las hojas de las plantas. Al cabo de algún

tiempo salen de ellos unos gusanitos, a los que se conoce con el nombre de *orugas*; éstas son muy voraces y se alimentan de las hojas de las plantas en que viven.

Después de algunas semanas, las orugas se encierran en un capullo, en el cual pasan al estado de *ninfas* o *crisálidas*; de allí salen al fin convertidas en mariposas. Como esta transformación se ha verificado durante el otoño, el invierno y el principio de la primavera, no empiezan a verse mariposas hasta el fin de la primavera o el principio del verano.

En tanto duraron estas explicaciones, el infeliz insecto, prisionero entre los dedos de Luis, se agitaba, pugnando por escapar; con estos esfuerzos el polvillo que coloreaba sus alas se había desprendido casi completamente; cuando los niños volvieron a mirarlo sus alitas estaban descoloridas y rotas por algunos lados.

—Dile a Luis que suelte la mariposa—dijo Enriqueta a su mamá;—ya nos has explicado lo que queríamos y no es necesario que la martiricemos más.

Al oír esto, el niño alzó sus brazos y abrió los dedos, el insecto empezó a mover sus alas torpemente y, cayendo más bien que volando, fué a posarse en una ramita cercana.

—Esta pobre mariposa—dijo la señora entonces,—ya no puede vivir mucho; habiendo perdido las escamitas que daban consistencia a sus alas, apenas puede volar; pronto morirá de hambre o devorada por algún pájaro insectívoro.

—¿Es una mala acción la que hemos cometido, entonces?—preguntaron los niños.

—Hacer sufrir a un ser innecesariamente—contestó la mamá,— es siempre una crueldad; sin embargo, esto tiene alguna disculpa, cuando lo hacemos para atender a una necesidad nuestra, bien sea la de alimentarnos, bien la de instruirnos.

—¿Y cuando se trata de animales dañinos?—preguntó el niño.



—Tienes razón—contestó la señora;—estamos obligados entonces a defendernos y a preveniros de sus daños, tratando de exterminarlos por todos los medios a nuestro alcance.

Pero, por regla general, en el caso de las mariposas no podemos decir esto.

Hay algunas especies cuyas orugas ocasionan grandes daños a las plantas que el hombre cultiva, como sucede en Cuba con el *borer*, que es la oruga de una mariposa nocturna, la cual perfora la corteza de la caña de azúcar y penetra en su interior, descomponiendo su jugo; los cultivadores del tabaco tienen que

luchar encarnizadamente contra la acción de tres gusanos: el *cachazudo*, el *cogollero* y el *veguero*; que también son las orugas de mariposas crepusculares o nocturnas; las polillas de los paños y de las pieles también son las orugas de ciertas mariposas; otras atacan a las frutas, otras a las legumbres, a las plantas de los jardines, etc. Pero la gran mayoría de estos insectos, en su estado larval, se alimentan con las hojas de las innumerables plantas silvestres que crecen espontáneamente en los campos y en los bosques.

Los cultivadores se ven obligados a tomar todas las medidas necesarias para destruir las orugas y los mismos insectos que son perjudiciales para sus siembras, pero no hay ningún motivo para perseguir las mariposas que matizan y embellecen nuestras praderas y jardines, cuando vagan, luciendo sus lindos colores bajo la luz del sol, como sutiles flores aladas, alegrando nuestra vista con sus graciosos giros.





## XVI

### LOS MACEO

¡Estirpe de colosos y titanes!  
Ellos alimentaban sus legiones  
con médula y con sangre de leones  
para lograr mejores capitanes.

¡Su séquito era sólo de huracanes;  
su música, la voz de los cañones;  
las nubes del espacio, sus bridones;  
sus amigos ausentes, los volcanes!

Para narrar sus épicas hazañas  
hay que escribir exámetros de acero,  
interrogando al mar y las montañas...

¡Y para ese milagro, es lo primero  
descender de la tumba a las entrañas,  
y a Dios pedir que resucite a Homero!

B. BYRNE.



## XVII

### VIDA DE LOS CUBANOS EN EL SIGLO XVI

La vida de nuestros antepasados en Cuba fué muy dura y penosa durante el siglo xvi. Vivieron siempre rodeados de enemigos y carecían de toda clase de comodidades. Las casas que les servían de albergue eran de rústica construcción, de madera con techo de guano en su mayor parte, aunque a fines del siglo había algunas de mampostería, cubiertas con la teja llamada *española* o *de canal*, que se fabricaba en la misma Isla, como ahora.

Las maderas sí eran excelentes. Entonces no se conocía el pino blanco ni el de tea, ni ninguna otra madera de procedencia extranjera. Los horcones, soleras, vigas y demás piezas gruesas de las casas eran casi todas de caoba, quiebrahacha o guayacán; las tablas de los tabiques y las puertas, de cedro, madera muy barata y abundante entonces. El hierro era muy escaso, por lo cual las ventanas no tenían balaustres o se hacían de madera.

El moblaje era también rústico e incómodo. Se reducía a algunas mesas y bancos; taburetes sin respaldo, con el asiento de madera, de lona o de cuero, curtido en las casas más acomodadas y sin curtir en las demás; y unas arcas o baúles grandes de madera para la ropa. Los armarios se usaban poco; era difícil trasladarlos de un lugar a otro, y siempre se estaba en espera de un ataque de los corsarios o de los piratas, y frente a la necesidad de correr al bosque vecino llevando cuanto objeto de valor se poscía. Se dormía por lo común en hamacas, pero algunos vecinos ricos tenían camas de madera llamadas imperiales, construidas en España con maderas finas enviadas de Cuba.

El alumbrado se reducía a unas velas de sebo o de cera, y a unas lamparitas o candilejas que se alimentaban con aceite. Producían una luz muy escasa y amarillenta y un olor bastante desagradable.

La vajilla se componía de unos cuantos platos de loza gruesa de Sevilla. Era un artículo de lujo, así como los cubiertos de plata, que se usaban en las casas más acomodadas. En las pobres se empleaban platos

y vasos de madera. Los utensilios de cocina eran de hierro o de barro, estos últimos fabricados por los indios. El traje era casi siempre el mismo que el que se llevaba en España por aquella época, tanto el de las mujeres como el de los hombres. Para las faenas del campo se usaban pantalones y camisas de cañamazo, rusia u otra tela resistente por el estilo. En la ciudad se llevaban pantalones de terciopelo u otras telas semejantes, parecidas a las que aún vemos usar a algunos inmigrantes de las regiones del Norte de España a su llegada al puerto de la Habana. Algunos eran muy anchos y se llamaban gregüescos. Entonces no se conocían los sacos ni las levitas, llevando los hombres, como traje de lujo o de fiesta unos justillos o ropillas de diversas formas. Los colores de estas telas eran muy vivos, rojo o carmesí.

Los trajes de las mujeres eran de tela de lino (las que llamamos *de hilo* en Cuba) lana o seda, esta última falsa muchas veces. Las telas se importaban de contrabando en su mayoría, y procedían de las fábricas del Norte de Francia, de las provincias de Flandes o de Holanda.

Los hombres iban siempre armados de espada y daga o puñal, pues era necesario estar apercebido para la defensa.

Las comidas se hacían a base de carne de vaca o de cerdo, algún pescado y viandas. Se consumía mucho casabe. Las frutas eran muy escasas; algunas muy abundantes hoy, como el mango, no se conocían entonces. Las menos raras eran los plátanos y la piña. En-

tonces no se consumía en Cuba el arroz, que no falta actualmente en ninguna mesa.

De España se importaba harina de trigo, vinos y frutas secas, tales como almendras, higos y pasas.

A fines del citado siglo no se conocían aun los coches, las carretas ni ningún otro vehículo de ruedas. Los viajes y el transporte de mercancías por tierra se hacían a pie o a caballo.

Los pueblos estaban a enormes distancias unos de otros. Los caminos eran simples veredas entre los montes, muy inseguras por los cimarrones y los criminales alzados que huían de los pueblos. Ni en éstos ni en los campos había policía ni tropa de ninguna clase encargada de cuidar de las vidas y haciendas de los habitantes, quienes tenían que proveer de por sí a la defensa de sus familias y de sus intereses.

Los propietarios de las haciendas y hatos del interior estaban obligados a fabricar en sus terrenos una casa llamada “casa del pasajero”, en la cual debían tener siempre agua y lumbre a la disposición de los viajeros. Estos podían alojarse en dicha casa a su paso por el lugar y usar del agua y del fuego que necesitasen gratuitamente.

En las poblaciones se carecía de toda clase de servicios públicos. No había alumbrado, escuelas ni hospitales. Cada uno se curaba como podía, pues no existían médicos aun, y las medicinas se traían de España muy de tarde en tarde.

La Habana, a pesar de ser la capital y la ciudad más importante de la isla, no contaba, a fines del siglo,

sino con unos cuatro mil habitantes, incluyendo todos los que vivían en su zona rural, la que comprendía toda la provincia y algo más. Sólo tenía cuatro calles con las casas en línea: las llamadas *Real*, de las *Redes*, del *Sumidero* y del *Basurero*, que corresponden a las calles de Muralla, Inquisidor, O'Reilly y Teniente Rey respectivamente. Los patios de las casas estaban cercados con *matas de tuna brava*.



En los pueblos, tan pronto como obscurecía, se cerraban las casas, y nadie salía a la calle sino en casos de mucha urgencia. En tales ocasiones se iba acompañado de varios hombres armados y llevando luces; de lo contrario se corría el peligro de ser destrozado por los perros *jibaros* que acudían de noche a merodear buscando algo que comer cerca de las casas, o a ser atacado y muerto por los cimarrones que rondaban por el caserío o por las estancias.

Las principales fiestas que entonces se celebraban eran las de carácter religioso, en las cuales se hacían procesiones por las calles y se cantaba en el templo. Los bautizos y las bodas de las gentes acomodadas se celebraban con cantos, bailes y comilonas.

Los bailes eran muy frecuentes y se efectuaban no sólo en la población sino en el campo.

En los últimos años del siglo xvi había una orquesta en la capital, compuesta de cuatro músicos: un malagueño, violinista; un portugués, que tocaba el clarinete; un sevillano, que tocaba el violón y una morena libre, tocadora de guitarra. Estos músicos se hacían acompañar de tocadores de güiro y de castañuelas.

La afición al baile estaba tan generalizada que la orquesta siempre estaba comprometida. Para ir al campo, los músicos exigían que se les enviasen caballos; y en todos los bailes, además de la paga, era forzoso darles de comer a todos ellos y algún plato más para sus familiares. Estos mismos músicos tocaban en las fiestas religiosas e iban al frente en las procesiones.

No se sabe con certeza qué bailes se usaban entonces; pero sí que eran muy extravagantes y parecidos a los de los siboneyes.

Las fiestas más importantes celebradas durante el siglo xvi fueron las que tuvieron efecto en Baracoa cuando la boda de Don Diego Velázquez y en Santiago de Cuba a la llegada de la expedición de Hernando de Soto, de paso para la Florida. En la Habana la fiesta más notable se celebró a fines del siglo siendo gobernador Don Juan Maldonado Barnuevo.

Esta última fiesta se efectuó el día de San Juan en honor del gobernador, que celebraba su santo. Consistió en la representación de una comedia, cosa nunca vista hasta entonces en Cuba. Como no había teatro, se construyó una especie de barraca, glorieta o salón provisional en la plaza de armas, cerca de *La Fuerza*, probablemente de pencas de palma, como aun se hace a veces en nuestras fiestas campestres. La comedia se titulaba *Los buenos en el cielo y los malos en el*



*suelo*. A la novedad del espectáculo acudió toda la población.

Ciertamente que debía ofrecer un abigarrado conjunto aquella aglomeración de personas ataviadas con sus pintorescos trajes, ansiosas todas de contemplar a la luz de las lamparillas algo que algunas de ellas jamás se habían visto.

Se cuenta por un testigo presencial, que los improvisados cómicos comenzaron el desarrollo de su comedia, pero como casi todo el público asistía por primera vez a actos de aquella clase, muchas personas hablaban unas con otras en voz alta y no se oía una palabra de lo que los comediantes decían.

Varias veces se ordenó que se guardase silencio, pero fué inútil. Al fin el gobernador, puesto de pie en medio de la gente, dirigió la palabra a los asistentes al acto, amenazando con reducir a prisión y condenar al *cepo* al que no callase.

Pudo entonces continuar la fiesta, la cual terminó cerca de la una de la madrugada; pero he aquí que entonces se promovió un enorme alboroto, porque el público, al cual el espectáculo había agradado extraordinariamente, se empeñó en que se repitiese la representación a aquella misma hora.

Tal era la vida que llevaban nuestros más remotos abuelos en un país casi desierto, rodeado de bosques vírgenes. La monotonía de esta vida sólo era turbada en la Habana por el arribo de las escuadras españolas; en los demás lugares habitados de las costas por el de los buques de los contrabandistas o piratas.

La llegada de las escuadras era muy deseada, porque traían noticias de la madre patria y artículos de comercio muy necesarios; pero, no obstante, no todas eran ventajas, puesto que los habaneros sufrían muchos atentados de parte de los soldados y marineros. Estos se creían autorizados para cometer toda clase de atropellos con el vecindario. Se introducían en las casas; faltaban al respeto a las mujeres, de palabra y

hasta de obra; golpeaban y herían a los hombres. Estos tuvieron necesidad en muchas ocasiones de reunirse y hacer uso de sus armas para poner coto a tales abusos.

Si ésta era la conducta de los soldados y marineros españoles con el paisanaje de su propia nacionalidad, ya puede imaginarse cuál sería la de los corsarios en muchas ocasiones y la de los piratas en todas. Incendios y muertes marcaban siempre el paso de estos últimos por las haciendas y los pueblos de las desamparadas costas. Viviendo en lucha constante con una naturaleza exhuberante y salvaje; rodeados de peligro a toda hora, nuestros más lejanos antepasados tenían necesidad de desplegar incesantemente toda su energía de carácter y todo su valor en defensa del escaso patrimonio que poseían. Peor armados que sus enemigos, suplieron con su tesón y su coraje la falta de medios para defenderse, y siempre estuvieron dispuestos a dar la vida por los suyos.

Amaban sus haciendas y sus bohíos; se aferraban a su tierra con tenacidad y heroísmo. El apego entrañable que profesaban a ésta se debía, sin duda, a que les había costado grandes trabajos, sufrimientos y sobresaltos fundar en ella sus hogares y criar y defender a sus hijos, viviendo siempre arma al brazo, en guerra constante con una naturaleza salvaje y contra enemigos rapaces e inhumanos.





## XVIII

### HEROISMO DE UN BOMBERO

Cuando los vecinos advirtieron las primeras llamaradas que salían por los intersticios de las puertas cerradas del establecimiento, se llenaron de terror.

En seguida comenzaron el vocerío, las carreras, las llamadas. Entre todas las voces, sobresalían los gritos de las mujeres que clamaban:

—¡Fuego, fuego! ¡Socorro!

No habían transcurrido diez minutos, cuando el agudo sonido de los timbres anunció la llegada de las bombas y los carros de salvamento.

Las bombas empezaron a funcionar y pronto las

mangueras lanzaron poderosos chorros de agua sobre las llamas que envolvían el edificio por todas partes.

El establecimiento se hallaba situado en la planta baja de una casa de vecindad habitada por numerosas familias.

Los bomberos se multiplicaban ayudando a los vecinos de la casa a poner en salvo los niños y las personas débiles, así como los objetos y prendas más necesarias.

Entre tanto, las llamas continuaban su labor destructora; salían por el hueco de las ventanas y balcones como enormes lenguas rojas, enroscándose en las paredes en busca de nuevos materiales combustibles en que prender. Densas columnas de humo cargado de pavesas subían en espirales, diseminándose en el espacio y cubriendo el cielo en una gran extensión.

El estallido de las maderas, bruscamente distendidas por el calor intenso, el estrépito de los derrumbes, los toques de las cornetas, las voces de mando y la gritería de la gente, formaban un continuo rumor, interrumpido de cuando en cuando por violentas detonaciones que producían la impresión de una fiera batalla.

De pronto, entre la multitud se abrió paso una mujer que corría como una loca hacia el edificio envuelto en llamas, profiriendo grandes gritos.

—¡Se quema mi hija! ¡Se quema mi hija! ¡Yo quiero sacar a mi hija!—clamaba con desesperación.

Cuando iba a penetrar en el carbonizado hueco de una puerta, sin comprender que no hubiera podido dar ni un solo paso hacia adelante sin morir, los bomberos consiguieron detenerla.

✓

—¿Dónde está su hija?—le preguntaron.

—No lo sé—contestó ella;—la dejé dormida cuando me fuí al trabajo, no tiene más que dos años y debe estar a punto de quemarse. ¡Déjenme subir!; Yo quiero salvar la hijita de mi alma!

—¡Tranquílcese, señora!—dijo en aquel instante un bombero;—usted no puede subir; pero subiré yo. Y si todavía no ha muerto, volveré yo con su hija o moriré yo también. ¿Cuál es la habitación?

—En el segundo piso, la tercera ventana—contestó la mujer.—¡Tráigame a mi hija, señor!; Que se quema mi pobrecita nena!

El bombero no escuchó más, se envolvió en su capa y empezó a subir por la escalera de salvamento.

El jefe, conmovido por aquel rasgo de heroísmo ordenó que uno de los pitones dirigiera el chorro hacia la ventana por donde debía penetrar el bombero.

Cuando éste llegó allí se lanzó al interior sin vacilar. Como si las llamas hubieran esperado aquel momento preciso, aparecieron de repente por el hueco de la ventana, retorciéndose en fantásticas espirales, rebeldes a las cataratas que las mangueras enviaban hacia ellas.

Durante un momento se pudo ver la silueta del bombero que venía del interior con un bulto entre los brazos, tratando de aproximarse a la salida.

Luego se le vió retroceder, hasta que desapareció.

—¡Ha muerto!; Ha muerto!—clamaba la multitud.

—¡Mi hija, mi pobrecita hija ha muerto también!—gritaba la madre con voz enronquecida.—¡Yo la voy a buscar!

Pero, entonces, asomó el bulto del bombero en una de las ventanas del primer piso, entre las espesas nubes de humo que salían, gritando con voz sofocada:

—¡Agua, agua! ¡La escalera!

Inmediatamente las mangueras dirigieron sus chorros al marco superior de la ventana, para que el agua deshecha cayera sobre él; arrimaron la escalera y por



ella subieron a escape dos bomberos para ayudarlo a salir. ¡Ya era hora! pues estaba a punto de asfixiarse.

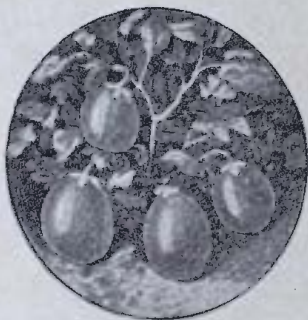
Al llegar al suelo lo tendieron en una camilla, casi perdido el conocimiento, en tanto ponían a la niña en brazos de la madre.

La multitud prorrumpió en vítores y aplausos; la mujer, besando a su hija con transporte de loca, se arrodilló al lado de la camilla.

—Gracias, gracias. ¡No olvidaré su acción en tanto viva!

El jefe se aproximó entonces al grupo; tomó una de las manos del héroe, y mirándole fijamente a los ojos enrojecidos por el fuego y por el humo, y a punto de sentirse humedecidos por las lágrimas, le dijo estas solas palabras:

—¡Eres un valiente!





## XIX

### MUSICA DE LAS PALMAS

Presto de su bien gozosa,  
Suave, apacible y en calma,  
Reinará la noche umbría:  
Ya el pajarillo reclama  
El verde nido, y refleja  
Sus alas tornasoladas.

Todo en el valle reposa,  
Del misterio es la hora grata,  
Y al corazón le transmite  
La música de las palmas.

Llega el rumor sonoro  
Y cual onda suave halaga,  
A la familia, que huelga  
Y sencilla se solaza  
En los umbrales reunida  
De su rústica morada.

Escucha el padre en silencio  
Aquellas notas livianas,  
Que en su memoria reviven  
Los recuerdos de la infancia,  
Las generaciones muertas  
Y las épocas pasadas.

—Madre querida, ¿qué escucho?—  
El niño trémulo exclama;

—Esa canción tan doliente

¿Quién la vierte, quién la exhala?

—Duerme, mi amor, nada temas;  
Sopla el viento entre las ramas.

Cierra el niño los ojuelos,  
Las tiernas manos enlaza,  
Mientras arrulla su sueño  
La música de las palmas.

Y la doncella pregunta:

—Responde, madre adorada,

¿Es un suspiro de amor,

O es el preludio de un arpa?

Y el jinete que el sendero

Cruza por ver a su amada,  
Oye el susurro, y se inspira  
Su musa sencilla en galas,  
Entona su dulce endecha,  
Y la joven pura y casta,  
Recuerda el eco armonioso,  
Y goza, suspira y ama ;  
Que bajo tu puro cielo,  
No hay un corazón ; oh patria !  
Que no conmueva y agite  
La música de las palmas.

ROSA KRUGER.





## XX

### SALVADOR GOLOMON

Corría el año 1603.

En todo el territorio que hoy comprende la provincia de Oriente sólo existían tres poblaciones: Baracoa, Santiago de Cuba y Bayamo.

La primera ni siquiera merecía el nombre de tal, puesto que estaba formada por varios bohíos de guano contruidos cerca de la antigua iglesia.

Santiago de Cuba, desde que la capital había sido trasladada a la Habana, estaba en plena decadencia. Los piratas la habían saqueado en varias ocasiones, y sus escasos habitantes vivían inquietos y sobresaltados, siempre en espera de ser víctimas de alguna inesperada agresión.

Bayamo era la única ciudad próspera de toda la región. En su comarca se criaba mucho ganado vacuno, caballar y de cerda; se cultivaba añil y frutos menores; se hacía mucho casabe, y se mantenía un activo comercio por el río Cauto y los embarcaderos de la costa. La mayor parte de este comercio se efectuaba con navegantes franceses, holandeses e ingleses, a pesar de que las leyes españolas prohibían el tráfico con los extranjeros. Los bayameses les vendían carne salada, cueros, añil y otros productos de la tierra; recibían en cambio telas de Ruán y otros artículos de consumo. Precisamente este comercio ilegal era casi la única causa del bienestar de que gozaban. Los funcionarios del gobierno que residían en Bayamo, lejos de prohibir este comercio ilícito y perseguir a sus autores, participaban de él, o recibían dinero para no perseguir a los contrabandistas. A éstos se les daba el nombre de *rescatadores*.

Las autoridades de la Habana estaban enteradas de lo que ocurría, pero casi siempre se sentían inclinadas a tolerarlo; en los raros casos en que querían impedirlo, se encontraban con que carecían de buques armados para perseguir a los corsarios, cuyos barcos permanecían impunemente meses enteros fondeados en los embarcaderos solitarios de las costas.

En el interior de la isla, casi despoblada por completo, tampoco disponían las autoridades de tropas ni de policía alguna, que pudiese vigilar a los vecinos y castigar a los que faltasen a la ley.

Este desamparo en que se encontraban las costas, favorecía el comercio con los extranjeros en la forma indicada, pero exponía a los habitantes de las hacien-

das cercanas a constantes peligros. Los mares estaban entonces infestados no sólo de corsarios y contrabandistas, sino de piratas. Estos fondeaban en los esteros más solitarios, desembarcaban en grupos numerosos y realizaban toda clase de fechorías en las haciendas próximas.

Robaban ganado, saqueaban las fincas, atropellaban a sus moradores, y los asesinaban sin piedad por la simple sospecha de que ocultasen algo de lo que poseían o de que intentaran resistirles. Otras veces sus crímenes obedecían simplemente al deseo de satisfacer sus instintos sanguinarios. Familias enteras eran exterminadas, y sus cuerpos reducidos a cenizas dentro de los rústicos albergues en que habían vivido en medio de las agrestes soledades.

Los vecinos de Bayamo a principios del citado año de 1603, comentaban varias noticias que habían producido profunda alarma. Un nuevo gobernador mandaba en la Habana y había traído de España, según se rumoraba, el encargo expreso de impedir el contrabando y castigar a los rescatadores. Se decía, además, que un juez muy severo, escoltado por cincuenta arcabuceros, se dirigía ya a Bayamo. Los bayameses veían abiertas ante ellos las puertas de la cárcel y arruinada toda su comarca. Otra noticia no menos grave vino a perturbar los ánimos: Gilberto Girón, un famoso pirata francés, se había adueñado de Santiago de Cuba al frente de más de doscientos hombres. Después de apoderarse de cuantos objetos de valor encontró en la población, la redujo a cenizas. Se sabía que, no satisfecho con esta hazaña, sus barcos habían do-

blado el cabo Cruz con rumbo a la costa donde hoy se encuentra Manzanillo, a fin de preparar un ataque contra Bayamo.

Algún tiempo después todas estas funestas noticias quedaron confirmadas. El juez llegó a Bayamo al frente de la tropa y comenzó sus investigaciones. Se intentó sobornarlo, como ya se había hecho con otros y fué inútil: era un juez íntegro e inflexible. Todas las autoridades y los principales vecinos fueron procesados. Llegó un momento en que los presos fueron tan numerosos, que no cabían en la cárcel, y quedaron detenidos en sus casas; otros acusados, menos dispuestos a someterse al fallo de la justicia, se alzaron en sus haciendas, en las cuales no podían ser detenidos, puesto que la tropa no alcanzaba para vigilar la población, convertida toda ella en una cárcel.

Para colmo de males, Girón había cumplido sus amenazas. Sus barcos estaban fondeados en la costa y varias cuadrillas de sus hombres, una de ellas mandada por él mismo, se habían internado en las haciendas, asesinando y robando a los pobladores. Hasta se dió el caso de que Fray Juan de las Cabezas Altamirano, obispo de Cuba, que había llegado de la Habana, en viaje a Santiago, con el noble propósito de llevar socorros y consuelo a los atribulados habitantes de la saqueada ciudad, fuese sorprendido en una hacienda cerca de Bayamo, por Girón, que lo condujo, desnudo y descalzo, hasta la costa.

No se atrevió Girón a atacar a Bayamo debido quizás a la presencia de los arcabuceros, pero se pro-

puso desquitarse exigiendo un fuerte rescate por el obispo.

La tropa que guarneecía a Bayamo prefirió seguir custodiando a los presos que atacar a la gente de Girón.

Sin embargo, no eran los bayameses hombres que se acobardasen ante la suerte adversa. Enterados de que se pretendía trasladar los presos más significados a la Habana, se pusieron de acuerdo con los corsarios y los contrabandistas a fin de que éstos vigilaran la boca del Cauto. En caso de que se intentase conducir a los presos por mar a la Habana, debían atacar a sus conductores y poner en libertad a los citados presos. Por otra parte, cerca de doscientos vecinos armados guardaban todos los caminos que comunican a Bayamo con la Habana, resueltos a impedir que trasladasen por tierra los presos para la capital.

Al mismo tiempo se disponían a rescatar el obispo. Para dejarlo en libertad, exigía Girón mil cueros, doscientos ducados y cien arrobas de carne salada. Apresuradamente reunían los vecinos el rescate pedido, a la vez que meditaban tomar venganza de las atrocidades realizadas por Gilberto y su gente. Dos jóvenes bayameses llamados Jácome Milanés y Gregorio Ramos, eran los principales instigadores de la idea de castigar a los piratas. Llenos de ardimiento, consideraron como una vergüenza dejar impunes las fechorías del bandido.

El entusiasmo bélico de estos jóvenes se comunicó a otros amigos suyos, logrando formar un grupo de más de veinte mozos fuertes, diestros y valientes como ellos. Nacidos y criados todos en Bayamo o en las ha-

ciendas de la comarca; habituados a luchar con las reses bravas, a combatir con los piratas más aguerridos, a soportar las inclemencias del tiempo y a hacer grandes jornadas a caballo y a pie por entre los montes, no había empresa que les pareciese demasiado arriesgada o difícil. De la lucida tropa formaba parte el héroe principal de nuestra historia: un negro joven y fuerte llamado Salvador Golomón.

Esclavo, como su padre, el viejo Golomón nativo de Africa, Salvador había nacido en Bayamo; se había criado junto con Ramos y otros jóvenes blancos, y acompañaba a éstos en todas sus correrías. Su fuerza y su valor eran insuperables.

Obedecía ciegamente a Ramos y no hubiera vacilado en lanzarse al fuego por complacer a éste, si se lo hubiera mandado.

Mientras nuestros jóvenes terminaban sus preparativos, el obispo había sido puesto en libertad, quedándose los piratas con un sacerdote en rehenes. Por fin, Ramos y su gente partieron para la costa, a pie por entre los bosques, ocultándose cautelosamente. Iban armados de machetes y lanzas; bien resueltos a demostrarle a Girón que los bayameses no toleraban injurias de ningún enemigo por valiente que fuese.

Aproximóse nuestra tropa a la orilla del mar, cerca de la playa de Manzanillo y alcanzaron a ver a uno de los barcos de Girón. Este esperaba tranquilamente el rescate, pensando que los bayameses no se atreverían a desafiar su cólera. Emboscados Ramos y sus compañeros entre las malezas, hicieron a Girón las señales convenidas de antemano. El pirata se dirigió

en seguida a tierra. Iba acompañado de veinte y seis de sus más aguerridos parciales y llevaba consigo al canónigo que tenía en rehenes.

Tan pronto como desembarcaron en la orilla fueron acometidos por Ramos, Milanés y demás amigos. Los piratas, familiarizados con esta clase de sorpresas, hicieron frente a los agresores; eran fuertes, diestros y estaban perfectamente armados, así es que el combate fué reñido y sangriento. En lo más recio de la pelea, Girón, cubierto con su armadura, blandía sus armas y alentaba a los suyos.

Salvador Golomón, que peleaba al lado de Ramos, avanzó resuelto y ágil contra el jefe de los piratas. El joven negro estaba casi desnudo, su piel lisa y reluciente, dejaba ver sus músculos recios y fuertes como si fuesen de acero. Bravo como un toro de los que tantas veces había perseguido entre los montes de las cercanías, se enfrentó con Girón. Este no se acobardó al verse atacado por tan temible enemigo y le dirigió varios golpes tremendos. Golomón los evitó con su habitual destreza, y dando un vigoroso salto, puso fin de un solo lanzazo a la vida del pirata.

Casi todos los compañeros de éste yacían por el campo muertos o moribundos. Los que aún quedaban con vida, al ver caer a su jefe huyeron despavoridos, salvándose en los botes enviados en su auxilio por los del barco. La victoria de los bayameses fué completa, y Golomón fué considerado como el héroe de la misma.

Los vencedores emprendieron el regreso a Bayamo, rebosantes de orgullo por el triunfo alcanzado,

llevando con ellos al canónigo. Al llegar a la ciudad, todos los vecinos salieron a recibirlos con vivas y algazara.

Ramos y su gente clavaron en la punta de un palo la cabeza de Girón como trofeo y avanzaron triunfantes por las calles del pueblo.

Cuéntase que el obispo, al contemplarla, pidió a Dios, de rodillas, que perdonase las culpas de aquel hereje. Reunidos todos se dirigieron a la iglesia, en la cual se celebró una fiesta y se dieron gracias a Dios por la victoria de los bayameses.

La hazaña de éstos fué conocida en toda la isla; es casi seguro que se improvisaron multitud de décimas en las cuales se pintaba con vivos colores el valor de los osados jóvenes y el heroísmo de Golomón. Todas estas improvisaciones, repetidas de viva voz, no fueron escritas y se han perdido; pero un poeta canario vecino de Camagüey, llamado don Silvestre Balboa Troya y Quesada, compuso un poema—la primera composición poética cubana que se conserva—en honor de Ramos, Milanés, Golomón y demás compañeros, la cual ha llegado hasta nosotros. Golomón fué, como se ha visto, uno de los héroes de la refriega, y a él van dedicados muchos de los versos del poeta. He aquí algo de lo que acerca del joven esclavo dice el canario:

¡Oh, Salvador criollo, negro honrado!  
Vuele tu fama y nunca se consuma;  
que en alabanza de tan buen soldado  
es bien que no se cansen lengua y pluma...

A renglón seguido pide a Bayamo que dé la libertad a Golomón, pues ha demostrado que la merece; y concluye así esta parte de su poema:

De las arenas de tu río divino  
el pálido metal que te enriquece  
saca, y ahorra antes que el vulgo hable,  
a Salvador, el negro memorable.

Los bayameses asintieron a lo pedido por el poeta; Salvador Golomón cesó de ser esclavo. Su ejemplo tuvo muchos imitadores; pues en nuestra tierra siempre hubo cubanos blancos y negros que pelearon juntos, como hijos de una misma patria, en defensa de sus hogares, de su honor y de su libertad.





## XXI

### NOCHE DE LLUVIA

Oh, noche de lluvia, noche  
de amor, de paz y de sueños  
en que riman los trinos  
de alados pajarillos:  
los bíblicos villancicos  
angelicales, ingenuos:

Cuatro pilares  
tiene mi cama...

Oh, noche de lluvia, noche  
de bendiciones y anhelos,  
de cariños y esperanzas

y de infantiles ensueños,  
en que nuestros labios vibran  
con la ternura de un beso:

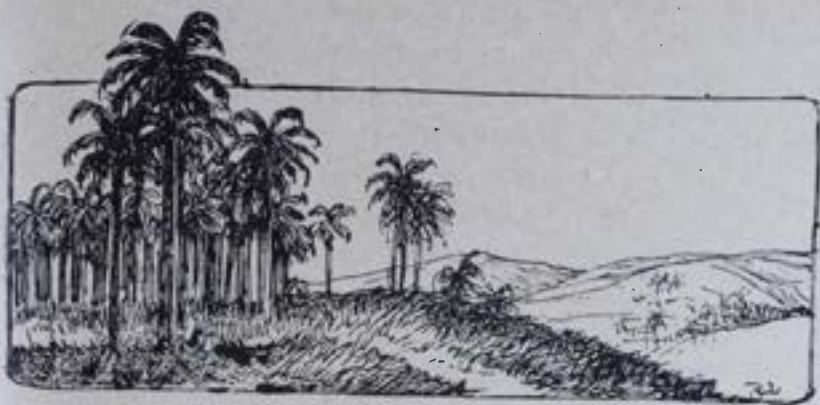
Cuatro pilares  
tiene mi cama...

Oh, noche de lluvia noche  
de paz y recogimiento,  
que anheláramos ser niño  
sólo por rezar de nuevo,  
junto a la madre adorada,  
aquellos cantos, aquellos:

Cuatro pilares  
tiene mi cama...

MIGUEL GALLIANO CANCIO.





## XXII

### LAS EPIDEMIAS EN CUBA

En la época en que Don Diego Velázquez arribó a nuestras playas y comenzó la conquista de Cuba, la medicina estaba muy atrasada y la higiene no se conocía. Los médicos eran muy escasos y poco instruidos. En cuanto a las medicinas eran pocas y malas.

Velázquez no trajo en su expedición ningún médico; los enfermos y los heridos eran curados por los compañeros que tenían alguna experiencia sobre la eficacia de ciertos remedios. Si tal era el estado de la medicina entre los españoles, ya puede pensarse que entre los indios no presentaría mayor adelanto. La ejercían los *behiques*, personajes que desempeñaban también las funciones sacerdotales. Los *behiques* se transmitían unos a otros, de viva voz, sus conocimientos sobre las virtudes curativas de ciertas plantas y sustancias medicamentosas.

Quizás los españoles adquirieron en Cuba algunas enfermedades desconocidas o poco generalizadas entre ellos, como el paludismo, por más que éste hacía estragos en ciertas regiones de Europa; pero lo que sí es indudable, es que con los nuevos pobladores vino a Cuba una enfermedad terrible y horrorosa, la *viruela*, hoy extirpada por suerte de nuestro país.

En la primera mitad del siglo xvi la viruela se propagó entre los indios y produjo entre ellos tremendos estragos. Pueblos enteros sucumbieron víctimas del horrible mal; esto contribuyó mucho, sin duda, al exterminio de la población indígena. Dicha enfermedad atacaba también a los blancos, pero en menor proporción.

Según el testimonio de los vecinos de Cuba, en el siglo xvi las enfermedades entre los colonos blancos eran las propias de los países cálidos, sin llegar nunca a una proporción alarmante.

Al comenzar el siglo xvii la situación comenzó a cambiar en sentido desfavorable, sobre todo en la Habana.

Era ésta una pequeña ciudad situada cerca de la bahía, rodeada de bosques y de terrenos pantanosos. Aun dentro de la misma población existían extensos lagunatos de agua estancada y corrompida. Los mosquitos, jejenes, moscas, cucarachas y cangrejos siguatos formaban plagas horribles y numerosas, haciendo casi insoportable la vida de los vecinos. El agua que se consumía era de pozos muy mal contruidos, o de la zanja de la Chorrera, primer acueducto de la capital, terminado en la última década del siglo xvi, gober-

nando el maestro de campo don Juan de Tejeda. Las condiciones sanitarias de la población en total y de cada casa en particular, no podían ser más deplorables. Los pisos eran de tierra, no se limpiaban nunca, y en los patios de las casas, cubiertos de arbolado, se criaban toda clase de animales domésticos. No existía sino un pequeño y rústico hospital y no habían médicos ni medicinas. Estas se traían de España muy de tarde en tarde.

En las mismas condiciones que la Habana se encontraban las demás ciudades del interior.

En los últimos veinte años, desde 1898 a 1918, la población de Cuba ha aumentado cerca de un millón de habitantes, pero en todo el siglo xvii el aumento no llegó a *cincuenta mil vecinos*. Las causas de este lento crecimiento de la población fueron varias; entre otras las guerras constantes y la escasa inmigración. Pero no hay duda de que las asoladoras epidemias que se desarrollaron durante el siglo, contribuyeron mucho a impedir que creciera la cifra de los habitantes.

El principal foco de infección y de propagación de la epidemia fué la Habana, y la causa, el arribo de las flotas y su permanencia en el puerto durante meses.

El personal de cada flota se componía, entre soldados, marineros y pasajeros, de varios miles de individuos, tantos como vecinos contaba la ciudad o más. Mientras la flota permanecía en la bahía, la población de la ciudad aumentaba extraordinariamente, al extremo de llegar a ser más del doble de la de tiempos normales, no sólo por las gentes de la escuadra, sino debido al gran número de habitantes del interior que acudían

a vender sus animales y sus frutos y a comprar lo que necesitaban. Las casas estaban repletas de gentes en quienes la falta de aseo era un hábito tradicional. Además, el número de reses que se sacrificaban cada día para alimentar a aquella enorme población accidental, y aprovisionar a la escuadra de carne salada por el largo viaje que debía hacer, alcanzaba cifras elevadísimas. Los lugares donde se efectuaban estas matanzas de reses, estaban llenos de restos podridos de las mismas, que inficionaban la atmósfera.

Las pésimas condiciones sanitarias de siempre, agravadas en la forma descrita, convertían a la ciudad en un terreno abonado para toda clase de enfermedades.

De la Habana éstas se propagaban rápidamente al interior, llevadas por los viajeros y por los vecinos que huían de la ciudad.

La primera de las grandes epidemias que azotaron a Cuba en el siglo xvii comenzó en la Habana, en el verano de 1620; sus estragos duraron desde junio hasta noviembre. Consistía la enfermedad en una fiebre de carácter pernicioso, que ocasionaba la muerte de los atacados en el corto espacio de tres o cuatro días.

Probablemente era fiebre tifoidea. La población de la ciudad fué diezmada y la flota anclada en el puerto sufrió también numerosas bajas.

La epidemia se propagó al interior, pero dada la distancia que mediaba entre unas haciendas y otras, el contagio fué menos fácil. Al llegar el invierno disminuyó la plaga y se extinguió lentamente.

En el año de 1649, al comenzar la primavera, sobrevino otra epidemia espantosa. El mal fué im-

portado por unos barcos procedentes de Cartagena y Portobelo. Desde mayo a octubre se mantuvo en todo su apogeo; devoraba a los atacados en tres días. Tenía también el carácter de una fiebre pútrida o maligna. Se carecía de médicos, de medicinas y de conocimientos acerca de la manera de tratar una enfermedad desconocida y de evitar su propagación.

Casi toda la población se enfermó, muriendo la tercera parte de los habitantes y del personal de la flota anclada en el puerto. Todas las autoridades fueron atacadas, falleciendo muchas de ellas; hubo necesidad de improvisar hospitales y cementerios; a veces los muertos estuvieron varios días sin ser enterrados por falta de personas que pudieran hacerlo. Todo el que pudo huyó a las haciendas del interior, contribuyendo así a propagar el mal. En septiembre comenzó a disminuir éste y terminó por desaparecer en octubre, dejando aterrada y desolada la isla. Los supervivientes, muchos de ellos convalecientes aun, celebraron un *Tedéum* en la iglesia parroquial como acción de gracias por la desaparición de la epidemia.

El P. Antonio de Jesús María, que se había distinguido mucho durante la misma, por su caridad evangélica, pronunció un elocuente sermón, en el cual, pintando los horrores que acababan de sufrirse, decía: “Lloraban los más tiernos niños su orfandad, los más robustos jóvenes su desamparo, y su viudez muchos que acababan de celebrar sus bodas. No hay casa donde no haya duelo, y en muchas no quedó ni quien llorara. ¡Oh, Señor! ¡Cuántas veces vi cadáveres privados del infausto beneficio de la sepultura, y deseando mi com-

pasión dar los hombros al helado peso, la necesidad de los que agonizaban me limitó a encomendarlos a vuestra clemencia”.

En el verano de 1653 la epidemia hizo su aparición en Santiago de Cuba y Bayamo, causando enormes estragos. Las autoridades de aquellas localidades y los eclesiásticos, hicieron cuanto estuvo a sus alcances para atajar el mal, pero como no había médicos ni medicinas, éste siguió su curso.

El gobernador de la isla suspendió toda comunicación entre la Habana y los dos pueblos infestados. Otro tanto hicieron las autoridades de Baracoa, Puerto Príncipe, Trinidad, Sancti-Spíritus y Remedios. Los desgraciados vecinos de Santiago y Bayamo quedaron desamparados y entregados a su infausta suerte. Todo el que pudo huyó al campo; el mal se extinguió por sí solo a la entrada del invierno.

Al año siguiente apareció nuevamente la epidemia en la Habana, importada por una flota procedente de Tierra Firme.

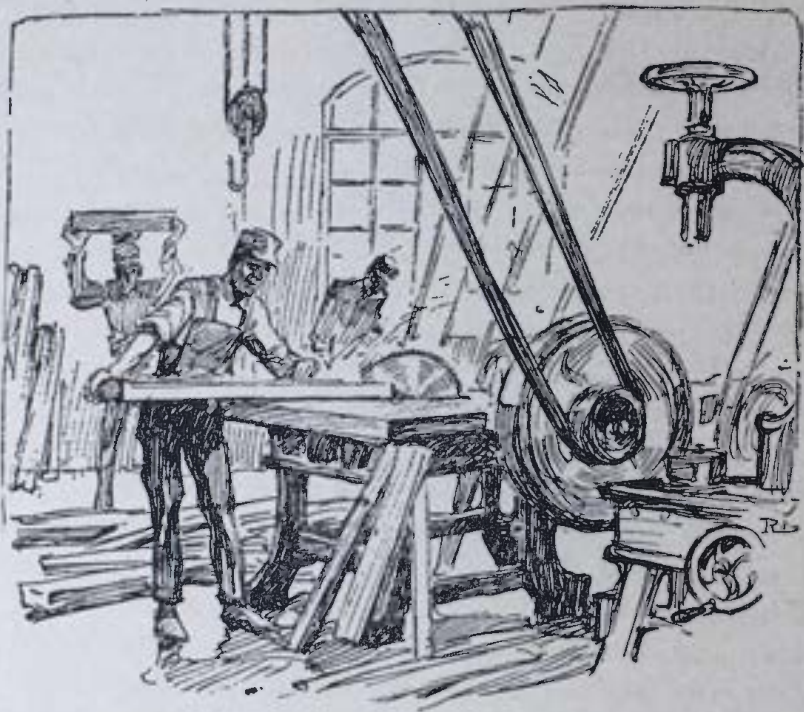
El gobernador Don Francisco de Gelder, se opuso con energía a que desembarcaran los enfermos de los barcos, hizo construir un barracón al fondo de la bahía y los aisló en aquel improvisado hospital; pero todas sus precauciones resultaron ineficaces para preservar a los vecinos del contagio. Desde el mes de mayo hasta el de septiembre el mal se cebó con furia en el vecindario, inmolando a gran número de personas y obligando a huir al campo a todo el que pudo hacerlo.

Estas epidemias de mediados del siglo no fueron las únicas, pero sí las más terribles. Las viruelas hacían

también periódicos estragos y el número de lazarinos era considerable.

Cerca de cien años más tarde, en 1761, varios buques arribaron a la Habana procedentes de Veraacruz, con algunos presidiarios destinados a trabajar en las fortificaciones de la ciudad.

Estos barcos importaron otra plaga horrorosa: la enfermedad a que se dió el nombre de fiebre amarilla o vómito negro. El mal se propagó con gran rapidez y espantosa violencia. Entre marineros y soldados perecieron cerca de dos mil hombres en el verano de aquel año. El número de vecinos cubanos y españoles víctimas de la enfermedad fué enorme. Raro fué el atacado de la dolencia que sobrevivió a ésta. Los hospitales existentes no bastaban para dar cabida a los enfermos, y hubo necesidad de habilitar numerosas casas particulares para alojar a los pacientes. La fiebre amarilla se propagó a todos los lugares habitados del litoral de Cuba, especialmente a los bajos y pantanosos; quedó en ellas como enfermedad endémica durante siglo y medio, causando numerosas víctimas todos los veranos, y fué un grave obstáculo para el desarrollo de la riqueza y del comercio de Cuba. No fué extirpada sino en los primeros años del siglo actual, gracias al descubrimiento del médico cubano Dr. Finlay. Este demostró que los mosquitos pertenecientes a cierta clase, eran los agentes transmisores de la enfermedad. Varios médicos norteamericanos, los cubanos Dres. Juan Guiteras, Arístides Agramonte y otros más, fueron los principales directores de los trabajos sanitarios que acabaron con los últimos restos de la enfermedad en nuestro país.



## XXIII

### EL TRABAJO DEL INDUSTRIAL Y EL DEL AGRICULTOR

La agricultura exige más inteligencia, más saber y más espíritu de observación que la industria. Es probable que esta afirmación parecerá muy aventurada a muchas personas; y habrá otras que, sin detenerse a examinar sus fundamentos, la negarán en redondo. Sin embargo, se trata de una verdad de fácil comprobación.

Tomemos como ejemplo un industrial y un agricultor propios de nuestro país: el *fabricante de almidón* y el *cultivador de yuca*. El primero se propone obtener un cierto producto, el almidón; el segundo procura obtener otro cierto producto, la yuca.

¿Qué necesita el primero para alcanzar lo que se propone? Solamente varias máquinas, que en su conjunto forman lo que se llama en nuestro país un tren de almidón. Las principales son: una máquina para lavar la yuca, otra para rayarla, otra para extraerle el almidón del agua por sedimentación y un *secadero*.

Estas máquinas, démosles este nombre, trabajan siempre de la misma manera, son de un manejo fácil y seguro. Se puede prever el resultado del trabajo, y reparar rápidamente un error o un desperfecto. El fabricante de almidón sabe con toda exactitud, que dada una cierta cantidad de yuca de determinada calidad, él obtendrá tal cantidad de almidón. Las operaciones de su industria son siempre iguales, precisas, mecánicas. Los utensilios con los cuales él trabaja son sencillos, fáciles de reparar; cualquier defecto de los mismos puede descubrirse inmediatamente y repararse a tiempo. Una vez que su *tren* está bien montado, funciona automáticamente como un reloj de bolsillo al cual se ha dado cuerda.

Veamos ahora lo que necesita el cultivador para obtener lo que se propone, es decir, *una cierta cantidad de yuca*. Dos cosas le son indispensables: *terreno y plantas de yuca*.

Así como las partículas de almidón estaban contenidas en la *yuca*, y el fabricante contaba para *extraer*-

*las* de allí y formar una arroba de almidón con el auxilio de varias máquinas—el tren de almidón—puede decirse ahora que las partículas de la *yuca* están contenidas en la tierra y la atmósfera, y el agricultor cuenta también para *extraerlas* de allí y formar una arroba de *yuca*, con el auxilio de una máquina, la mata de *yuca*. ¿Cuál de las dos máquinas es de un trabajo más fácil, conocido y seguro? Vamos a verlo en seguida.

El agricultor planta la simiente de la *yuca* en el terreno, pero él no sabrá nunca con rigurosa exactitud qué es lo más conveniente que debe hacer para que su máquina le *fabrique* la mayor cantidad de *yuca* en el menor tiempo y con el menor costo para él. La cantidad de *yuca* fabricada dependerá siempre de mil cosas diversas, difíciles de conocer y de estudiar, a saber: de la naturaleza del terreno, de las labores que se practiquen en él antes de la siembra, de la calidad de la simiente, de la fecha de la siembra, de los cuidados que se prodiguen a la planta, del tiempo que haga, de la propagación o no de ciertos insectos, etc. Sobre ninguno de estos extremos puede el cultivador llegar a tener un conocimiento preciso y cabal, como el que posee de sus máquinas el industrial. El agricultor tiene que estar siempre observando, vigilando, ensayando, a fin de que aumenten las probabilidades de lograr una buena cosecha; de lo contrario se arruina. El industrial, una vez que conozca bien cómo funcionan sus máquinas, poco o nada habrá de aprender de las mismas; pero el cultivador, si es avisado y sabe observar, cada año adquirirá nuevas experiencias y aumentará su saber, sin que jamás llegue a agotar las

enseñanzas que recibe de sus plantíos. La práctica que un año le dió buen resultado, al otro no se lo da, y él debe averiguar el por qué; tal vecino obtiene mayor rendimiento en sus cultivos, ¿a qué se debe ésto? Tal clase de yuca es buena para este terreno y no para aquel otro. ¿Cuál es la razón? Las preguntas pueden multi-



plicarse hasta lo infinito, y aunque él acuda a los libros y a los hombres de ciencia, se encontrará con que el buen éxito de su labor dependerá siempre del conocimiento de ciertos principios generales, aplicados, en cada caso, según le aconseje su experiencia personal,

enriquecida cada año y modificada por lo que cada día observa y descubre. Su máquina, *la planta de yuca*, jamás funcionará sola, automática y exactamente, como un reloj de bolsillo al cual se ha dado cuerda, según el ejemplo que pusimos antes.

Es menester que él esté observándola, vigilándola, comprobando los cambios favorables o adversos que presenta de un día a otro, tratando de descubrir las causas de esos cambios, aplicándoles el remedio más adecuado si fuesen perjudiciales. ¡Qué labor tan distinta de la del industrial, y qué diferencia tan grande de atención y de inteligencia requiere una ocupación comparada con la otra! ¡Qué perseverancia, qué paciencia, qué voluntad tan firme y recia exige la práctica cuidadosa y científica de la agricultura! Tan cierto es ésto, que se puede afirmar sin temor a equivocarnos, que cuando un país tiene una agricultura variada, rica y floreciente, es un país poblado por hombres de grandes condiciones de inteligencia y de carácter.

Si el trabajo del agricultor es más difícil, incierto en sus resultados y penoso que el del industrial, influye, en cambio, de una manera más ventajosa sobre el carácter. Las máquinas del industrial presentan siempre el mismo aspecto; son algo inerte que carece de vida propia; producen una impresión de monotonía, de ser vacío y sin alma que no inspira afecto. Es difícil llegar a sentir simpatía por una máquina. No ocurre lo mismo con los animales y las plantas. El cultivador y el criador van siguiendo paso a paso los progresos del ser viviente de que cuidan. Asisten a su nacimiento, vigilan su desarrollo cuando aún es tan débil que el menor

accidente puede hacerlo perecer, se regocijan cuando se muestra vigoroso y lozano, sufren al verlo abatido y mustio, y se establece así una relación de simpatía y de afecto entre el animal o la planta y el hombre. La protección amorosa y asidua que el agricultor prodiga sin cesar a sus cultivos y a sus crías, estimula de una manera muy intensa los sentimientos más generosos del ser humano, de donde resulta que los hombres dedicados a la agricultura, llegan con el tiempo a estar dotados de una gran nobleza de alma.

Desde época remota se ha observado que los pueblos agricultores son bondadosos y pacíficos, y que de los campos han salido muchos de los más grandes y más nobles apóstoles de la paz y de la fraternidad entre los hombres.





XXIV

A UNA NUBE

I

Vaporosa hija del éter,  
Que en alas del blando viento  
Recorres el firmamento  
Cual rápida exhalación;  
Detén, por Dios, un instante

Tu precipitado vuelo  
Sobre el pedazo de cielo  
Que descubro en mi prisión.

## II

¿Es la balsámica esencia  
De nuestras pintadas flores  
La que de puros colores  
Tu linda forma pintó?  
¿Es la sangre derramada  
De los mártires que sube  
La que te da, bella nube,  
Tan rojizo resplandor?

## III

¿Acaso mora en tu seno  
De nácares y de rosa  
Alguna virgen hermosa  
Que de la tierra partió?  
¿Y ese color encendido  
Es tal vez de su mejilla  
La púrpura con que brilla  
De la inocencia el pudor?

## IV

¿Por qué durante la noche  
Cuando está todo en reposo  
De tu seno misterioso

Se ven lágrimas caer?  
¿Quién esas lágrimas vierte  
Que miramos temblorosas  
Entre las abiertas rosas  
Brillar al amanecer?

V

¿Es el alma sin ventura  
De algún pobre desterrado  
Que de su tierra apartado  
Bajo otro cielo murió,  
Y llora buscando en vano  
Tras el remoto horizonte  
La verde sombra del monte  
En que tranquilo vivió?

VI

Cuando el rápido relámpago  
Al estampido del trueno  
Rasgando tu rojo seno  
Vomita el rayo veloz.  
¿Es el implacable genio  
De la terrible venganza  
El que fatídico lanza  
La muerte y la destrucción?

VII

Mensajera de Favonio,  
Que vagas entre la bruma

Ligera como la espuma  
Sobre las ondas del mar,  
¿ Me engaño cuando imagino  
Que algo tu interior encierra?  
¿ Eres de la inmunda tierra  
Leve vapor nada más?

### VIII

No importa; rauda prosigue  
En alas del blando viento  
Por el ancho firmamento  
Cual rápida exhalación.  
Y si llegas, bella nube,  
A mi Cuba infortunada,  
Dile a esa patria adorada  
Que yo le mando un “adiós”.

PEDRO SANTACILLA





XXV

**EL OBISPO DON DIEGO AVELINO  
DE COMPOSTELA**

Los españoles, al establecerse en Cuba bajo el mando de don Diego Velázquez en 1511, trajeron a nuestro país, además de muchas plantas y animales desconocidos en la isla, sus costumbres, su lengua, sus instituciones de gobierno y su religión.

Al mismo tiempo que fundaban pueblos, creaban ayuntamientos, organizaban el gobierno del país, y echaban los cimientos de las instituciones religiosas. En cada pueblo se estableció una parroquia a cargo de un cura para celebrar bautizos y matrimonios, decir misa y cumplir con las demás prácticas de la religión. Los sacerdotes estaban obligados también a enseñar

la doctrina a los indios. Según las instrucciones dadas por el cardenal don Francisco Jiménez de Cisneros, regente de España en 1516, en cada parroquia debía de haber un sacristán, especialmente destinado a enseñar a los indios menores de nueve años a leer, escribir y hablar en castellano. Esta disposición no fué cumplida.

Cuando hubo varias parroquias, se creó la diócesis de Cuba con un obispo al frente. El obispo era la autoridad eclesiástica superior, así como el gobernador era la autoridad superior en lo militar y lo gubernativo.

En aquella época las autoridades eclesiásticas tenían importantes atribuciones. Todos los vecinos estaban obligados a obedecer y cumplir sus mandatos. El obispo de Cuba tenía, además, el cargo de “Protector de los indios”—que había ejercido Fray Bartolomé de las Casas—y como tal podía castigar a los vecinos que los maltratasen.

Estos debían pagar una cuota a los párrocos por sus servicios. Los que tenían propiedades abonaban una contribución llamada el diezmo, para sufragar los gastos del culto. El primer obispo que vino a Cuba, el cuarto de los nombrados para la diócesis, se llamaba Fray Miguel Ramírez.

Durante los dos primeros siglos del gobierno de los españoles en Cuba, los obispos y los gobernadores estuvieron casi siempre en desacuerdo sobre sus respectivas atribuciones. Las quejas de unos contra otros eran muy frecuentes. Los gobernadores se quejaban de que muchos sacerdotes no cumplían con sus deberes, sin que a pesar de ello, los obispos les impusiesen el

menor castigo. En cambio los obispos decían que los gobernadores, en su afán de mando, querían disponer también de las cosas tocantes a la religión, las cuales no eran de la incumbencia de éstos.

Los mayores conflictos ocurrieron a principios del siglo xvii, entre el gobernador don Gaspar Ruiz de Pereda y el obispo don Alonso Henríquez de Almen-  
dariz, de cuyo apellido tomó nombre el río Almendares. El gobernador se quejó al rey de España de que el obispo lo había excomulgado, y de que además, los sacerdotes habían ido en procesión hasta la casa en que vivía y la habían apedreado.

Una queja frecuente de los gobernadores era ésta: los religiosos, lejos de condenar el comercio de contrabando con los extranjeros, lo favorecían y hasta tomaban parte en él. La acusación era cierta. Los curas, sobre todo los del interior, vivían de lo que recaudaban del vecindario, y como se daban cuenta de que sin dicho comercio sus feligreses no podían prosperar, no sólo no ponían reparo al mismo, sino que algunos se dedicaban a él también. Los obispos castigaban por lo común estas faltas de los religiosos de su diócesis, pero en otras ocasiones parecían ignorarlas.

Los vecinos solían respetar y amar a los obispos, cuya permanencia en Cuba era comúnmente de mayor duración que la de los gobernadores, aparte de que, por el ministerio que ejercían, estaban en más estrecho contacto con el vecindario y conocían mejor sus necesidades.

Esta disposición de ánimo de los habitantes de Cuba se hizo patente en 1604, cuando el pirata Gilberto

Girón se apoderó cerca de Bayamo del obispo fray Juan de las Cabezas Altamirano. Los bayameses no sólo reunieron con toda rapidez el cuantioso rescate exigido por Girón para libertar al obispo, sino que llenos de indignación por la osadía del pirata, lo atacaron y le dieron muerte.

Así como el obispo Almendariz se hizo famoso a principios del siglo XVII por su carácter áspero e intransigente, a fines del siglo citado adquirió mayor celebridad por sus grandes virtudes y sus obras benéficas otro obispo de Cuba: don Diego Avelino de Compostela. Este llegó a nuestra patria en 1667 y estuvo al frente del obispado hasta que murió en la Habana el año de 1704. Su cadáver fué enterrado en la iglesia de Santa Teresa el 29 de agosto del citado año.

Cuando el obispo Compostela comenzó a ejercer sus funciones, muchos religiosos llevaban una vida fastuosa y desordenada; faltaban a los deberes de su ministerio, y eran ejemplos de malas costumbres en vez de serlo de virtudes cristianas. Los había que eran ricos y no salían a la calle sino en calesas plateadas o acompañados de sirvientes con lujosas libreas, según se usaba entonces en la Habana; otros daban festines en sus casas y concurrían a los juegos de dados y de baraja, muy comunes entonces.

Compostela se propuso reformar las costumbres del clero de su diócesis, sin violencia y por medio del ejemplo. El no salía sino a pie, en las constantes visitas que efectuaba para atender personalmente a los asuntos de su cargo; no hacía sino una frugal comida al día

y repartía todos sus ingresos en fundaciones piadosas y limosnas. Era muy instruido y notable predicador; su voz sonora y majestuosa. Los sermones que pronunciaba con frecuencia, le dieron mucha fama en su época.

Ante el ejemplo que su superior les daba, muchos sacerdotes reformaron y mejoraron sus costumbres; renunciaron a la ostentación, a los festines y a jugar en público, y dedicaron una parte de sus rentas a obras de caridad.

La Habana tenía ya como treinta mil habitantes y sólo contaba cuatro parroquias. A Compostela le parecieron pocas y erigió dos más: la del Santo Angel y la del Santo Cristo.

Fuera de la Habana erigió otras muchas más, a saber: las de Santiago de las Vegas, San Miguel del Padrón, Jesús del Monte, Río Blanco, Guamacaro, Macuriges, Guamutas, la Hanábana, Alvarez, Guana-jay, Santa Cruz, San Basilio, Consolación, Güines, Batabanó, Guane, Pinar del Río, Caney y Jiguaní. La fundación de estas parroquias tiene un interés histórico muy grande, porque cada una de ellas, erigida en lugares donde sólo existía un corto número de rústicos albergues, fué reuniendo en torno suyo un caserío, hasta llegar a convertirse en el centro de un pueblo.

Compostela trabajó mucho a favor de la enseñanza, totalmente abandonada en su época. Fundó el colegio de San Ambrosio, en el cual debían educarse doce jóvenes para seguir la carrera sacerdotal, y pagó a sus expensas al rector y a los profesores. Este colegio, reorganizado muchos años después con el nombre de Real Seminario de San Carlos y San Ambrosio de la

Habana llegó a ser una institución famosa; contó entre sus profesores al P. Félix Varela, a don José Antonio Saco y a don José de la Luz y Caballero.

Compostela gestionó la creación de la Universidad; concedió donativos para establecerla en 1690, pero la autorización del rey de España para fundarla no se obtuvo hasta treinta años más tarde. Fundó asimismo, el colegio de San Francisco de Sales, para niñas pobres, el único que hubo durante muchísimos años.

Sus obras benéficas de otro carácter fueron no menos importantes. En 1704, poco antes de morir, fundó provisionalmente un hospital de convalecientes, bajo la advocación de Nuestra Señora de Belén; concedió para ello un local y una importante suma. A fin de asegurar la existencia definitiva del mismo, donó el terreno donde debía erigirse el convento de Belén y una cantidad en metálico para sufragar parte de los gastos del hospital. Autorizada la obra por el rey de España un año después de la muerte del obispo, se inició la fábrica; fué terminada gracias a la filantropía de don Juan Francisco Carballo, que donó todos sus bienes para concluir dicha obra y atender al sostenimiento del hospital de convalecientes y de la escuela gratuita de niños pobres que en ella debían instalarse. El empeño de Compostela tuvo, como se ve, un felicísimo éxito.

Algunos años más tarde, el historiador Arrate, refiriéndose a la escuela establecida en Belén, decía: “La escuela ordinariamente mantiene quinientos muchachos, trescientos de escribir y doscientos de leer; los más son pobrecitos a quienes proveen de papel, plumas y catecismos graciosamente: les enseñan a leer, escribir

y contar con toda perfección y salen excelentes *plumarios*. Para comprender bien esto y lo demás que aquí se expresa, es necesario verlo, porque excede a toda ponderación”.

Cerca de un siglo después de fundada, esta escuela era aun la más importante que existía en la Habana.

Otras obras debidas al genio benéfico de Compostela fueron la primera casa de beneficencia, que funcionó durante pocos años y un asilo para jóvenes huérfanas.

El recuerdo de Compostela está unido también a la fundación de la ciudad de Matanzas. El obispo ayudó a trazar el plano de la población, eligió el lugar para el templo que debía erigirse, colocó la primera piedra de éste y dijo la primera misa en aquel lugar.

Cuando murió este ilustre prelado, era tal la fama de santidad de que gozaba entre el vecindario de la capital, que el gobernador, según se cuenta, se vió en la necesidad de poner una guardia armada que cuidase de sus restos hasta que se les diese sepultura, debido a que muchos fieles querían apoderarse de fragmentos de sus vestiduras a fin de conservarlos como reliquias.

En los cien años siguientes a la muerte de Compostela, tuvo Cuba otros tres obispos que fueron igualmente famoso: el sucesor de Compostela, fray Jerónimo Valdés, fundador de la Universidad y de la Casa de Beneficencia; don Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, célebre entre otras causas, por sus luchas contra los ingleses, y don Juan José Díaz de Espada y Landa, de grata recordación, por los grandes servicios que prestó al progreso de nuestro país.



## XXVI

### UNA HISTORIA INTERESANTE

Queridos niños: Ansioso como siempre de aspirar el delicioso ambiente de la mañana, me levanté hoy muy temprano. Me dirigí al patio de mi casa, y allí, recostado al brocal del pozo, contemplaba extasiado un hermoso rosal, que mostraba entre sus ramas una lozana y bellísima rosa. Sobre uno de sus rosados pétalos, vi una esferita líquida, que parecía una brillante perla, pequeña en su tamaño pero inmensa, grandiosa en su historia.

Me detuve encantado contemplándola por largo rato, y al fin, movido por la curiosidad, y lleno de la mayor admiración le pregunté: —¿De dónde vienes, misteriosa perla? Cuéntame tu historia.

Ella entonces me dijo: —Curioso mortal, mi historia es muy larga, y pronto tendré que continuar mi eterno viaje. Te contaré solamente mis últimas impresiones.

Yo estaba ayer en aquel inmenso piélago azul, que surcó por vez primera un genio inmortal, en busca de un camino más corto para las Indias.

Las suaves caricias del astro rey, trocaron mi vestidura líquida, en vestidura vaporosa, convirtiéndome en tenues partículas, más ligeras que el aire.

Ataviada con mi vaporoso traje, y en unión de millones de compañeras, me levanté de aquella masa líquida y ascendí a elevadas regiones, en donde el frío que reinaba nos transformó en visible polvo acuoso, y reunidas todas, entramos a formar parte de algo así que pudiéramos comparar a una gigantesca paloma blanca que sube hasta los cielos.

Vinieron luego unos carros alados que vosotros llamáis alisios del nordeste, que nos trajeron volando, volando por muchas horas, en dirección al suroeste.

Era ya la hora en que el astro vivificador, enviándonos sus últimos besos de fuego, empezaba a ocultarse por el ocaso, cuando llegamos a esta espléndida joya del mar Caribe, cesaron los carros alados de arrastrarnos y quedamos flotando en el azul purísimo del cielo, encima de esta hospitalaria y simpática ciudad del Bélico, cuna de ilustres e insignes varones.

El aire caliente, los ardientes vapores que subían de la tierra, hicieron que se disolviera la gigantesca paloma blanca; el cielo se despejó; la tierra se enfrió, las flores abrieron sus corolas; nosotras descendimos a las capas inferiores de la atmósfera y yo, lo mismo que otras compañeras, al ponerme al contacto con este suave y fresco pétalo, me precipité sobre él con amoroso anhelo, convirtiéndome en esta líquida perla, causa de tu admiración.



He aquí mis últimas impresiones. Si fuera a referirte todos los episodios de mi vida, necesitaría de un tiempo mucho más largo que toda tu existencia.

Dentro de pocas horas cuando el astro del día se vaya levantando aparentemente hacia el cenit, y em-

piece a arrojar, una vez más, su lluvia de luz y de calor sobre este hemisferio, volveré a ser vaporosa, me elevaré en la atmósfera, e impelida de nuevo, tal vez recorra el cielo en todas direcciones. Quizás la brisa pasajera me lleve otra vez al noroeste, y al encontrar a mi paso las blancas y empinadas cumbres de las Montañas Rocallosas me convierta en pequeños y simétricos cristales; y me precipite sobre ellas; resbale, resbale después por rápida pendiente; vuelva otra vez a ser líquida perla; me introduzca en cristalina corriente que vaya a aumentar el caudal del majestuoso Misisipi; llegue presurosa a las saladas aguas y lleve conmigo a sus honduras, los despojos de la tierra para que, acumulándose allí, se convierta más tarde, con la continuación de los siglos, en nuevas islas y en nuevos continentes.

Otro día continuaré mi historia. No puedo ser más extensa. Quiero darte por último una comisión que cumplirás con gusto porque sé que eres maestro, y que como tal, sientes verdadero entusiasmo por la causa de la educación y de la enseñanza de la niñez.

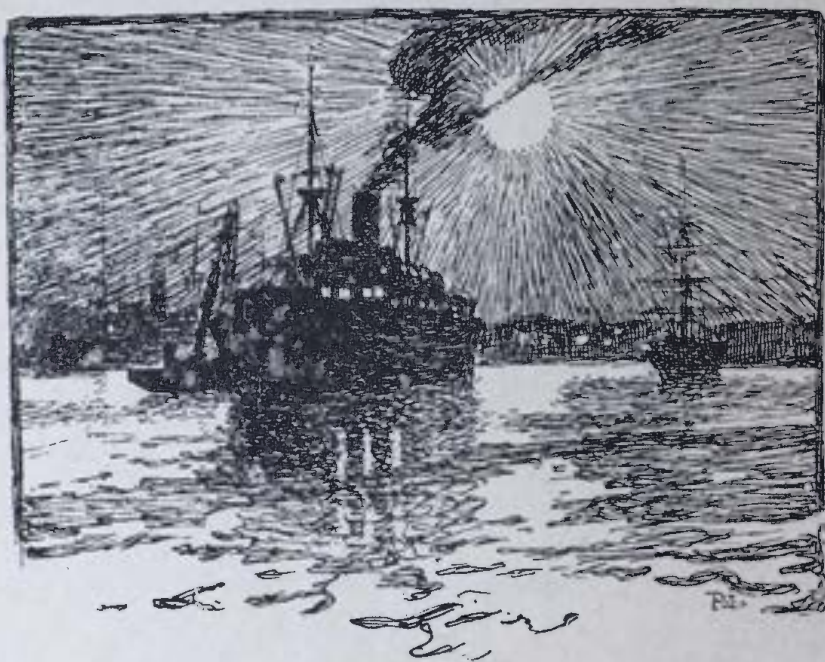
Di a los niños que viste que reciban un afectuoso recuerdo de esta amiga cariñosa; que yo les he dado vida, animación y alegría; que yo he circulado y circularé en su organismo; que yo he mitigado su sed y refrescado su piel en los ardorosos días del verano; que yo he recreado su paladar en sabrosas frutas; que soy generosa y buena con todos los seres; que en mí no existe la funesta plaga social del egoísmo y del orgullo, pues igual presto mis servicios en la humilde choza del

pobre, que en suntuoso palacio del rico, diles por fin, que yo, la eterna viajera del globo, soy siempre elemento de vida, fuente de salud, y manantial fecundo de fuerza y de amor.

Aquí tenéis, mis queridos niños, todo lo que me dijo la esferita líquida. Procurad como ella, ser útiles, activos, generosos y buenos.

MANUEL ANGULO.





## XXVII

### CALMA EN EL MAR

El cielo está puro,  
La noche tranquila,  
Y plácida reina  
La calma en el mar.

En su campo inmenso  
El aire dormido  
La flámula inmóvil  
No puede agitar.

Ninguna brisa  
Llena las velas,

Ni alza las ondas  
Viento vivaz.

En el oriente  
Débil meteoro  
Brilla y disípase  
Leve, fugaz,

Su ebúrneo semblante  
Nos muestra la luna  
Y en torno la ciñe  
Corona de luz.

El brillo sereno  
Argenta las nubes,  
Quitando a la noche  
Su pardo capuz.

Y las estrellas,  
Cual puntos de oro  
En todo el cielo  
Vense brillar.

Como un reflejo  
Terso y bruñado,  
Las luces trémulas  
Refleja el mar.

La calma profunda  
De aire, mar y cielo,  
Al ánimo inspira  
Dulce meditar.

Angustias y afanes  
De la triste vida

Mi llagado pecho  
Quiero descansar.

Astros eternos,  
Lámparas dignas,  
Que ornáis el templo  
Del Hacedor;  
Sedme la imagen  
De su grandeza,  
Que lleve al ánima  
Santo pavor.

¡Oh piloto! la nave prepara,  
Que en el puro lejano horizonte  
A seguir tu derrota disparte,  
Se levanta la brisa del sur:

Y la zona que obscura lo ciñe,  
Cual la luz presurosa se tiende,  
Y del mar, cuyo espejo se hiende  
Muy más bello parece el azul.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.





## XXVIII

### DOS SIGLOS DE GUERRA CONSTANTE

Cuando don Diego Velázquez comenzó la conquista de nuestro país, estaba prohibido por los reyes de España que las colonias establecidas en el Nuevo Mundo comerciasen con los extranjeros, y mucho más aun, que se permitiera a éstos avecindarse en ellas.

Esta última prohibición se mantuvo en vigor durante varios siglos, pero como los reyes de España Carlos V y Felipe II que gobernaron en el siglo XVI, fueron soberanos también de otras naciones de Europa, se toleró que algunos naturales de esos países, como súbditos que eran de los reyes de España, se estableciesen en Cuba.

En tal virtud, a fines del siglo citado había aquí cierto número de extranjeros, flamencos y portugueses en su mayor parte. Además, los escasos habitantes de

nuestro país sostenían un activo comercio de contrabando con los navegantes ingleses, franceses y holandeses, que frecuentaban estos mares.

A pesar de las relaciones pacíficas que los vecinos de Cuba mantenían con los extranjeros, algunos corsarios procedentes de Francia y de Inglaterra, naciones con las cuales España estuvo en guerra durante el citado siglo, atacaron las poblaciones de nuestras costas y causaron en ellas grandes daños. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo xvi, más fué lo que ganaron los vecinos de Cuba con el contrabando, que lo que perdieron con los ataques de que a veces fueron víctimas.

Las relaciones de Cuba con los extranjeros cambiaron desde el comienzo del siglo xvii. El gobernador que tomó el mando en 1603, don Pedro de Valdés, era enemigo del contrabando y lo perseguía con encarnizamiento.

El le escribió una larga carta al rey de España y en ella le decía que los vecinos de Cuba negociaban tan libremente con los corsarios y piratas, que les compraban a éstos hasta los mismos efectos que los tales piratas y corsarios robaban en nuestras costas a los barcos españoles. Según el gobernador, los flamencos y los portugueses domiciliados en Cuba eran los intermediarios entre los rescatadores de tierra y los negociantes extranjeros, a los cuales servían de espías y pilotos.

El contrabando, según don Pedro de Valdés, ofrecía muchos inconvenientes. El tesoro sufría, porque las mercancía entraban y salían sin pagar derechos;

los enemigos se informaban de las defensas de la isla, de la entrada y salida de las flotas, del armamento y de las riquezas que llevaban, etc; y finalmente, como los contrabandistas eran *herejes* (protestantes), trataban de difundir sus *herejías*, repartiendo libritos entre los habitantes del interior en los cuales se abominaba de la religión católica. En virtud de todos estos males del contrabando, don Pedro propuso al rey que se expulsara a todos los extranjeros que había en Cuba, que se persiguiera y castigara a los vecinos rescatadores, y que se armasen barcos para vigilar las costas y limpiarlas de corsarios y piratas.

La carta de don Pedro de Valdés llegó a España en los momentos en que el rey había ordenado que se expulsaran de aquel país a todos los moriscos que en él vivían; de modo que la ocasión no podía ser más favorable para los propósitos de don Pedro.

El rey, de acuerdo con lo pedido, ordenó la expulsión de Cuba de todos los extranjeros y que se persiguiese con furia a los contrabandistas. Estas expulsiones y persecuciones fueron nuevos motivos de odio que se agregaron a los que ya tenían los franceses, los ingleses y los holandeses contra los españoles en general y contra Cuba en particular. El odio de que se trata tenía varias causas. Las principales eran las siguientes:

Un gobernador de Cuba, don Pedro Menéndez de Avilés, dirigió a mediados del siglo xvi varias expediciones contra las colonias francesas establecidas en la Florida, degollando y ahorcando a todos sus vecinos, sin exceptuar a las mujeres ni a los niños. Por otra parte, los bayameses lograron hacer prisioneros, por

nuestro país sostenían un activo comercio de contrabando con los navegantes ingleses, franceses y holandeses, que frecuentaban estos mares.

A pesar de las relaciones pacíficas que los vecinos de Cuba mantenían con los extranjeros, algunos corsarios procedentes de Francia y de Inglaterra, naciones con las cuales España estuvo en guerra durante el citado siglo, atacaron las poblaciones de nuestras costas y causaron en ellas grandes daños. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo xvi, más fué lo que ganaron los vecinos de Cuba con el contrabando, que lo que perdieron con los ataques de que a veces fueron víctimas.

Las relaciones de Cuba con los extranjeros cambiaron desde el comienzo del siglo xvii. El gobernador que tomó el mando en 1603, don Pedro de Valdés, era enemigo del contrabando y lo perseguía con encarnizamiento.

El le escribió una larga carta al rey de España y en ella le decía que los vecinos de Cuba negociaban tan libremente con los corsarios y piratas, que les compraban a éstos hasta los mismos efectos que los tales piratas y corsarios robaban en nuestras costas a los barcos españoles. Según el gobernador, los flamencos y los portugueses domiciliados en Cuba eran los intermediarios entre los rescatadores de tierra y los negociantes extranjeros, a los cuales servían de espías y pilotos.

El contrabando, según don Pedro de Valdés, ofrecía muchos inconvenientes. El tesoro sufría, porque las mercancías entraban y salían sin pagar derechos;

los enemigos se informaban de las defensas de la isla, de la entrada y salida de las flotas, del armamento y de las riquezas que llevaban, etc; y finalmente, como los contrabandistas eran *herejes* (protestantes), trataban de difundir sus *herejías*, repartiendo libritos entre los habitantes del interior en los cuales se abominaba de la religión católica. En virtud de todos estos males del contrabando, don Pedro propuso al rey que se expulsara a todos los extranjeros que había en Cuba, que se persiguiera y castigara a los vecinos rescatadores, y que se armasen barcos para vigilar las costas y limpiarlas de corsarios y piratas.

La carta de don Pedro de Valdés llegó a España en los momentos en que el rey había ordenado que se expulsaran de aquel país a todos los moriscos que en él vivían; de modo que la ocasión no podía ser más favorable para los propósitos de don Pedro.

El rey, de acuerdo con lo pedido, ordenó la expulsión de Cuba de todos los extranjeros y que se persiguiese con furia a los contrabandistas. Estas expulsiones y persecuciones fueron nuevos motivos de odio que se agregaron a los que ya tenían los franceses, los ingleses y los holandeses contra los españoles en general y contra Cuba en particular. El odio de que se trata tenía varias causas. Las principales eran las siguientes:

Un gobernador de Cuba, don Pedro Menéndez de Avilés, dirigió a mediados del siglo xvi varias expediciones contra las colonias francesas establecidas en la Florida, degollando y ahorcando a todos sus vecinos, sin exceptuar a las mujeres ni a los niños. Por otra parte, los bayameses lograron hacer prisioneros, por

sorpesa, al corsario Richard y a varios compañeros suyos, y los ahorcaron en Bayamo, sin justa causa. Después, durante varios años, de parte a parte se habían seguido cometiendo atrocidades.

No es de extrañar, por consiguiente, que el odio fuese cada día en aumento. Las guerras y las persecuciones lo hacían crecer sin cesar.

El siglo xvii comenzó con luchas sangrientas. Pocos días habían transcurrido del citado siglo, cuando los corsarios franceses, holandeses e ingleses, se establecieron en unas islitas solitarias situadas al norte de Santo Domingo y construyeron allí poblaciones y fortalezas. Desde entonces fueron una amenaza y un azote constante para Cuba. Por aquellos mismos años los holandeses amenazaron varias veces a la Habana. Los vecinos de casi toda la isla tuvieron que acudir a marchas forzadas a defenderla.

En 1628, los holandeses atacaron una escuadra procedente de Veracruz que se aproximaba a la Habana.

Los españoles fueron derrotados desastrosamente, frente a Matanzas y dentro de aquel puerto; perdieron todos los barcos, muchas vidas y los grandes tesoros que conducían. Al año siguiente volvieron los holandeses, pero el gobernador de Cuba avisó a tiempo a las flotas que estaban en Portobelo y Veracruz y éstas no salieron para la Habana. Bueno es hacer constar que los españoles devolvían golpe por golpe cada vez que podían.

En 1630, una escuadra española mandada por don Fadrique de Toledo, atacó los establecimientos de los corsarios en la isla de Trinidad, mató gran número de

ellos, hizo prisioneros a todos los habitantes de dichos establecimientos y arrasó con cuanto en ellos había. No obstante al poco tiempo volvieron los corsarios a establecerse en aquella isla; en otras de las Antillas Menores y en la misma costa septentrional de Santo Domingo.

Los que fijaron su centro de operaciones en la isleta llamada Tortuga, recibieron el nombre de *filibusteros*. A los que vivían en las costas cazando reses a fin de aprovisionar de carne salada, cueros y otros artículos a los filibusteros y demás corsarios, se les dió el nombre de *bucaneros*.

Así como don Fadrique de Toledo los atacó en 1630, en el año de 1638 repitió la operación otro almirante español, don Carlos de Ibarra. Este arrasó siembras y caseríos y pasó a cuchillo cuanto ser viviente encontró en la Tortuga. Al año siguiente Ibarra sostuvo un recio combate frente a Cabañas con los holandeses. La batalla quedó indecisa.

Las luchas frente a nuestras costas eran constantes en aquella época; tomaban parte en ellas muchas veces, buques que salían de la Habana y vecinos que acudían armados a defender las naves que se refugiaban en los puertos indefensos de la costa.

En 1641 el gobernador de Cuba don Alvaro de Luna, dictó nuevas medidas contra los franceses, ingleses, holandeses y portugueses que había en la isla. Se citó para la Habana, a fin de expulsarlos, a todos los extranjeros, y a los que no se presentaron pronto, se les persiguió por los montes, cazándolos como si fueran

fieras. Tales medidas, como es natural, no hicieron sino aumentar el odio a Cuba de los extranjeros.

Desde 1640 a 1654 sobre todo, nuestras costas estuvieron infestadas de enemigos. Estos las asolaban sin piedad; fondeaban en las ensenadas, penetraban en el interior en cuadrillas armadas, y robaban cuanto encontraban; mataban a los habitantes hombres y se llevaban prisioneros a las mujeres y a los niños.

Los españoles, en general y los habitantes de Cuba en particular, se desquitaban tanto como podían. En la Habana y otros puertos se armaron buques que perseguían a los enemigos.

Cuanto filibustero o corsario caía en manos de españoles o cubanos, era irremisiblemente ahorcado. En los puertos principales de Cuba había horcas siempre armadas, en espera de los prisioneros. Esta lucha feroz y sin cuartel se prolongó años y años.

En 1655 los ingleses se apoderaron de la isla de Jamaica: Cuba se veía amenazada más de cerca cada vez.

Santiago de Cuba fué atacado en distintas ocasiones y Sancti-Spíritus fué arrasado en 1665.

Durante los años de 1665 y 1666 la situación fué horrible; más de doscientas haciendas fueron devastadas y muertos los que en ellas vivían.

En el 1667, Francisco Nau, el Olonés, cometió grandes fechorías en la costa Norte. Al año siguiente el inglés Enrique Morgan, desembarcó en la costa sur de Camagüey, y atacó por tierra la ciudad de Puerto Príncipe; derrotó en un combate a los vecinos mandados por el Alcalde, hizo gran mortandad entre ellos y

se apoderó de la ciudad. Esta fué saqueada y sus habitantes sufrieron grandes penalidades. Morgan no se retiró sino después de recibir un cuantioso rescate.

Desde 1670 a 1695 la lucha de Cuba con los enemigos que la asaltaban por todas partes prosiguió con igual encarnizamiento, aunque menos desfavorable para nuestro país. Los corsarios armados en la Habana, causaron grandes daños a los franceses en Santo Domingo y a los ingleses en Jamaica; en Santiago de Cuba y Puerto Príncipe se rechazaron dos fuertes acometidas de los franceses.

Los últimos años del siglo fueron más bonancibles. Los ingleses eran por entonces aliados de los españoles; su poderosa marina exterminó en poco tiempo a los *filibusteros*, en su mayor parte franceses, y puso a raya a los corsarios de dicha nación.

El exterminio de los filibusteros y el aumento de la población, pusieron a salvo a Cuba durante el siglo XVIII de las atrocidades cometidas en sus costas en el siglo precedente. Excepto casos aislados, ya no se repitieron los incendios, los saqueos, los secuestros y los asesinatos de las familias campesinas indefensas.

En cuanto a la paz completa, jamás llegó a reinar. La lucha fué menos feroz, pero no tuvo término.

España continuó en guerra constante todo el siglo; unas veces contra Francia, otras contra Inglaterra, y las costas de nuestro país se vieron siempre amenazadas. Por otra parte en nuestros puertos se siguieron armando expediciones contra las colonias inglesas y francesas. En 1741, el almirante inglés Vernón se apoderó de Guantánamo y permaneció algún tiempo

allí. En 1762 los ingleses se adueñaron de la Habana, después de varios meses de sitio, hecho que tuvo grandísima importancia en la historia de nuestro país. Miles de cubanos murieron en la defensa de la plaza.

Devuelta la Habana a España al año siguiente, Cuba gozó de muy pocos años de paz; España continuó sus guerras contra Inglaterra, y de nuestros puertos salieron nuevas expediciones militares contra diversas regiones de la América del Norte. Sólo en las dos últimas décadas del siglo fueron más largos los períodos de paz.

Los sufrimientos de la población de Cuba durante esos doscientos años de guerra constante, fueron horribles; sobre todo en los cien años correspondientes al siglo xvii. Los cubanos nacían, crecían y morían en medio de peligros y zozobras constantes.

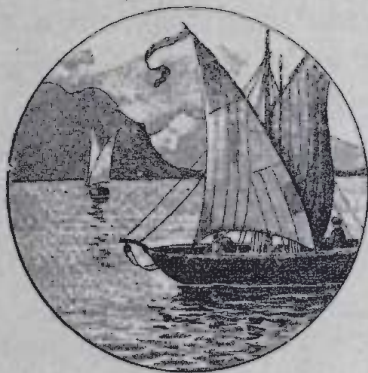
No se acobardaban, sin embargo; siempre se defendieron con valor contra enemigos superiores en número y armamento, los cuales, dueños del mar, atacaban por sorpresa los lugares más desamparados e indefensos. Sólo a fuerza de tenacidad, de valor y de heroísmo lograron nuestros antepasados conservar la posesión de su territorio y evitar que fuera a parar a manos de extranjeros, como ocurrió en la mayor parte de las Antillas.

España ayudó a Cuba cuanto pudo, pero en el siglo xvii la defensa de la isla dependió casi exclusivamente de sus pobladores. Estos eran irresponsables en gran parte, del odio que provocaban entre los extranjeros; dicho odio se debía, como ya hemos dicho, a las medidas tomadas contra éstos por los gobiernos

de España, medidas que, a la vez, eran perjudiciales para los cubanos.

Tantas guerras, devastaciones y matanzas, tantos estragos e incendios, tuvieron funestas consecuencias para Cuba. Entre las peores, puede contarse lo mucho que dificultaron el aumento de la riqueza y de la población de la isla.

Sin embargo, produjeron un gran bien: gracias a esas luchas, los cubanos fueron aprendiendo poco a poco que ellos tenían una patria que amar y defender.





## XXIX

### EL JOVEN APIO

En tiempo de las guerras civiles de Roma, sufrían la muerte muchos ciudadanos inocentes. Los ambiciosos se disputaban el poder, y proscribían a unos, asesinaban a otros y hacían pesar sobre todos el terror. En anciano Apio, uno de los hombres más respetados del Estado, que había encanecido bajo el peso de los negocios públicos, vivía aun, acabado por la edad y las enfermedades, no obstante lo cual fué proscripto.

Aquellos a quienes el edicto de proscripción fijado en las calles de Roma condenaba al destierro, debían huir en un plazo de breves horas. Los soldados los vigilaban y si, expirado el plazo, los encontraban aun en Roma, los mataban en el acto.

El hijo de Apio estaba ausente cuando supo la proscripción de su padre, y se apresuró a volver a Roma y halló a su padre solo, abandonado de casi todos sus servidores. Su hijo le instó para que huyese.

—Se acerca la hora, padre mío, y si os detenéis estais perdido.

—¿Y a qué huir?—respondió el anciano.—La vida es ya para mí una carga. Mira: todos mis amigos me han abandonado. En otro tiempo cuando yo iba de mi casa al Senado, a ocuparme en los negocios públicos, la multitud se apresuraba a acudir en torno mío; todos se disputaban el honor de servir de apoyo al anciano, y, aunque achacoso y encorvado adelantaba animado y sostenido por el cariño de todo un pueblo. Desde que me han visto proscripto, todos se han alejado, abandonándome a la muerte. Pues bien, les demostraré que sé morir.

—Padre mío—dijo el joven Apio,—si todo un pueblo os abandona yo no os abandonaré. Por grande que sea el vacío que ha dejado en vuestro corazón el falso amor de esa multitud, mi amor logrará llenarlo. Vivid, padre mío, no aceptéis vos mismo, como si la hubiérais merecido, la muerte que quieren daros vuestros enemigos. Venid conmigo y huyamos juntos.

El anciano tomó la mano de su hijo, la estrechó entre las suyas y después añadió, sonriendo tristemente:

—Huye solo. ¿Cómo quieres que yo atraviase contigo toda la ciudad? Caería al cabo de algunos pasos. La hora se acerca; pronto vendrán a darme la muerte; déjame.

El joven se echó a los pies del anciano y le dijo con amorosa violencia:

—No, viviré o moriré con vos. Puesto que no podéis andar, andaré por vos y os llevaré, como en otro tiempo, cuando yo era niño me llevábais vos mismo. Venid, mi cariño me dará fuerzas para sostener a mi padre en mis brazos.

Entonces, de la casa abandonada por todos los sirvientes, se vió salir y atravesar las calles de Roma



un joven que llevaba en sus hombros un anciano de cabellos blancos. Aunque sus brazos no fuesen muy fuertes, marchaba con la cabeza erguida y el rostro alegre, disimulando el esfuerzo que tenía que hacer.

Habían reconocido al viejo cónsul y a su hijo, y por todas partes, desde el fondo de las anchas plazas y en las gradas de los templos, la multitud se agolpaba, viéndolos pasar, y los más osados aplaudían con las

manos al padre y al hijo, gritando: ¡Vivan los dos Apios! Pero la multitud se abría con temor ante el paso de ambos: nadie se hubiera atrevido a socorrer a un proscrito, por medio de verse proscrito a su vez; y el joven Apio, solo en medio de aquella gran multitud, se sentía cada vez más abrumado por el dulce peso que oprimía sus hombros.

Mientras andaba veía el sol poniente dorar con sus últimos rayos los techos de la ciudad. Si su padre era encontrado en Roma, después de puesto el sol, su muerte era segura. El joven Apio apresuraba el paso y corría el sudor por su frente.

Poco a poco fueron como deslizándose de lo alto de los tejados los rayos del sol, y el cielo iba tomando un tinte rojo y sombrío. Apio echó a correr. Su corazón latía con violencia, sus piernas se doblaban; parecíale que sus pies se pegaban a la tierra, y se negaban a levantarse. ¡Animo! le gritaban algunas voces, pero ni una sola mano se tendía para aligerarle la carga.

Después, a medida que se iba acercando la hora fatal, la multitud disminuía en torno suyo, y el terror iba invadiendo los ánimos, a la vista de los soldados que recorrían las calles.

Apio avanzaba sin cesar; parecíale que las puertas de la ciudad se iban alejando a medida que él andaba; sus ojos se enturbiaban, su respiración era difícil, y no obstante sentía en su interior una voz que le gritaba “¡Anda!” Y andaba como empujado por una fuerza invencible, la de su voluntad y su cariño. Al fin sintió que iba a caer; a través de la nube que empañaba sus ojos miró y vió que no tenía que esperar ningún soco-

rró; tal vez le seguían ya la pista los asesinos. Las puertas de la ciudad sólo distaban ya cien pasos; entonces, haciendo un esfuerzo supremo echó de nuevo a correr, y corrió durante algún tiempo hasta que, al fin cayó sin conocimiento.

Cuando volvió en sí, el anciano Apio le estrechaba entre sus brazos. El joven vió detrás de sí la puerta de la ciudad, que había logrado pasar y respiró; por el momento su padre estaba libre.

—Bendito seas, hijo mío—decía el viejo,—por tu piedad para con tu padre; la nobleza de tu alma me consuela de todas las infamias cuya vista contrista mis últimos días.

Más tarde, cuando cesaron las proscripciones y el joven Apio volvió a Roma, el pueblo, recordando aquella tierna escena, le llevó en triunfo. Era éste un honor reservado a los generales victoriosos; pero su acción inspirada por la piedad filial, pareció más bella y más gloriosa que una victoria.

H. GUYAU.





### XXX

#### A UNA VIOLETA

Casta violeta que en la virgen selva  
naces modesta contemplando sólo  
negro pantano que la verde tuna  
pérfida viste.

Tú, que en lo interno del añoso bosque,  
te eximes cauta del comercio humano  
cual tierna esposa que en misterio vela  
célicos gustos.

Tú, que pretendes respirar intacta,  
y oculta siempre y solitaria verte,  
oye y perdona si mi canto rudo  
áspero suena.

Desde que supe conocer de flores  
y estéril lujo despreciar altivo,

tu cáliz tierno de rizadas hojas  
plácido admiro.

Viéndote siempre de mi arriate adorno,  
mi tierna madre contemplar creía,  
dulce matrona, como tú, violeta,  
púdica y grave.

¡Ay! Desde entonces si tu cáliz miro  
húmedos siento los nublados ojos,  
bajo la frente y sollozando vierto  
trémulo llanto.

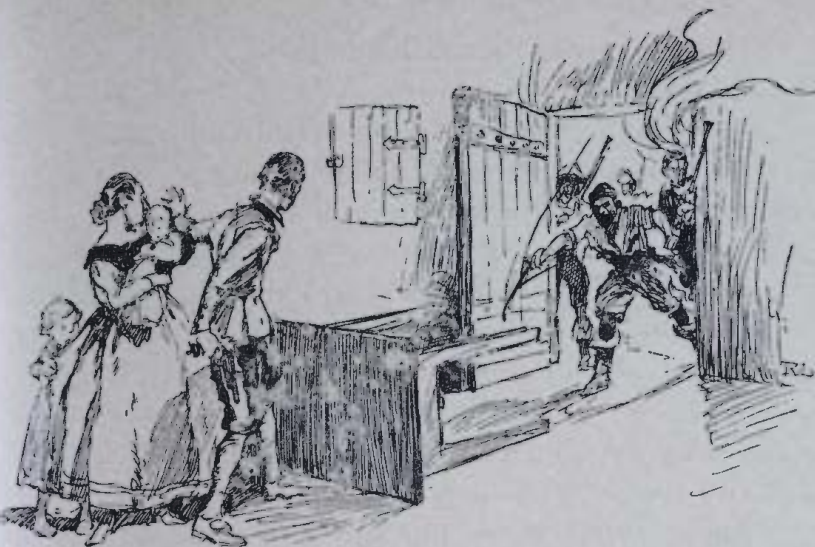
Por eso adoro tus violados pétalos,  
flor que en el centro de los bosques vives.  
Sólo al mirarte, de mis ojos brota  
lágrima pura...

Al cielo plegue que la amada mía  
a verte acuda, florecilla casta;  
puede que entonces el dolor que siento  
dúlcida calme.

¡Votos perdidos! En mi negra suerte  
tiemblo confuso, y como niño débil  
nunca le digo: "Por tus lindos ojos,  
bárbara, muero!"

Viola, si acaso entre sus dedos níveos  
oyes que aplaude tu perfume grato,  
di que, al mirarla, me estremezco todo,  
llámala ingrata.

JOAQUÍN L. LUACES.



### XXXI

## LOS CORSARIOS CUBANOS

Los ataques de los corsarios y de los piratas a las costas de Cuba durante el siglo xvii causaron inmensos daños a los pobladores de nuestro país.

Comenzaron dichos ataques un cuarto de siglo después de la conquista, arreciaron desde los comienzos del siglo xvii, y llegaron a su apogeo poco después de mediados de este último. Al empezar dicho siglo, España había perdido casi toda su marina, destruida guerreando contra Francia e Inglaterra. En el primer tercio del siglo citado, los holandeses acabaron de destruir el resto de los buques españoles. Un grave peligro se cernía sobre Cuba.

A fines de ese primer tercio del siglo xvii, toda la costa septentrional de la isla de Santo Domingo—las

primeras regiones pobladas por los españoles bajo el mando de Colón—habían quedado desiertas. Aprovechándose de esta circunstancia muchos aventureros, procedentes de Francia en su mayor parte, se instalaron en dichas costas y en las islas próximas. Los que residían en el litoral, merodeaban por el interior de la isla y cazaban reses, bien de las que se criaban salvajes en los montes, bien de las de los hatos y haciendas de los españoles que vivían en la parte central y meridional de la isla. La carne y los cueros de dichas reses, secos y salados, eran vendidos a los corsarios y a cuantos barcos tocaban en aquellas costas.

La industria de los que se establecieron en los islotes próximos era distinta. Su residencia principal era la isleta de la Tortuga, distante dos leguas de la costa de Santo Domingo.

El perímetro de dicha isleta mide unas veinte leguas y sus costas son tan escarpadas, que el interior de la isla sólo era accesible en aquella época por un pequeño puerto situado al sur. Formóse en dicha isla una colonia independiente de todo gobierno; los cultivos cubrieron las tierras altas del interior, y pronto se alzó un castillo para proteger su único puerto. No era la agricultura, sin embargo, la principal ocupación de aquellos colonos, sino el corso y la piratería. Excelentes marinos, audaces y valientes, recorrían los mares vecinos en unos barcos muy rápidos y de poco calado; asaltaban los buques que podían y desembarcaban en las costas mal defendidos, para robar y saquear las haciendas cercanas. Se les conocía con el nombre de filibusteros.

Los filibusteros de la Tortuga, dice un historiador español, “aunque con barcos miserables, la mayor parte sin cubierta, huyendo siempre de los buques españoles bien armados, acometían con resolución a los mercantes que andaban rezagados y parecían poco dispuestos a la resistencia. En los casos de penuria y hambre, que eran para ellos muy frecuentes, no hacían distinción ninguna de banderas. Caían sobre los indefensos de cualquier nación que hallasen, aunque fueran de la suya propia; pero sobre los de España en todo tiempo, sin distinción de caso o circunstancia”.

El odio de los filibusteros a los españoles se debía a varias causas. Eran las principales que los españoles, considerándose como legítimos dueños de las regiones ocupadas por los filibusteros, perseguían a éstos como usurpadores. Además los trataban como a bandidos y ahorcaban a todo el que lograban hacer prisionero. Como si estos motivos no bastasen, en 1638 el almirante español don Carlos Ibarra, al pasar cerca de la Tortuga en viaje de España a Cuba, hizo un desembarco en la islita, arrasó cultivos y caseríos y pasó a cuchillo a cuantos le opusieron resistencia. La mayor parte de los filibusteros estaba fuera; al regresar a su isla, el odio que ya tenían a los españoles se aumentó hasta lo indecible.

Cuba fué la víctima principal de ese odio. Sus extensísimas costas estaban indefensas, excepto la Habana; los filibusteros hacían en ellas constantes desembarcos, sembrando el terror y la desolación entre los infelices habitantes de las haciendas más inmediatas.

Los ataques de los corsarios, de los filibusteros y demás piratas, aumentaban de día en día a partir del comienzo del siglo XVII; pero no eran los españoles avecindados en Cuba ni los naturales de ésta, gente dispuesta a dejarse robar y matar impunemente. Casi abandonados a sus propios recursos, desde 1618 comenzaron a fabricar buques en un pequeño arsenal establecido por Alonso de Ferrera, a fin de dedicarlos al comercio, a la defensa de las costas y al corso. Al principio estos empeños tuvieron poco éxito, pero por el año de 1636 los corsarios cubanos comenzaron a hacerse notar, realizando algunas hazañas que les dieron renombre.

No obstante, el arsenal desapareció en 1640; el gobierno español no pagaba con regularidad los gastos.

En el citado año arreciaron en Cuba las persecuciones contra los extranjeros. La lucha contra los filibusteros aumentaba cada vez más y tomaba un carácter feroz. En la Habana había varios buques corsarios; pero los enemigos eran tantos, que dichos corsarios gracias que pudiesen defender las costas más inmediatas a la capital, de Mariel a Boca de Jaruco.

En 1660 los ingleses lograron conquistar a Jamaica y los franceses ocuparon una parte de Santo Domingo. Cuba se vió más asaltada que nunca por todos lados.

Los años de 1660 a 1670 fueron horribles, pero lejos de abatir a los pobladores de Cuba exaltaron su valor.

El gobernador Francisco Dávila, alentó a los vecinos de la Habana, Santiago y Trinidad; se armaron en corso quince barcos, y muchos buques ingleses fueron

asaltados y aprisionados. También se efectuaron frecuentes desembarcos en las costas de Jamaica; imparcialmente debe decirse que los corsarios cubanos cometieron las mismas fechorías que realizaban en nuestro país los extranjeros.

El gobernador Ledesma, sucesor de Dávila, continuó otorgando patentes de corso, cada vez en mayor número. Todos los corsarios cubanos luchaban a favor de España, pero había piratas cubanos, enemigos de los españoles. Un filibustero natural de Cuba, Diego Grillo, derrotó dos veces a las naves españolas. En una ocasión tomó al abordaje una fragata que hacía viajes entre la Habana y Campeche; en otra, venció cerca de Nuevitas a un navío y dos fragatas tripuladas por ciento cincuenta hombres que el gobernador Ledesma había enviado contra él. Apresados los buques, Grillo degolló, según el historiador Pezuela, a veinte prisioneros que resultaron ser peninsulares y puso a los demás en libertad.

Los corsarios de Cuba no se distinguían, en cuanto a las tropelías que llevaban a cabo, no ya de los corsarios extranjeros, sino de los mismos filibusteros. Como ejemplo, puede citarse el ataque de un corsario habanero llamado Blas Miguel Corso, contra un pueblo francés de la costa de Haití. Salió Corso de la Habana, con el propósito, según decía, de vengar a un hermano suyo que había sido muerto por un corsario nombrado Lorenzo Graff y conocido por *Lorencillo*. Este residía en el puerto haitiano de Petit Goave.

Corso llevaba una piragua y un barco mayor, tripulados por ochenta y cinco hombres escogidos y bien armados.

En la madrugada del 10 de agosto de 1687 desembarcó sin ruido acompañado de su gente, en el puerto citado. Muchas familias francesas habían formado allí una colonia, y construido un pueblo. La sorpresa del dormido vecindario fué completa, y Corso entró a saco y a degüello por el caserío. El gobernador del pueblecito fué muerto de un tiro al saltar del lecho para defenderse; su esposa, que estaba encinta, también recibió la muerte allí mismo. “Los pocos franceses que intentaron resistirse fueron degollados—dice un historiador español—y ni domicilio quedó que respetaran los iracundos invasores.” A pesar del buen éxito de los primeros momentos, la expedición terminó en un desastre. Corso quiso cargar en sus barcos cuanto había de valor, y llevarse varias docenas de mujeres que había apresado, entre blancas, mulatas y mestizas de indio. Con la demora dió lugar a que recobrados los franceses y auxiliados por los de las estancias vecinas, cargaran sobre él. Seguido de veinte compañeros, logró refugiarse en sus barcos y escapar a toda vela; de los demás, los que no fueron muertos quedaron prisioneros en poder de los vecinos, quienes los ajusticiaron a todos, sin perdonar uno solo.

Tanto el gobernador francés de Haití, como el inglés de Jamaica, se quejaron repetidas veces a los gobernadores de Cuba, de las atrocidades que realizaban los corsarios cubanos, a veces en plena paz; pero las quejas no recibían la menor atención. Al fin, los

gobiernos de España, Francia e Inglaterra, comenzaron a pensar que para la seguridad de sus respectivas posesiones en las Antillas, y la eficaz protección de las vidas y haciendas de sus súbditos, era menester acabar con la piratería y el filibusterismo, así como mantener la guerra cuando la hubiera, dentro de ciertos límites de respeto al adversario y a los no combatientes.

En los últimos años del siglo xvii muchos filibusteros entraron como soldados regulares al servicio de Francia, abandonando sus antiguas prácticas; los que persistieron en su vida irregular, fueron destruidos por una escuadra inglesa mandada por lord Neville. Las luchas marítimas continuaron entre españoles, ingleses y franceses durante el siglo xviii, pero tuvieron un carácter más humano. Siempre siguieron registrándose algunos hechos criminales de una parte y otra, pero cada vez en menor número.

No hay duda de que los corsarios cubanos realizaron a veces crímenes tan reprobables como los de los demás países; pero es menester reconocer también que gracias a ellos las otras naciones comenzaron a caer en la cuenta de que la guerra marítima, tal como se hacía en las Antillas y especialmente contra Cuba, era inhumana y horrible. Mientras sólo nosotros la sufrimos, no lo habían echado de ver.





## XXXII

### EL RIO

A media vertiente de la montaña, cubierta de frondoso bosque, el sendero, que serpentea entre matorrales, se vuelve de pronto más elástico; siéntese ceder bajo los pies la húmeda alfombra de hojas secas del último otoño; estamos casi en los lindes del bosque imponente y silencioso y hemos dejado arriba los parajes áridos que sólo adorna la diminuta flor del brezo. ¡Qué súbita frescura al entrar en el soto de un verde tierno y alegre! A la sombra del ramaje entrelazado, la mala hierba alcanza mayor altura; el césped es más obscuro, más apretado y más suave al tacto; de vez

en cuando encontramos la mancha amarillenta de algunos grandes hongos... y arriba, entre el follaje, qué trinos, qué gorjeos y qué incesante batir de alas! De seguro que el agua no está lejos.

¡Chis! Acaba de ocultarse el sol tras una nube y han callado de pronto los pinzones. ¿No oís este murmullo fresco y juguetón? Internémonos en la espesura. Cuidad de no tropezar con la cabeza en las ramas bajas, ni de dar un resbalón sobre el suelo esponjoso. ¿Veis junto a esa roca verduzca algunos berros temblorosos, y un poco más abajo esa cinta plateada, que ondula y corre como eulebra fugitiva? Pues allí está la fuente, el puro y cristalino manantial.

Dentro de algunos días, esta agua límpida y fresca que bebemos ahora en el hueco de la mano, con la deliciosa sensación de beber un poco de inocencia, llegará al mar y se mezclará con las ondas turbias y revueltas del anchuroso estuario; resbalará contra las grandes boyas pintadas de rojo y azotará con menudo chapoteo la popa de los enormes buques de carga, fondeados en la ría.

¡Cuán pura es en su origen esta corriente que luego vemos llegar sucia y corrompida a la orilla del mar, después de un largo viaje! Es la historia del candor. ¿Quién no ha sentido, durante alguna correría campes- tre, después de apagar la sed en la cristalina fuente del bosque, el encanto misterioso de su murmullo juguetón que trae al alma una ilusión de infancia y de virginidad? ↗

Al descender por la vertiente, en su fuga de reptil por entre la hierba, el arroyuelo recoge el caudal de

otros y de algunos ocultos manantiales, y crece y se ensancha. Vedle ahí describiendo una curva armoniosa en el fondo de un valle. ¡Qué débil es todavía el riachuelo! Basta una tabla para franquearle; las sequías estivales no dejan en su cauce más que piedras y cieno. Pero no importa; otros caudales subterráneos se le incorporan al atravesar el fértil llano de las praderas. Ya crecen los sauces en sus orillas, formando una doble fila de viejos troncos, vestidos de pálido follaje. Tal vez alguna vaca que pasta en la ribera, entra con desgarrado y lento paso en la corriente; y, después de beber levanta el hocico chorreando agua y contempla el horizonte con cierto aire de interrogación misteriosa.

Algunas leguas más abajo, gracias a varios afluentes que se precipitan en su cauce, el arroyo empieza a ser un río, con nombre propio en la Geografía, nombre ilustre que conservará hasta el fin de su curso, cuando haya de resistir al peso de los grandes navíos y las embestidas de la pleamar. Mas ahora es todavía un río adolescente, que los viejos puentes de piedra salvan con un solo arco, y que conserva aun su gracia campestre. Deslízase con lentitud por entre olmos y choperas de tembloroso follaje, y sobre su tranquila y sombría superficie resbala la imagen azulada del martín pescador que le cruza volando. Al llegar la primavera empieza en sus frondosas orillas un concierto interminable; las libélulas azuladas, al agruparse sobre las cañas, parecen la escritura de la gran sinfonía que ejecutan los músicos alados.

El joven río, apenas navegable aun, corre solitario. A lo sumo se divisa, en un bote amarrado al tronco de algún árbol, una barba gris bajo las anchas alas de un sombrero de paja, una larga caña de pesca, y en el extremo del sedal un flotador de corcho, que se mece suavemente junto a las grandes hojas de los nenúfares.

El río va creciendo, y su caudal, cada vez más abundante, empieza a prestar grandes servicios a los hombres. Cuando pasa cerca de algún pueblo oye la charla de las lavanderas, su risa alborotada y el rítmico golpeteo de los batidores sobre la ropa. El río pasa, llevándose por efímero recuerdo algunas matizadas burbujas de jabón. Sus primeras obras conservan un carácter inocente y pastoril; así, al llegar al molino, el río se alborozaba, se precipita alegremente entre las ruedas que giran a su empuje, y cae luego en bulliciosa cascada, deleitándose en balancear sobre sus ondas, agitadas por un momento después de la caída, graciosas escuadrillas de ánades y cisnes.

Después de bordear un collado, recibe su primer afluente de importancia; duplica en adelante su anchura y profundidad y se hace navegable para las grandes barcas. Siguiendo la ruta trazada en la orilla, sombreada por temblorosos álamos, los caballos de sirga arrastran río arriba las chalanas vacías; y en las pinazas cargadas, que la corriente misma lleva a su destino, río abajo, cantan los barqueros desocupados. El río avanza describiendo graciosas curvas; ora corre encerrado entre laderas plantadas de viñedos, ora se detiene a tomar aliento y forma un gran remanso cubierto de cañas y juncos. Agrúpanse los pueblos a lo

largo de sus fecundas riberas, y los campanarios, tranquilos como viejos patriarcas, le miran pasar y perderse en lontananza.

Y sigue avanzando. Engrosa su caudal con el tributo de nuevos ríos; luego recibe las aguas cautivas de un canal, y avanza sin cesar, atravesando ciudades ilustres, cubriéndose de pontones y de toda clase de barcos, y parece correr con más impetuosidad, como orgulloso de bañar muros históricos. Con un sordo



rumor pasa por debajo de los arcos sonoros de los grandes puentes y luego, más tranquilo, por entre los malecones llenos de gente y tráfico comercial, refleja temblando las caladas agujas y las torres de las viejas catedrales.

Lánzase de nuevo a la campiña y copia como un espejo todas las magias y hechizos del cielo. Los rayos

del sol de julio le dan un centelleo deslumbrador; la aurora le cubre de flores; el sol poniente derrama sobre sus ondas una lluvia de topacios y rubíes, y en las noches serenas parece soñar, bañado por los pálidos rayos de la luna.

El río ha llegado a la plenitud de su fuerza y majestad; pero, ¿en qué ha parado la límpida pureza de su origen? Desde el primer lavadero que ensució sus ondas, cada contacto con los hombres le ha ido manchando más y más. ¡Cuántos sumideros han vomitado en sus ondas torrentes de cieno y de inmundicias! Las fábricas que levantan junto a la orilla sus altas y rojizas chimeneas de ladrillo, no han dejado por un momento de envenenar y ennegrecer sus aguas. En el fondo de su cauce el pobre río ha reconocido las huellas de crímenes, cometidos siglos atrás, al remover entre el cieno algunas viejas monedas de oro, joyas antiguas, armas oxidadas... Con frecuencia, por la noche, desde algún puente solitario, un infeliz ha buscado la muerte en sus negras profundidades; o desde el malecón desierto, un asesino ha sepultado en ellas el cadáver de su víctima. De vez en cuando el río siente náuseas y arroja sobre las hierbas de la orilla algunos restos repugnantes y putrefactos. Pero todo inútil: está ya inficionado para siempre y, semejante a la conciencia de un bandido, lleva en sus aguas, con algunos tesoros perdidos o ignorados, innumerables impurezas, vergüenzas, lágrimas y crímenes.

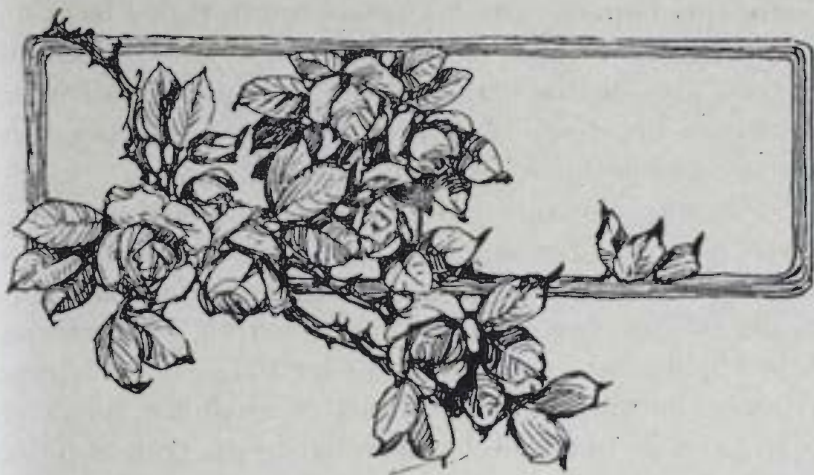
El río llega finalmente al término de su carrera. Ya está en el ancho estuario, tan vasto, que los grandes transatlánticos que han dado la vuelta al mundo, los

navíos que han surcado las aguas ecuatoriales bajo un cielo inflamado y los que han roto con su proa los hielos polares, los esbeltos bergantines, los rápidos steamers, todos parecen, desde la opuesta orilla, frágiles conchas guarnecidas de hilos de araña.

Pasemos adelante y dejemos atrás la última boya. Sobre la costa gris apenas divisamos las diminutas torrecillas blancas de los faros. La enorme masa líquida, periódicamente repelida por la marea, se encrespa en la superficie, como erizando irritada su cabellera, y luego, con empuje irresistible, se abalanza hacia el océano con la impetuosa velocidad de un tren rápido. En alta mar, de donde el viento trae un confuso clamoreo, parecen las grandes olas con su melena espumosa, que cierran el brumoso horizonte; grandes gaviotas se ciernen sobre la superficie, lanzando agudos chillidos, presagios de muerte para el río, que se confunde de una vez con el inmenso mar siempre insaciable.

FRANCISCO COPPEE.





### XXXIII

#### LA GOTA DE ROCIO

¡Cuán bella en la pluma sedosa de un ave,  
O en pétalo suave  
De nítida flor!

Titila en las noches serenas de estío  
La diáfana gota de leve rocío  
Cual vívida estrella de un cielo de amor!

El álamo verde que el aura enamora,  
El sauce que llora,  
El verde palmar,  
El mango sombroso, la ceiba sonante,  
Cual fúlgido rayo de níveo brillante,  
La ven en sus hojas inquietas temblar.

Resbala entre rosas tan rápida y leve,  
Tan frágil y breve,  
Tan blanca y sutil,  
Cual son de la vida los sueños de amores,  
Y el beso de almíbar que, en copa de flores,  
Nos brinda gozosa la edad infantil.

Acaso de un ángel la lágrima sea  
Que amor centellea  
Con luz celestial,  
La gota de aljófar de un niño que llora,  
La perla más blanca que vierte la aurora  
Y lleva en sus alas el suave terral.

Sonando ternezas gallarda hermosura  
El cáliz apura  
De aromas y miel;  
Y el lago sus ondas azules levanta,  
El cisne se queja de amores y canta,  
Y todo en la tierra respira placer.

¡Oh noche! ¡Oh misterio de eterna armonía!  
¡Oh dulce poesía  
De sueño y de paz!  
¡Poemas de sombras, de nubes y estrellas,  
De rayos de oro, de imágenes bellas,  
Suspenso entre el cielo, la tierra y el mar!

¡Oh, cómo gozoso en las noches de mayo,  
Al trémulo rayo,  
De luna gentil,

Sentado en el tronco de un sauce sombrío  
Tras gota apacible de suave rocío,  
Pensé de mi madre, las huellas seguir!

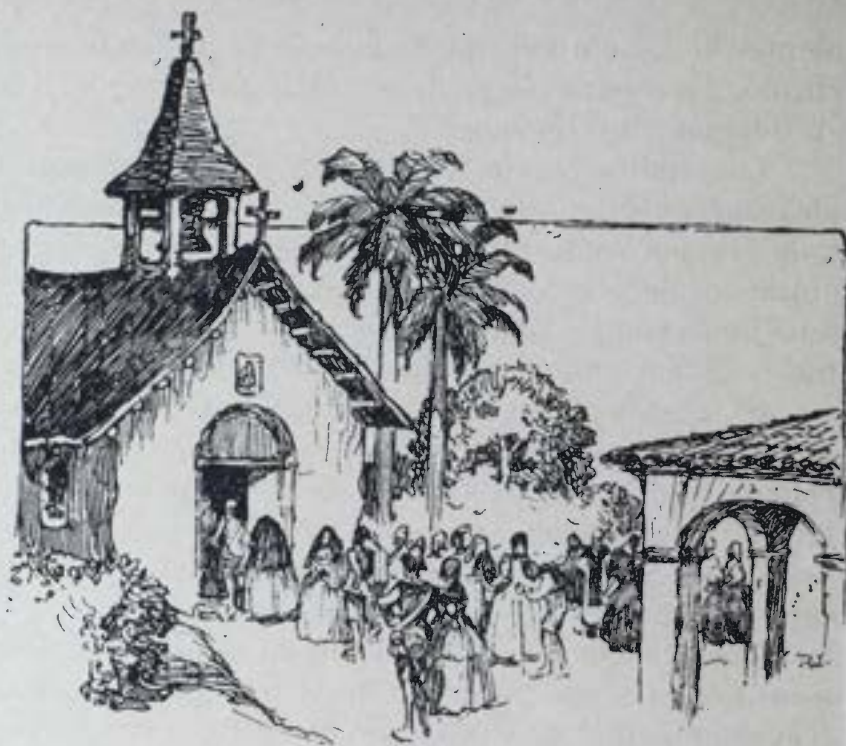
Y allí de mis versos, en paz deleitosa,  
Mis hijos, mi esposa,  
Mis libros y Dios,  
He visto las horas rodar sin medida,  
Cual rueda esa perla del cielo caída,  
Temblando en el cáliz de tímida flor.

Feliz, si, muriendo, mis tristes miradas  
De llanto bañadas  
Se fijan en ti!  
; Feliz si mi lira brillante y sonora,  
Cual cisne amoroso, en voz gemidora  
Su queja postrera te ofrece al morir!...

Tú, al menos, podrá en gélida losa  
Con luz misteriosa  
Mi nombre alumbrar;  
Y el ave sedienta verá con ternura  
De un pobre poeta la lágrima pura  
Allí sobre el mármol tranquila brillar.

RAFAEL M<sup>a</sup> MENDIVE.





XXXIV

### **POBLACION DE CUBA DURANTE LOS SIGLOS XVI Y XVII**

Cuando Cristóbal Colón arribó por primera vez a las costas de Cuba, el 27 de octubre de 1492, nuestra patria estaba habitada por hombres pertenecientes a la raza cobriza o americana. Las noticias que se tienen acerca del origen o procedencia de estos hombres son muy vagas e inciertas. Parece un hecho fuera de toda duda, que hubo una época en la cual Cuba estuvo unida a la América Central y del Sur. En tal caso, es probable que los indios que había en Cuba fueran descen-

dientes de los antiguos pobladores del continente americano. La separación de unos y otros debió producirse en tiempos muy remotos.

Los indios de la América Central llegaron a alcanzar un grado de civilización, superior por sobre toda comparación, al de los siboneyes. Estos, según opiniones de personas muy autorizadas, tenían mucha semejanza con los indios *arauacos*, que habitaban ciertas regiones septentrionales de la América del Sur.

Si tocante al origen o procedencia de los siboneyes no se tienen datos ciertos y verídicos, otro tanto ocurre respecto a la cifra a que se elevaban dichos indios en la época en que don Diego Velázquez desembarcó en las costas de Cuba con la mira de conquistarla.

Los cálculos más elevados hacen subir dicha cifra a un millón, o sea poco más de la tercera parte de la población actual de Cuba (año de 1918); pero es muy probable que no pasaran de cien mil, número que es aproximadamente igual a la mitad de los habitantes de la provincia de Camagüey, según los últimos datos estadísticos. Cuba estaba en 1511 casi toda cubierta de bosques; el área cultivada era muy escasa; no existían ganados y no se importaban artículos de consumo. Por consiguiente es muy difícil pensar que la agricultura y la pesca, tal como practicaban estas artes los siboneyes, produjeran lo necesario para nutrir a más de cien mil personas.

A partir de la conquista de Cuba por los españoles, la población indígena disminuyó con mucha rapidez. Don Diego Velázquez distribuyó en encomiendas,

forma disimulada de esclavitud, unos quince mil indios o poco más. Gran número de los indios encomendados murieron al poco tiempo a causa de los penosos trabajos a que fueron sometidos; muchos se suicidaron o se fugaron a las tierras vecinas; no pocos se sublevaron y fueron muertos por los españoles, pero quizás la cifra



más considerable de los desaparecidos, estuviera representada por los que fallecieron de viruelas, dolencia importada por los nuevos pobladores. Otra causa de disminución de la población india, fué que como los españoles no trajeron mujeres la mayor parte de ellos se casaron con indias, y los indios tuvieron que que-

darse solteros. Once años después de la conquista se calculaba que había unos *cinco mil* indios; algo más tarde, en 1544, dicha cifra se había reducido a *dos mil*. Es probable que estos cálculos se refieran sólo a indios capaces de trabajar, y que, por tanto, el número total, contando niños, ancianos y mujeres, fuera cuatro o cinco veces mayor. Sin embargo, hemos de repetir que todos estos cálculos se reducen a meras conjeturas.

La población blanca primitiva estuvo constituida en un principio por los trescientos españoles que desembarcaron con Velázquez. Esta cifra se aumentó pronto con otros españoles que vinieron a establecerse en Cuba procedentes de las colonias que aquéllos habían fundado en Santo Domingo, Jamaica y Darien, cerca del istmo de Panamá. De España también deben haber llegado otros directamente, porque los reyes concedieron durante algún tiempo importantes ventajas a los que vinieran a poblar a Cuba. La población blanca debió alcanzar su cifra más alta en la primera mitad del siglo *xvi*, del 1518 al 1524.

En esos años debió subir a cerca de tres mil españoles. Entre éstos había poquísimas mujeres, un número casi insignificante. La inmensa mayoría de los peninsulares que se quedaron para siempre en Cuba, tuvieron mujeres indias. La población blanca disminuyó con la misma rapidez con que había aumentado, debido a que miles de vecinos se marcharon de Cuba en varias expediciones organizadas con el propósito de descubrir y conquistar tierras vecinas. Más tarde, otros muchos se fueron a establecer a Méjico y al Perú. La disminución de la cifra de los habitantes blancos

fué tan considerable, que cuarenta o cuarenta y cinco años después del desembarco de Velázquez, los vecinos blancos no llegaban a trescientos.

Casi a mediados del siglo xvi Baracoa estaba habitada por trece familias blancas; Bayamo tenía cien vecinos entre blancos, indios y negros; Sancti-Spíritus diez y ocho blancos y ciento veintidós entre indios y negros; Trinidad doce familias blancas, y la Habana poco más de ciento cincuenta blancos, incluyendo hombres, mujeres y niños.

Durante la primera mitad del siglo xvi comenzó también la introducción de negros en nuestro país, la que fué aumentando progresivamente.

En el 1544 su número debió llegar a 700 aproximadamente.

Resumiendo, puede calcularse que cuarenta y cinco o cincuenta años después de comenzada la conquista, la población de Cuba se componía de unas *dos mil* personas distribuidas en la forma siguiente:

|                              |       |
|------------------------------|-------|
| Habitantes blancos . . . . . | 300   |
| „ indios. . . . .            | 1,000 |
| „ negros . . . . .           | 700   |
| TOTAL. . . . .               | 2,000 |

A partir de la segunda mitad del siglo xvi Cuba vió aumentar con relativa rapidez el número de sus vecinos blancos y negros.

En 1609 un gobernador de Cuba llamado don Gaspar Ruiz de Pereda calculó que la isla tenía 20,000 habitantes, más bien más que menos. Por esa época la Habana había adquirido ya gran importancia, pues

contaba con diez mil habitantes entre los que vivían en la ciudad y su jurisdicción, que era extensísima. Este número de vecinos es igual aproximadamente al que tiene en la actualidad (1919) el término municipal de Aguacate. La otra ciudad más populosa era Bayamo, con más de mil habitantes. El tercer lugar lo ocupaba Trinidad.

En la primera mitad del siglo no se fundó ningún nuevo pueblo; seguían existiendo sólo los fundados durante el mando de don Diego Velázquez.

Al comenzar el siglo xvii existían dos pueblos más: El Cobre y Guanabacoa; este último formado por indios, casi exclusivamente.

Además, en Matanzas, Batabanó, Mariel, Bahía Honda, Guane y otros lugares, había grupos de bohíos, primer indicio de las poblaciones que más tarde habían de formarse. Los habitantes de las poblaciones y caseríos no eran los únicos que había en Cuba. Muchos vivían en haciendas, hatos y estancias, diseminándose por todo el territorio; criaban ganado y cultivaban frutos menores, puesto que aun no se había difundido el cultivo de la caña ni el del tabaco.

De los veinte mil habitantes con que contaba Cuba en 1609 es probable que la mayoría fueran blancos o mestizos de blanco e indio.

Desde el año 1600 al de 1700 la población de Cuba creció con mucha lentitud. No hay datos ciertos sobre el número de habitantes que tenía la isla en los últimos años del siglo xvii; pero según los cálculos más dignos de crédito que se conocen, nuestra patria contaba entonces con algo más de 50,000 pobladores. La Ha-

habana tenía cerca de 30,000; Bayamo 5,000 ó 6,000 y Puerto Príncipe 2,700. Casi al terminar el siglo se fundaron dos nuevas poblaciones importantes: Matanzas y Villa Clara, así como otro pueblo indio, San Luis del Caney. De modo que los pueblos eran trece en total, a saber: Habana, Santiago de Cuba, El Cobre, Bayamo, El Caney, Baracoa, Puerto Príncipe, Sancti-Spíritus, Trinidad, Villa Clara, Remedios, Matanzas y Guanabacoa.

Además existían iglesias parroquiales en muchos lugares del interior, lo cual indica que la población rural era numerosa, en lugares donde aun no existían pueblos.

Las principales ocupaciones de los vecinos durante el siglo eran criar ganado, cortar maderas, fabricar azúcar y cultivar frutos menores y tabaco.

Durante todo el siglo, los cubanos vivieron en lucha constante contra los corsarios y los piratas, los cuales ocasionaban terribles daños en las poblaciones y en las haciendas situadas cerca de las costas.





XXXV

## EL AGRICULTOR Y LA TIERRA

El cultivador es un hombre que trata de obtener —pudiéramos decir, *de fabricar*, para hacer más clara la idea—diversos productos naturales: una cierta cantidad de maíz, de naranjas, de boniatos, de hojas de tabaco, etc.

Para fabricar esos productos él cuenta con *dos máquinas* muy delicadas y de muy difícil manejo: la tierra y la planta. La primera proporciona los mate-

riales de que se hacen las mazorcas de maíz, las naranjas, los boniatos y las hojas de tabaco; la segunda, la planta, elabora esos materiales hasta producir el fruto apetecido.

Si el cultivador no conoce esas dos máquinas con las cuales cuenta para elaborar el producto que él desea, si no tiene idea de cómo trabajan, está expuesto a malgastar el tiempo y el esfuerzo que emplea en hacer algo que él ignora cómo se hace.

Hemos dicho que de las dos máquinas citadas, la primera, la tierra, proporciona los materiales con que se elaboran los frutos. Así es en efecto. Si un químico toma una cantidad de granos de maíz, de naranjas, de boniatos o de hojas de tabaco, y separa una por una todas las substancias de que se componen, hallará que son materias minerales de las que existen en el terreno, del cual fueron tomadas por la planta.

No hay duda, pues, de que el terreno proporciona la materia prima de que se elaboran todos los productos citados.

Antiguamente se creía que la tierra no era *una fábrica* de materiales para producir frutos, sino un almacén de depósito nada más. La materia prima no *se fabricaba* en el terreno; estaba depositada allí simplemente. Se sembraba una planta en aquel terreno, y éste iba tomando del depósito los materiales que necesitaba; si los cultivadores veían que la planta no prosperaba donde era sembrada, entendían que el almacén no contaba con artículos de los que hacían falta a la planta. El remedio a que se acudía era el de

sembrar la planta en cuestión en otro lugar distinto. Los agricultores abandonaban las tierras improductivas, comparables a almacenes vacíos, y se marchaban a otras partes donde los depósitos estuvieran repletos.

Más tarde, algunos cultivadores inteligentes pensaron que podían evitarse los grandes trastornos de tener que trasladarse de unas tierras a otras, averiguando qué artículos se habían agotado en *el almacén de la tierra* y reponiéndolos en la cantidad que necesitase la planta que se proponían cultivar. Fué esta una gran idea sin duda. Se estudió qué materias consumía cada planta, se aprendió a analizar el terreno a fin de ver lo que faltaba en él, y se buscó y se trajo todo aquello que parecía escasear en el almacén.

A estas substancias que se traían y se mezclaban con la tierra se les dió el nombre de *abonos*. Su empleo marca un paso muy importante en los progresos de la agricultura. Sin embargo el uso de los abonos no ha dado ni da resultados tan decisivos como podía esperarse, si la tierra no fuese un simple depósito o almacén de los materiales que la planta necesita para elaborar sus frutos. Algunos sabios han descubierto que en los terrenos que parecen más agotados, *en los almacenes más vacíos*, existen siempre todos los materiales que las plantas han menester para su trabajo, en cantidades enormes, inmensamente más grandes que las requeridas por la planta más exigente. Lo del *almacén vacío* parece ser un error de los antiguos. ¿A qué se debe, pues, la fertilidad de las tierras?

riales de que se hacen las mazorcas de maíz, las naranjas, los boniatos y las hojas de tabaco; la segunda, la planta, elabora esos materiales hasta producir el fruto apetecido.

Si el cultivador no conoce esas dos máquinas con las cuales cuenta para elaborar el producto que él desea, si no tiene idea de cómo trabajan, está expuesto a malgastar el tiempo y el esfuerzo que emplea en hacer algo que él ignora cómo se hace.

Hemos dicho que de las dos máquinas citadas, la primera, la tierra, proporciona los materiales con que se elaboran los frutos. Así es en efecto. Si un químico toma una cantidad de granos de maíz, de naranjas, de boniatos o de hojas de tabaco, y separa una por una todas las substancias de que se componen, hallará que son materias minerales de las que existen en el terreno, del cual fueron tomadas por la planta.

No hay duda, pues, de que el terreno proporciona la materia prima de que se elaboran todos los productos citados.

Antiguamente se creía que la tierra no era una *fábrica* de materiales para producir frutos, sino un almacén de depósito nada más. La materia prima no *se fabricaba* en el terreno; estaba depositada allí simplemente. Se sembraba una planta en aquel terreno, y éste iba tomando del depósito los materiales que necesitaba; si los cultivadores veían que la planta no prosperaba donde era sembrada, entendían que el almacén no contaba con artículos de los que hacían falta a la planta. El remedio a que se acudía era el de

sembrar la planta en cuestión en otro lugar distinto. Los agricultores abandonaban las tierras improductivas, comparables a almacenes vacíos, y se marchaban a otras partes donde los depósitos estuvieran repletos.

Más tarde, algunos cultivadores inteligentes pensaron que podían evitarse los grandes trastornos de tener que trasladarse de unas tierras a otras, averiguando qué artículos se habían agotado en *el almacén de la tierra* y reponiéndolos en la cantidad que necesitase la planta que se proponían cultivar. Fué esta una gran idea sin duda. Se estudió qué materias consumía cada planta, se aprendió a analizar el terreno a fin de ver lo que faltaba en él, y se buscó y se trajo todo aquello que parecía escasear en el almacén.

A estas substancias que se traían y se mezclaban con la tierra se les dió el nombre de *abonos*. Su empleo marca un paso muy importante en los progresos de la agricultura. Sin embargo el uso de los abonos no ha dado ni da resultados tan decisivos como podía esperarse, si la tierra no fuese un simple depósito o almacén de los materiales que la planta necesita para elaborar sus frutos. Algunos sabios han descubierto que en los terrenos que parecen más agotados, *en los almacenes más vacíos*, existen siempre todos los materiales que las plantas han menester para su trabajo, en cantidades enormes, inmensamente más grandes que las requeridas por la planta más exigente. Lo del *almacén vacío* parece ser un error de los antiguos. ¿A qué se debe, pues, la fertilidad de las tierras?

Algunos sabios creen haber descubierto el secreto del problema de que tratamos. La tierra, dicen, no es un simple almacén de materiales; no es un montón inerte de sustancias minerales, no. La tierra es una cosa *viva*; es un taller, un fábrica, donde se trabaja sin descanso noche y día. En ese suelo que pisas y que te parece muerto, inanimado, pulula y palpita la vida, en formas mal conocidas aún hasta por los más sabios. Sí, la tierra es como un gran organismo vivo, como una fábrica inmensa donde se trabaja activa y febrilmente.

El calor, el agua, mil y mil pequeñísimos seres que en el suelo se encuentran, son los obreros infatigables que noche y día están combinando unas con otras las sustancias minerales que en la tierra se hallan, a fin de ofrecerlas a la planta en la forma en que ésta las necesita. Su trabajo no se limita sólo a esto, tienen que realizar también una labor destructiva de ciertas sustancias dañosas para las plantas. Así como las personas al respirar exhalan gases que son perjudiciales para la salud cuando se acumulan en gran cantidad, parece cierto que las plantas van soltando también en el suelo materias que las enferman cuando se hallan en abundancia. Es menester asimismo *limpiar* el suelo de esos materiales de deshecho.

Este trabajo se realiza en el terreno de muy diversas maneras, las cuales comienzan a estudiar ahora los sabios.

El trabajo incesante de esa tierra viviente, que prepara los materiales para que la planta elabore a su vez el fruto que brinda al hombre, se realiza de una

manera diferente en cada pedazo de terreno. El cultivador necesita conocer las condiciones generales *de la vida* de la tierra de labor; pero es menester que conozca, además, las condiciones particulares *de la vida* de aquella parte en la cual él va a trabajar. Este conocimiento no puede llegar a adquirirlo sino observando el desarrollo de sus cultivos, practicando experiencias, tomando apunte de todo cambio favorable o adverso que note en sus sembrados y tratando de inquirir la causa del mismo. Así, mediante una práctica asidua e inteligente, irá conociendo mejor esa tierra *viva y caliente*, que trabaja con ardor para hacer germinar la simiente depositada en su seno, nutrir la planta que de ella nace y ofrecer a ésta cuantos materiales requiere, a fin de que pueda a su vez ofrecer al hombre el fruto rico y abundante a que se haga acreedor por su esfuerzo, su inteligencia y su perseverancia.





### XXXVI

## LA SUBLEVACION DE LOS VEGUEROS

El tabaco es una planta indígena de Cuba. Los siboneyes lo cultivaban para fumarlo y lo empleaban también como un medicamento para curar diversas enfermedades. Los primeros europeos que vinieron a América lo dieron a conocer en Europa y al cabo de algunos años el uso del tabaco se generalizó en el Viejo Mundo, llegándose a consumir en cantidades considerables. Es curioso el hecho de que en Cuba, cuyo tabaco goza de fama mundial y se considera como el mejor de la tierra, no se comenzara a cultivar esta planta en grande escala hasta más de cien años después de conquistada la isla por don Diego Velázquez. Las localidades donde empezó a cultivarse en mayor

cantidad fueron Trinidad, Sancti-Spíritus y algunas otras del sur del territorio que hoy forma la provincia de Santa Clara. Más tarde las siembras se multiplicaban en los alrededores de la ciudad de la Habana. El tabaco que se cultivaba en el siglo xvi se empleaba en el consumo de la isla o se vendía de contrabando.

Las primeras ventas importantes de tabaco las hizo en el año de 1629 el gobernador don Lorenzo de Cabrera. Era el gobernador un hombre de carácter adusto, violento y autoritario. Le faltaba el brazo izquierdo y tenía el rostro lleno de cicatrices. Su ronca voz y sus rudos ademanes eran imponentes. Tenía grandísima afición al dinero y el lujo; todos los procedimientos le parecían buenos para hacerse rico; sostenía casas de juego en la Habana, y acudía a otros medios no menos reprobables para aumentar su fortuna. El primer carruaje que se vió en la Habana fué importado por él, que lo utilizaba para pasear ostentosamente por las calles de la población.

El comercio del tabaco estaba regulado por disposiciones, según las cuales se debía enviar a Sevilla todo el que sobraba del consumo, para ser vendido por cuenta del gobierno español; pero Cabrera, prescindiendo de lo dispuesto, envió cargamentos de tabaco a las islas Canarias, obteniendo enormes ganancias. Las que otros también lograban sembrando y vendiendo tabaco, dieron algún impulso al cultivo de éste, y en el 1659, siendo gobernador don Juan de Salamanca, se dictó una disposición por la cual se permitía sembrarlo en las tierras incultas de las haciendas dadas en usufructo. Los vegueros debían pagar una corta

renta a los usufructuarios de dichas haciendas. Estas disposiciones hicieron que las siembras tomaran un mayor incremento. Cincuenta años después, las vegas se habían multiplicado y constituían una importante fuente de riqueza para Cuba.

Pero entonces comenzaron las calamidades de los vegueros.

El gobierno de España se había dado cuenta de las riquezas que algunos comerciantes de tabaco lograban acumular en poco tiempo, y como estaba escaso de recursos, resolvió acaparar todas las ganancias que el comercio del tabaco producía. De acuerdo con esta idea el gobernador don Laureano de Torres, que vino el 1698, trajo el encargo de comprar todo el tabaco que pudiera y enviarlo a España para venderlo por cuenta del gobierno. Así lo hizo durante varios años.

Los vegueros hicieron muy buenos negocios al principio, porque los comerciantes que vendían tabaco de contrabando les ofrecían buenos precios a fin de que no se lo vendieran al gobierno; pero esta competencia duró poco tiempo.

El año 1716 llegó otro gobernador, don Vicente Raja, que traía nuevas instrucciones relativas a la compra del tabaco. Se dispuso que los vegueros no pudiesen vender el que sembraban sino al gobierno, al precio que fijaran los funcionarios de éste; y a fin de evitar el contrabando, se nombraron inspectores que fueron por las vegas tomando nota de la cantidad que cada veguero sembraba. Tanto los comerciantes de tabaco como los vegueros recibieron estas disposiciones con profundo disgusto. Los primeros veían desaparecer

el negocio a que estaban dedicados; los segundos comprendían que siendo el gobierno el único comprador y el que fijaba los precios, les pagaría lo que quisiese. Toda probabilidad de ganancia dependería exclusivamente de la voluntad o el capricho de los funcionarios, a los cuales quedaban sometidos los cultivadores.

Así, pues, comerciantes y vegueros resolvieron oponerse a lo dispuesto, y comenzaron a agitarse para conseguir la derogación de órdenes tan perjudiciales para sus intereses. En Trinidad los vegueros se negaron a llevar su tabaco a la población; y en la jurisdicción de la Habana fueron más decididos, pues resolvieron oponerse con las armas en la mano al cumplimiento de lo ordenado por el gobernador.

Tratóse de apaciguar a los quejosos con diversas promesas, pero cuando al poco tiempo arribaron a la Habana varios barcos para cargar tabaco por cuenta del gobierno, los vegueros resolvieron proceder con la mayor energía. Armados como mejor les fué posible, se reunieron en las cercanías de la Habana más de 500 hombres, y ocuparon los caminos que conducían a la ciudad. El gobernador los amenazó con severísimos castigos por desacatar las órdenes del rey y atentar contra la autoridad; pero los indignados vegueros, contando con las simpatías del vecindario y con que era escasa la guarnición de la ciudad, penetraron en ésta durante la noche del 22 de agosto.

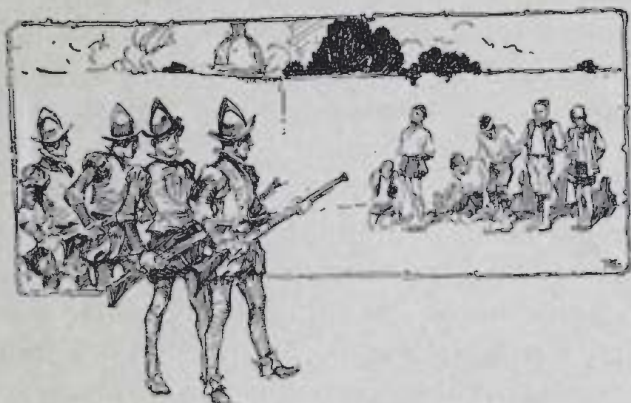
Los vecinos los recibieron con grandes vivas y aclamaciones.

El gobernador se encerró con las tropas en los castillos, y los sublevados sitiaron éstos, impidiendo cui-

dadosamente que nadie pudiera introducir víveres en los mismos. Celebráronse varias juntas para tratar de llegar a una arreglo; pero los vegueros se mantuvieron firmes, exigiendo las renunciaciones del gobernador y de los funcionarios encargados de mantener el monopolio del tabaco. No hubo más remedio que acceder a sus demandas. El gobernador entregó el mando a su segundo, y acompañado de los funcionarios a que se ha hecho referencia, se refugió a bordo de uno de los barcos fondeados en el puerto y emprendió viaje para España. Los vegueros quedaron triunfantes, y el ayuntamiento de la ciudad envió dos comisionados a España para dar cuenta de lo ocurrido y hacer ver la razón que asistía a los agricultores.

El gobierno de España se manifestó más resuelto que nunca a hacer cumplir lo dispuesto, y ordenó que saliese para Cuba un nuevo gobernador, don Gregorio Guazo Calderón, con gran número de soldados. Guazo, al hacerse cargo del mando, no persiguió a nadie por los sucesos ocurridos, pero amenazó con severísimos castigos a los que intentasen nuevas protestas. Además, al poco tiempo se dispuso que los vegueros pudiesen vender todo el tabaco que sobrara, después que el gobierno hubiese hecho sus compras. El disgusto no desapareció, pero la paz se mantuvo sin alterarse cinco o seis años. En 1723, los barcos que iban para España se negaron a aceptar el tabaco sobrante que el gobierno no había adquirido, lo cual unido al precio muy bajo que se fijó a la cosecha, agotó la paciencia de los agricultores. Estos se pusieron de acuerdo para no vender su tabaco al bajo precio fijado por el

gobierno, pero algunos vegueros de Bejucal y Santiago, faltando al compromiso adquirido, vendieron su cosecha muy barata, con perjuicio de los demás. Entonces los perjudicados se dispusieron a destruir las siembras de los que así faltaban a su palabra, y en número mayor de 500 marcharon el 18 de febrero de 1727 a las zonas de Bejucal y Santiago. Al día siguiente se reunieron en el Calabazar a fin de resolver las medidas que convenía adoptar; pero el gobernador,



enterado de lo que ocurría, ordenó que en la noche del 20 saliesen de la Habana sigilosamente tropas bien armadas para sorprenderlos y batirlos.

Dichas tropas atacaron por sorpresa a los mal armados campesinos, matando algunos, hiriendo a otros y apresando a 12. Los demás huyeron dispersos. Guazo procedió contra ellos con bárbara crueldad. Dispuso que en la misma mañana del 21 fueran fusilados sin formación de causa los prisioneros y que los cuerpos de aquellos infelices se colgasen después de

muertos en las ceibas que había en el camino de Jesús del Monte, para que sirviesen de pasto a las auras, y de escarmiento a los demás. ¡Tal fué el horrible castigo impuesto a unos desgraciados campesinos que reclamaban el derecho de vender libremente los frutos de su penoso trabajo!

En lo sucesivo no ocurrieron más sublevaciones. Los vegueros vendían de contrabando todo el tabaco que podían, y a fin de obtener mejores precios, sobornaban a los funcionarios del gobierno encargados de fijar el valor de cada cosecha.





## XXXVII

### LA ABEJA MELIFICA

La república alada de las Abejas ha sido en todo tiempo para la inteligencia humana, un objeto misterioso e instructivo, tanto más digno de su atención cuanto más las ha asociado a su vida doméstica y a sus intereses económicos. El político Saavedra Fajardo ha visto en ellas el símbolo de un gobierno monárquico, fundado en el sólido cimiento del amor del súbdito hacia la madre soberana; y ésta justifica este amor por su incesante solicitud en la conservación de la numerosa prole que rige con su presencia. El hijo de Apolo y de Cirene, el pastor Aristeo, halló en la familiaridad de aquellas industriosas pobladoras el consuelo de su vida mortal, y endulzó con su compañía los rigores de su soledad. El poeta de Mantua ha dormido al pie de los sauces floridos, al blando susurro de sus alas, mientras buscaban el sustento entre las flores. El lírico de Teos la cantó robando el néctar de los labios de una

hermosa, o picando sus sonrosados dedos que curaban la boca de un amante. Nacidas las abejas en las comarcas de la Europa meridional, dieron celebridad á los montes Hibleos de Sicilia, y al Himeto de la culta Atica; de donde han extendido su dominio por todo el continente céltico y por la región de Atlas; pasando más adelante, han invadido la América, no para arrebatarse sus tesoros y despojar sus campos, sino para transformar lo sobrante de sus flores en rica miel y útil cera en beneficio del suelo que les suministra los materiales; al paso que sacudiendo las antenas entreabiertas, y esparciendo su polvo por el seno de la flora aumentan la fecundidad del reino vegetal. Precursoras de la industria y de la civilización, guardias avanzadas del hombre blanco en los bosques y praderas del nuevo continente, a su aspecto se retira el indio y retrocede el búfalo. Guías del cultivador que marcha a la conquista con el azadón y la mata de trigo, se anticipa a pasar el río y el desierto, y le señala el rumbo que ha de seguir. Estos insectos grandemente instintivos, privilegiados con un destello de razón, primer grado de la admirable inteligencia que distingue al hombre y le presagia su inmortalidad, muestran en pequeños cuerpos, grandes pasiones, y ofrecen al naturalista filósofo un problema importante que resolver, en la calificación de lo que debe al instinto y de lo que es el resultado de una luz intelectual.

Los himenópteros del género Abeja presentan tres formas individuales, que colectivamente constituyen la especie, a saber, el macho, la hembra y el neutro.